

Amor & deseo.

P. María Flecha

2ª edición



Amor & deseo

P. María Flecha



2ª edición

¿Amor o deseo?

P. María Flecha

Título: *¿Amor o deseo?*

© 2018, [P. María Flecha](#)

De la maquetación: 2018, Romeo Ediciones

Del diseño de la cubierta: 2018, Noelia Jimenez Sangüesa

De la corrección ortográfica: 2018, Elizabeth Norlam

1ª edición: 12 de mayo de 2018

2ª edición: 4 de octubre de 2018

3ª edición: septiembre de 2018

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su

incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea

este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin

el permiso previo y por

escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la

propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,

promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de

este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de

esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISEIS

EPÍLOGO

SOBRE LA AUTORA

A ti, para que soñemos juntos mucho más

AGRADECIMIENTOS

No sé cómo se empiezan unos agradecimientos, los he visto en miles de libros, pero no había tenido que escribir uno, hasta ahora.

A la primera persona que quiero dar las gracias es a mi abuelo, si no fuera por él no habría llegado a donde estoy, ni sería como soy. Junto a él quiero dar las gracias a mi familia, tanto la propia como esa que tengo aunque no haya lazos de sangre. Sin vuestro apoyo y «vuestros» consejos no sería tan cabezona o quizás sí.

También a una personita a la que quiero con toda mi alma, mi princesita. Ella es mi inspiración, mi pilar y sin ella esto no sería lo mismo.

A mis amigos, que han estado en lo bueno y lo malo, aquellos que me han ayudado a pesar de las circunstancias, a los nuevos y los viejos, sobre todo estos últimos que me han aguantado más tiempo.

Asimismo quiero dar las gracias a mis Rubias, sois completamente espectaculares, vuestro apoyo es fundamental. Sois especiales. Muchas gracias, mi Cuñi: adoro nuestras conversaciones diarias, nuestros momentos de locura y que estés ahí a pesar de todo. A mi Geme sin ti y tu mala hostia no habría seguido creyendo en mí.

Y a ti, que estás leyendo esto; a ti que te enamoras, sufres, te enojas, conjeturas, ríes, lloras y te emocionas con cada letra que escribo.

Y por último, pero no por ello menos importante: *o meu Olliños*. Por haberme dado la fuerza cuando no la encontraba, por confiar en mí, por hacerme creer que soy capaz de todo. Por apoyarme en todo momento, y, sobre todo, por haberte cruzado en mi camino con esos hermosos ojos azules. Porque nuestro viaje apenas ha comenzado, volemos a través de las páginas. Disfrutemos de la aventura. Tú eres la verdadera razón de que yo continúe soñando. Por eso, te dedico a ti esta novela, para que soñemos mucho más.

CAPÍTULO UNO

Katia

Suena el despertador, me levanto, me ducho y me visto para ir a trabajar.

Todos los días la misma rutina. Soy una chica de veintinueve años. Estudio doble grado en la universidad y trabajo en una tienda de Smoody en vacaciones. Mientras trabajo, mi niña va al campamento urbano de verano hasta que empiece el colegio. Puesto que, a pesar de tener diez años ya, no quiero dejarla sola en nuestro pequeño piso. Termino de arreglarme y voy a la habitación de mi pequeña.

—¡Princesa! Es hora de levantarse —le digo antes de darle un beso.

—¡Buenos días, mamá! —me dice mientras me abraza.

—Voy a preparar el desayuno. Vístete, te espero en la cocina.

En la cocina preparo nuestro desayuno mientras reviso mi móvil, tengo unos cuantos correos, pero son de publicidad. En ese momento me llega un WhatsApp de una de mis mejores amigas: Laura.

Conversación WhatsApp:

Laura: *¡Buenos días rubita! ¿Nos vemos para comer? Besitos, te quiero.*

Yo: *Claro que sí. ¿Nos vemos en el restaurante de siempre a las 14:30? ¿Por qué tanta urgencia?*

Laura: *Vale. Es que necesito tu consejo. Nos vemos luego. Me voy que ya me reclaman. Te quiero, abogada.*

Su contestación me saca una sonrisa. Ella usa esa peculiar forma para llamarme. Su mensaje hace que me ponga a pensar en qué querrá decirme.

Laura no suele ser tan misteriosa ¿Qué le estará pasando? Bueno lo averiguaré a la hora de comer. Aroa, mi hija, entra en la cocina y se pone a desayunar. Cuando acabamos, recogemos, metemos todo en el lavavajillas, cogemos nuestras cosas y salimos de casa.

—Al parecer ya tenemos vecinos nuevos, mamá. —El pasillo es un desastre, está todo lleno de cajas y muebles.

—Pues sí, ya les conoceremos más tarde, sino llegaremos tarde. Y espero que no sean como los últimos inquilinos que se la pasaban montando fiestas todos los días. —Por culpa de eso tuve que estudiar en casa de Laura para los finales del curso pasado.

Al fin salimos a la calle. Está llena de gente, cosa muy normal en Cádiz durante todo el año. Es una de las cosas que más me gustan de vivir aquí. Vamos caminando hasta el campamento. Allí, dejo a mi pequeño angelito y me encamino al trabajo lo más deprisa que puedo ya que entro en menos de un cuarto de hora.

Llego a la entrada justo cuando me quedan dos minutos. Voy a las

taquillas, dejo mi bolso y me guardo la llave en el bolsillo de la camiseta rosa que forma parte del uniforme.

Me dirijo a mi puesto, coloco los vasos, las cucharas y las pajitas.

Ahora a pasar otra aburrida mañana. Cuando mi turno llega a su fin estoy agotada. Las mañanas a finales de verano son las peores y hoy ha venido muchísima gente. Tampoco me quejo, lo bueno de tener más clientes es que hay más propinas. Cuando voy hacia mi taquilla mi jefe me llama al despacho, camino hasta allí.

«Por dios que no me vaya a despedir, por favor».

—Siéntate por favor —me dice—. La semana que viene empiezas la universidad-

—Sí. —¿Qué tienen que ver mis clases con el trabajo? No entiendo nada.

—Tu contrato se acaba el sábado. ¿Te gustaría seguir trabajando con nosotros? Estaría dispuesto a darte el turno de tarde —me propone.

—La verdad, no sé qué decir. Usted sabe que tengo una...

—Piénsatelo. Espero tu respuesta el viernes. De verdad quiero que sigas trabajando para nosotros. Eres una buena empleada y no me gustaría perderte

—me interrumpe.

«Dios mío, ¿qué voy a hacer?»

Voy a por mis cosas con prisa, ya que gracias a la charla con mi jefe tengo el tiempo justo para llegar a comer con Laura.

Cuando llego al restaurante, ella ya está esperándome.

—¡Hola, Laura! Perdona si me retrasé, es que mi jefe me llamó al despacho cuando salía.

—¡Hola, Katia! No pasa nada acabo de sentarme. ¿Cómo que al despacho? ¿Qué has hecho con tu jefe?

—Dios mío, qué mal pensada eres, ja, ja. Me llamó para ofrecerme una renovación de contrato, solo que trabajaría por las tardes; por lo de la universidad, ya sabes.

—¿Qué? ¿Aceptarías, no?

—No lo sé aún. Es que con las clases ya casi no tengo tiempo de estar con Aroa y necesito tiempo para estudiar. Me ha dado hasta el viernes para responderle.

—En eso tienes razón, bueno ya sabes que yo en lo que pueda te ayudo.

—Lo sé, lo sé. Por cierto, ¿me contarás por qué necesitas consejo?

—Es que en el hospital en el que trabajé en Asturias conocí a un chico. Bueno, se pudo en contacto conmigo y me ha dicho que se ha mudado a Cádiz. Me preguntó si me gustaría salir con él algún día, y no sé qué hacer.

—¡Guau! Pues acepta, mujer. Ya es hora de que te enamores. Necesitas

salir.

—Lo haré. Y yo que tú, seguiría tus propios consejos.

Seguimos hablando y poniéndonos al día, ya que, al ser Laura doctora, nos veíamos muy poco. Vamos de salida cuando un grupo de chicos se nos acerca.

—Hola, preciosas. ¿Queréis dar un paseo por la ciudad? —dice uno.

¿Perdona? ¿Preciosas? A ver, entendía que se lo dijeran a Laura ya que ella es morena, de melena rizada, ojos grises, mide uno ochenta y es bien proporcionada; tenía el típico 90, 60, 90. En cambio, yo soy todo lo contrario: rubia, ojos verdes, mido uno sesenta y nueve y soy todo curvas.

—Creo que se equivocaron, chicos. Nosotras somos pareja y ya nos íbamos —contesta Laura.

Salimos del restaurante y empezamos a reírnos en cuanto entramos en su coche.

—¿Viste sus caras? Dios mío, Laura, eso fue genial.

—Lo sé, deberían darme un Oscar. ¿Te dejo en el campamento?

—Sí. Gracias por llevarme.

—No es nada, me queda de camino.

Seguimos hablando de nuestras cosas, por lo que el camino se nos hizo corto. Al llegar al campamento me despido.

—Gracias de nuevo, en serio.

—No es nada. Ya me contarás qué decides con lo del trabajo.

—Sí, y tú con el chico. Adiós.

—Bueno nos *wasapeamos*.

Cuando me dejó recogí a Aroa y nos fuimos a casa dando un paseo mientras me contaba lo que había hecho con sus amigos del colegio.

—¿Te apetece ver una peli? —le pregunto en cuanto entramos en casa.

—Claro que sí, mami. Yo elijo.

—Está bien. Voy a hacer palomitas. Mientras, ¿quieres algo de beber?

—Un zumo.

Acabo de hacer las palomitas las coloco en una bandeja junto con un zumo y un refresco y me voy a la sala. Nos ponemos a ver «Brave» y justo cuando estamos a mitad de película suena el timbre.

Me levanto del sofá y, extrañada, voy a abrir la puerta. Allí estaban dos hombres. Ambos muy bien proporcionados: uno rubio de ojos marrones con una gran sonrisa y otro moreno. No pude verle la cara debido a que tenía la vista clavada en su móvil, aunque se me hacía conocido.

—Hola, somos los nuevos vecinos. Yo me llamo Marcos y él es Dimitri

—me dice el rubio.

—Hola, encantada de conocerlos —mientras contestaba pensé a toda

velocidad, «no puede ser él. Estoy paranoica, seguro que es por no haberle visto la cara». En ese momento levantó la vista del móvil.

«¡Oh, Dios mío!» Yo conocía esos ojos azules escondidos tras las gafas. Nos quedamos mirándonos durante unos instantes.

—Veníamos a invitarte a tomar un café —me dice Marcos.

—La verdad es que no puedo —contesto azorada.

—Déjala Marcos, seguro que estamos interrumpiéndola con nuestra visita. Estará con el novio —interviene Dimitri.

«Cuánto echaba de menos su voz».

—Te equivocas estaba viendo una película con mi hija. No tengo problema en tomar ese café otro día, pero al de hoy invito yo. — Mientras Dimitri me mira de arriba abajo yo les abro la puerta para que pasen.

Dimitri

Estoy cansado. Apenas he dormido nada hoy, llevamos todo el día con la mudanza. Cuando por fin acabamos, a Marcos se le ocurre ir a invitar a los vecinos a tomar café; para socializar, como él dice. Lo acompañé para que no me mareara luego la cabeza, y aproveché para revisar mi correo.

—Hola, somos los nuevos vecinos. Yo me llamo Marcos y él es Dimitri

—le oigo decir.

—Hola, encantada de conocerlos —contesta la voz de una mujer. Se me hace conocida, pero no sé por qué. En ese momento levanto la vista y guardo mi móvil en el bolsillo. «Esto sí que es una sorpresa. Soy vecino de la chica que una vez fue mi novia y que aún me persigue en mis sueños». Me quedo mirándola fijamente a los ojos; es como si hubiéramos conectado.

—Veníamos a invitarte a tomar un café —le dice Marcos.

—La verdad es que no puedo —replica ella algo molesta.

—Déjala Marcos, seguro que estamos interrumpiéndola con nuestra visita. Estará con el novio —intervengo cabreado.

—Te equivocas, estaba viendo una película con mi hija. No tengo problema en tomar ese café otro día, pero al de hoy invito yo —me responde.

Mientras, yo solo puedo fijarme en lo bien que le han sentado estos años. Era

un bombón. Salgo de mi ensoñación cuando nos abre la puerta para que entremos.

—Mamá, ¿quién era? —oigo preguntar desde el salón.

—Los vecinos, princesa. Los invité a tomar un café. Si quieres quédate ahí hasta que acabe la película —le contesta ella.

—Vale, mami. Cuando acabe la peli voy. Te quiero.

Se encamina a lo que supongo era la cocina mientras yo miro alrededor.

Estoy en su salón, es amplio para ser solo un apartamento.

Tiene unos grandes ventanales a un lado cubiertos hasta la mitad con una cortinillas que dan luz a un espacio ocupado por una mesa y unas sillas de madera preciosa tallada. Un par de sofás y una mesita se encuentran en la parte más oscura de la sala. En uno de los sofás esta una niña rubia entretenida, mirando la tele. Supongo que será su hija. Hay unos cuantos cuadros en la pared y un montón de fotos en un mueble, en las que aparece con su familia y sus amigos. Aunque hay una que me llama la atención: es ella con un chico y los dos miran sonrientes a la cámara. «¿Quién será? ¿Será su marido?». Tengo que dejar de pensar en eso. Ella y yo solo somos vecinos, nada más.

—¿Curioseando? —me pregunta ella.

—Se puede decir que sí. Tienes muy buen gusto para la decoración.

Siempre fue así.

—Vaya, gracias.

—¿Se conocían? —pregunta Marcos.

—Sí, fuimos novios —contesto recalcando la última palabra.

—Sí, somos del mismo pueblo —interviene ella a la vez, molestándome.

—¿Son del mismo pueblo y fueron novios? —pregunta Marcos—. ¿No me digas que la niña es tuya? Porque entonces te parto la cara, con semejante mujer y una niña.

Es impresionante. La acaba de conocer y ya la defiende y juro que si sigue mirándola así le voy a partir la cara.

—La niña no es suya. Fui yo quien lo dejó a él —responde ella.

—Lo siento, me voy ya. Aún tengo mucho que colocar —suelto de repente.

—Pero si no te has tomado ni el café —me dice ella con cara de... ¿pena? No, imposible, debí imaginarlo.

—Sí, es que mañana tengo mucho papeleo que hacer —respondo.

—Será mejor. Bueno yo también me voy —Marcos le da dos besos, además del abrazo. Le voy a arrancar la cabeza ¿Por qué me siento así? No pueden ser celos, ¿o sí? Me voy a volver loco a este paso.

—Si necesitas algo estamos al lado —le digo acercándome a ella para despedirme—. Hasta luego y descansa. Te ves cansada.

Cuando nos acercamos para despedirnos, no sé por qué giré la cabeza y acabamos dándonos un beso en los labios.

—Lo siento yo... —me dice.

—No pasa nada, fue culpa mía —replico justo cuando ella cerraba su puerta.

Ya en el apartamento me fui a mi habitación y me puse a sacar las cosas de las cajas y a ordenarlas.

—¿Aún la quieres? —me pregunta Marcos, entrando en mi habitación.

—¿Quererla? Entre ella y yo solo hubo sexo. Muy buen sexo, pero nada más —contesto.

—¿Estás seguro? Porque a mí no me pareció eso —me comenta.

Cuando quiere el hijo de perra es insistente.

—Sí, estoy seguro, y no quiero hablar más del tema.

—Está bien, solo espero que no te arrepientas —me suelta al salir de mi habitación camino a la suya.

El cabrón sabe qué nervio pulsar para tocarme la conciencia.

Katia

Después de quedarme un rato allí parada como una imbécil, tocando mis labios, reaccioné. Fui a ver a mi pequeña y estaba dormida. Después de ducharme, salí a la terraza y me quedé contemplando la luna llena sobre el mar. Era como si estuviera cerniéndose sobre la tierra. Las olas bañaban la banda dorada de arena de la playa. No pude más y estallé.

—¡Maldita sea! ¿Qué tengo yo de malo? ¡Mírame! Tengo lo mismo que las demás mujeres. Quizá menos carne en algunos sitios, pero tengo lo básico. Así que, ¿por qué demonios me besó Dimitri? ¿Por qué justo ahora tiene que aparecer y revolver todo? —chillé a los cuatro vientos.

Me volví y entré en mi habitación. Me metí en la cama tratando de conciliar el sueño mientras trataba de olvidar todos los sentimientos que pensaba que habían muerto.

Lo que no sabía, era que en la terraza de al lado alguien había escuchado todo mi desahogo.

Marcos

Después de escuchar a Katia gritar tan angustiada, mi cabeza era un hervidero. Yo sabía que no era simple sexo tal como lo etiquetó Dimitri.

Estos dos tenían historia y, por lo que podía intuir, muy jugosa. Se acababan de besar y mi mejor amigo ni tan siquiera lo mencionó. Lo conozco demasiado bien y aquí hay algo más.

Días más tarde...

Katia

Estuve toda la mañana trabajando. Cuando salí me fui andando a casa y pensando en todo lo que me había pasado el día anterior: la oferta de mi jefe, mis nuevos vecinos, de los cuales uno de ellos era mi gran amor del pasado y que, para colmo de males, me besó. Llegué al portal y recogí el correo. Subía en el ascensor revisándolo cuando vi una carta de un bufete de abogados que no conocía. La abrí y empecé a leerla.

«Esto no puede ser. Ahora no».

—Hola, vecina. —Oigo en ese momento. No me había dado cuenta de que me había quedado parada en el pasillo. Me giro y veo a Dimitri—. ¿Qué te pasa?

Soy incapaz de responderle, no puedo. Entonces hace lo que menos me espero, me abraza. En cuanto siento sus brazos a mi alrededor empiezo a sollozar. Nos quedamos así hasta que me aparto y lo miro a los ojos.

—Gracias —le digo—. Lo lamento, te he mojado la camisa.

—No pasa nada —contesta—. Ahora, ¿me dirás qué te pasa? Nunca te había visto así.

—Te lo diré, pero no aquí. —Abro la puerta de mi apartamento y le dejo pasar—. Ponte cómodo mientras voy a por algo de beber. ¿Qué quieres?

—Agua, por favor.

Cuando volví al salón, me lo encuentro observando mis fotografías.

—Aquí tienes —digo tendiéndole una botella pequeña.

—Gracias —replica mientras se sienta en el sofá a mi lado—. Ahora, ¿me lo contarás?

—Esto es lo que me pasa —contesto dándole la carta. Él la mira sin comprender—. Léela. Luego lo entenderás.

—Esto es una broma, ¿no? —pregunta Dimitri.

—¿Piensas que si fuera una broma me habrías encontrado así?

—Perdona, es que me parece increíble. ¿Qué vas a hacer?

—¿Tú qué crees? Rendirme no está entre mis opciones. Aunque creo que están muy reducidas ahora mismo. Nunca pensé que Nicolás fuera tan cabrón. Vale que sea el padre de la niña, pero de ahí a reclamar su custodia y que encima un juez se la conceda. Me niego a aceptarlo.

—Estoy de acuerdo. No te mereces esto, Katia.

—Gracias por aguantarme, en serio, pero...

—No digas lo que creo que vas a decir. Si necesitas algo. Aunque solo sea hablar, estoy aquí al lado, ¿vale? Aunque haya tenido que subir por las escaleras con la compra, ya que acaparas el ascensor.

—Gracias, pero no tienes por qué ofrecerte.

—Solo quiero apoyarte, para eso somos amigos —dice él mientras recoge sus bolsas—. Me voy ya. Tengo que llevar la compra, Marcos ya estará preguntándose dónde estoy.

—Vale, nos vemos —contesto. No sé qué más decir.

—Claro que sí, y no te preocupes. Todo saldrá bien —dice al salir.

CAPÍTULO DOS

Katia

Ya no puedo ocultarlo más. Estoy enamorada de Dimitri. Los sentimientos que creía extinguidos siguen ahí y han vuelto con más fuerza que nunca. No sé qué voy a hacer.

Fui a buscar a Aroa al campamento. Cenamos y nos acostamos.

Mientras mi pequeña dormía con una enorme sonrisa, yo no hacía más que dar vueltas tratando de encontrar una solución. Seguía pareciéndome increíble que Nicolás, después de no haber querido saber nada de mí después de aquella noche, la única que pasamos juntos y que dio como resultado a mi princesa, ahora sí quisiera hacerse cargo de ella. No quería separarme de mi pequeña, pero al parecer no me quedaba otra.

Conseguí dormirme ya en la madrugada. Cuando me desperté, di con la solución. Podía hablar con mi profesor de derecho familiar. Era uno de los mejores en su campo, por no decir el mejor.

En esta ocasión cuando salí de la ducha con intención de despertar a Aroa, ella ya estaba levantada. Eran sus últimos días de vacaciones y queríamos aprovecharlos al máximo. Desayunamos y salimos. En la entrada del edificio nos encontramos con Marcos que volvía de correr, nos saludó mientras subía las escaleras.

Dejé a la niña en el campamento y me fui a la cafetería en la que había quedado con Laura. Ahora que ya no trabajo tengo tiempo para mi amiga. Mientras iba hacia allí, decidí llamar a mi profesor.

Conversación telefónica:

— *Williams, ¿con quién hablo?*

— *Profesor, soy Katia. Quería consultarle un asunto con urgencia.*

— *Claro. ¿Tiene que ver con algún proyecto de la carrera?*

— *No, profesor. Es personal, preferiría que nos viéramos para explicarle el tema.*

— *No hay problema. Tengo la hora de la comida libre.*

— *Perfecto. Prefiero que sea cuanto antes.*

— *¿En el Cismen te parece bien?*

— *Sí nos vemos allí a la hora de la comida.*

— *Vaya, vaya. ¿Con quién has quedado, pillina? —me pregunta Laura.*

— *Con mi profesor de derecho familiar y se dice buenos días, ¿eh?*

— *¡Buenos días! Ahora explícame por qué has quedado con el profesor cachondo, ya.*

— *Pues que Nicolás, el padre de Aroa, me denunció porque no la ha visitado en estos últimos años debido a mi mudanza y ha ganado. El juez ha establecido que pase con él los próximos dos años. Sus abogados han tenido*

la gentileza de notificármelo antes que el juzgado —termino con un suspiro.

—¡Mierda! ¿Y no puedes hacer nada?

—Puedo recurrir, pero no soy especialista en este campo, por eso he quedado con mi profesor. ¿Algo más?

—Sí. Te recuerdo que últimamente estás muy tensa. ¿No se deberá a tus nuevos vecinos?

—Algo así —respondo evasiva.

—¿Están buenos? ¿Te has tirado a alguno? ¿O a los dos? No, mejor no me contestes porque igual me muero de la envidia aquí mismo.

—No exageres. Sí, están buenos y sí me he acostado con uno, pero no ahora, sino en el pasado y se acabó el tema. ¿A ti cómo te va con ese chico del que me hablaste?

—Pues bien. Quedamos esta tarde y estoy ansiosa.

—Me alegro por ti, en serio. Luego me cuentas qué tal.

—¿Y tú dónde has quedado con tu sexy profesor para comer?

—En el Cismen —respondo rodando los ojos.

—Creo que ya es hora de que vayas a cambiarte, si quieres llegar a tiempo —dice mirando su reloj—. Luego me cuentas o mejor me paso esta noche y hablamos.

—Está bien, pero mejor mañana para comer.

—Te adoro, lo sabes. Hazme albóndigas, sabes que me encantan y sigues sin darme tu receta.

—Te las haré —prometo.

—Hasta mañana.

Llego a casa y me cambio. Me pongo la falda recta negra y la camisa blanca. Dejó la chaqueta que hace un calor de infiernos. Cojo el bolso mientras acabo de hacerme el moño, meto el móvil, la carta y las llaves dentro. Salgó y cuando paso por la puerta de mis vecinos inconscientemente pienso en qué estará haciendo Dimitri. En ese momento me llega un WhatsApp:

Dimitri: *Hermosa, ¿qué tal estas?*

Yo: *Estoy mejor. Voy a comer.*

Yo: *Gracias por preocuparte.*

Dimitri: *Por ti, siempre.*

Eso me hace sonreír. Guardo el móvil y me encamino al restaurante.

Luke ya está sentado a la mesa. Me dirijo hacia allí con mi mejor sonrisa.

—Me alegro de que verme le haga sonreír, señorita —me saluda.

—No es que tenga ganas de sonreír, pero me pareció cortes —respondo con sinceridad.

—No te preocupes lo entiendo. ¿Te parece si pedimos ya?

—Sí, claro.

Charlamos animadamente mientras comemos y me voy deshaciendo de los nervios.

—¿Me vas a contar el porqué de la urgencia? —pregunta Luke—. No es que me queje de que quieras verme de nuevo.

—Verás es que no sé cómo exponértelo. Bueno sabes que tengo una hija. Pues ayer me llegó esta carta —le digo entregándosela—. No sé cómo actuar, pero necesito una solución para ayer.

—Déjame leerla —dice mientras se dispone para hacerlo—. ¿Alguna vez le has prohibido ver a su hija?

—No, nunca. Pero nunca ha querido verla.

—¿Sabes que esto es una sentencia firme, ¿verdad?

—Sí, pero es mi hija. Tiene que haber una solución.

—Puedes apelar. Pero mientras no salga el juicio tiene que irse con él.

Por supuesto, no puede prohibirte verla. Si fuera mi hija, apelaría y trataría de verla todo lo que pudiera. Ahora tú decides —me aconseja.

—Gracias por tu tiempo.

—Avísame con lo que decidas. Si necesitas ayuda solo llámame.

—Muchísimas gracias. No sabes lo que te lo agradezco.

Salimos del restaurante y me voy hacia mi casa. Al llegar frente a la

puerta, me giro y voy a la puerta de mis vecinos. Aroa hoy se quedaba en casa de una amiga.

—¡Vaya que sorpresa! —me dice Marcos en cuanto me abre la puerta.

—¿Está Dimitri? —pregunto.

—Sí, en su habitación. Por el pasillo la segunda puerta. Yo me voy que quedé. Hablamos en otro momento —me indica.

—Pásalo bien. No te vas a salvar de contarme a dónde vas tan arreglado y perfumado, además de tu cara de nerviosito —contesto sonriendo.

Sigo por el pasillo y me detengo delante de la puerta de la habitación de Dimitri. Estoy debatiéndome sobre si entrar o no. Como no quiero darle más vueltas, abro de golpe y me encuentro con Dimitri en flagrante delito con una mujer.

¡DIOS SANTO! La mujer es hermosa, pero puede ser su madre.

—Andrew, dame más —exclama la mujer.

Que llame a Dimitri por su segundo nombre es inquietante. Y probablemente revelador... Dejando a un lado lo obvio, quizá tengan una relación más íntima de lo que parece. ¿Era posible que el crápula sienta afecto por la bella mujer hasta el punto de que ella lo llame con un nombre distinto al que utiliza el resto del mundo?

—Tú —gime ella— vales todo y más.

Dios santo. Quizá no tengan ninguna relación íntima y lo único que exista entre ellos era... ¿una relación comercial?, ¿un negocio?, ¿un hombre que proporcionaba servicios sexuales a cambio?, ¿a cambio de qué?

Cruzando los dedos para poder irme de aquí sin ser vista, doy un paso hacia atrás, pero un ligero movimiento proveniente de la cama me detiene de nuevo en seco. Por desgracia, está iluminada por un único rayo de sol que viene del pasillo, mientras que el interior de la habitación está a oscuras gracias a la persiana bajada y intensidad baja de las luces.

Veo una mano aferrando uno de los postes de madera de la cama y otra más arriba. Las manos de un hombre que se apoya para empujar. A juzgar por la altura a la que están, dedujo que Dimitri estaba de pie.

—Andrew... Por Dios santo, no pares ahora.

La mujer está atrapada entre Dimitri y el poste de madera. Lo que significaba que él estaba de cara a mí.

Unos ojos brillan en medio de la oscuridad y parpadean.

Me ha visto. De hecho, me está mirando.

Deseo con todas mis fuerzas que me trague la tierra. ¿Qué puedo decirle? ¿Cómo se supone que tiene que actuar una cuando la pillan en semejante situación?

—¡Andrew!, maldito seas. —La madera se queja de las acometidas que

recibe—. Tener tu miembro dentro de mí es delicioso, pero es mucho mejor cuando te mueves.

Me llevo una mano a la garganta. Tengo la frente perlada de sudor. El horror que debería sentir por estar viendo a un hombre practicar el acto sexual brilla por su ausencia. Porque aquel hombre es Dimitri y éste me tiene cautivada. La fascinación que siento por él es de lo más extraña; por una parte, envidio su libertad y por otra me horroriza que no le importe lo más mínimo la opinión de la gente.

Tengo que irme de aquí antes de que me vea esa mujer. Doy un pequeño paso hacia atrás...

—Espera... —dice él, con la voz ronca.

Me quedo helada.

—¡No puedo! —se queja la mujer sin aliento.

Pero no es a ella a quien él se ha dirigido.

Ha soltado una mano y la tiene extendida hacia mí. La petición me deja completamente petrificada.

Pasa un largo momento durante el cual mi mirada sigue fija en las rutilantes pupilas de Dimitri. A él se le acelera la respiración de manera audible.

Entonces, lo veo sujetarse de nuevo al poste y empezar a moverse.

Al principio lo hace despacio, hacia adelante y hacia atrás; después, sus movimientos se tornan frenéticos y mantienen un ritmo creciente. La madera se queja al mismo compás y el sonido me envuelve. No puedo ver nada más que las dos manos y la ardiente mirada de él, pero los sonidos que escucho llenan mi mente de imágenes.

Dimitri no deja de mirarme ni un segundo a pesar de que está follando con tanto vigor que me pregunto cómo su pareja puede sentir placer con unos movimientos tan violentos. La mujer dice incoherencias; entre grito y grito suelta palabras malsonantes para halagar a su amante. Él gruñe cuando empieza a correrse. Entonces reacciono cerrando la puerta despacio y saliendo del apartamento. Entro en mi casa y me apoyo en la puerta, estoy totalmente excitada.

Me encamino a mi habitación y me quito la ropa. Me meto en la ducha, pero salgo un momento después para coger el vibrador. Empiezo a masturbarme recordando lo que he visto hasta que alcanzo el orgasmo. Salgo, me seco y pienso en lo que había pasado. Ese hombre sigue afectándome muy interiormente.

En ese momento suena el timbre...

CAPÍTULO TRES

Katia

Me pongo una bata por encima y me dirijo a la puerta.

—¿Luke? —pregunto asombrada.

Ante mí tengo al profesor con el que había comido. Tener a un rubio de ojos negros con semejante cuerpo, cuya vestimenta tan bien resaltaba, cuando tengo las hormonas por las nubes...

Dios esto debe ser un sueño o estoy delirando.

—¿Ahora soy Luke? Hace un rato era profesor, ¿no? —contesta divertido.

—Bueno, disculpa lo dije sin pensar. ¿Qué haces en mi casa?

—Te he traído algo que se te olvidó —contesta dándome una bolsa.

—Pero si me traje el bolso —digo mientras abro la bolsa y me quedo asombrada. Dentro había un conjunto de lencería violeta—. Esto no es mío.

—Ahora sí —dice mirándome.

—¿Has venido a mi casa a traerme un conjunto de lencería?

—También me gustaría vértelo puesto. Te deseo y cuando lo vi en el escaparate supe que era perfecto para ti.

—Esto es como un sueño hecho realidad.

—Para mí también. —Él me cubre la mano con la suya—. He pensado

mucho en este momento.

—Yo también. —Bajo la mirada y suspiro—. Y se supone que ya tendrías que estar realizando tu investigación. —Estoy desesperada porque me toque; si no lo hace pronto, no tendré más remedio que tomar cartas en el asunto y tener la iniciativa.

Me abro la bata y dejo a la vista mis largas piernas. Sé que mis braguitas están mojadas. Cuando bajo la mirada veo una mancha húmeda que sigue al triángulo de mi coño.

Luke suelta un taco en voz baja.

—¿Podrías considerar esto como prueba? —pregunto.

Como el hombre sensato que es, medita su respuesta con cuidado antes de formularla en voz alta.

Es una de las cosas que me han atraído de él desde el primer año en la universidad, pero nunca me he acercado a él por considerarlo un imposible.

En el fondo es serenamente ambicioso, le gusta el riesgo, pero considera con cuidado todos sus comentarios antes de arriesgarse.

—Necesito algo más sustancial —responde al fin. Un destello de humor le ilumina el rostro.

—En ese caso, creo que deberías examinarlo más de cerca, ¿no?

Él asiente con la cabeza y sus ojos parecen oscurecerse, su intensidad

aumenta por momentos. Frunzo los labios, la sangre palpita en mis venas mientras espero a que me toque.

Luke se mueve, me apoya en el recibidor mientras cierra la puerta. Me abre los muslos y recorre con un dedo la tira de las braguitas, tanteando la piel a lo largo de la costura entre mi coño y mi muslo. Luego mete el dedo por debajo de la tela y va derecho a mi raja.

La mano le tiembla ligeramente mientras recorre con la parte posterior del nudillo la hendidura de mi coño, entrando en un breve, pero delicioso contacto con mi clítoris.

Cuando doy mi aprobación con un murmullo, repite el movimiento. Me inclino hacia delante y lo beso en la boca, sujetándole con fuerza por los hombros mientras lo hago. Él me devuelve el beso y nuestras lenguas entrechocan mientras exploran ávidamente la boca del otro. Puedo saborearlo, y lo deseo con todo mi cuerpo.

Con un movimiento ágil, rodeo con mis muslos abiertos sus esbeltas caderas.

El cambio de postura permite a Luke desplazar el dedo más abajo. Un momento después me retira las bragas a un lado y me mete el dedo dentro.

—Oh, sí, qué gusto... —suspiro entrecortadamente cuando su duro dedo se desliza dentro de mí. Lo aprieto con avidez y me recuesto en la mesa.

Balanceo las caderas, moviéndome contra su dedo, apoyando mis hombros contra el espejo, a mi espalda.

Tengo toda la piel en llamas, los pezones empujan la tela de mi sujetador. Mi interior se contrae rítmicamente y la dura presión de los dedos de él allí abajo es incluso mejor que antes.

—Oh..., qué bueno eres...

—Debo decir que me tomo mi labor de investigación muy en serio. —

Suelta eso en voz alta y luego gime y baja la mirada hacia mi coño, que le atenaza los dedos—. Eres increíble —añade.

Sacudo las caderas a un lado y a otro, cabalgando sobre sus dedos. Lo que quiero en realidad es su polla y sé, con solo mirarlo, que él está más que preparado y dispuesto a dármele.

—No sabía que lo prohibido era tan bueno —dice él.

Ronroneo y sigo girando a un lado y a otro cada vez más excitada.

—¿Por qué no lo probaste antes?

Dejo que aquella sugerencia flotara entre ambos.

Al cabo de un momento la comprensión iluminó la cara de Luke. Retira los dedos, me coge en brazos y me lleva hasta la cocina. Me apoya en la encimera, echa mano a la puerta de la nevera y saca un cuenco grande y cubierto. Esto de que haya pasado tiempo en mi piso con anterioridad le da

demasiada confianza en si mismo. Mientras lo hace, veo el bulto en sus vaqueros. No me cabe duda de lo dispuesto que está, así que me quito rápidamente las braguitas; estoy preparada, más que preparada, para todo lo que venga.

Luke sujeta el cuenco con una mano y pone la otra en mi coño desnudo. Tiene una mirada posesiva en sus ojos. Aprieta, como si examinara su madurez, y luego extrae un jugoso pedazo de mango del cuenco y me lo acerca a la boca.

Acepto la ofrenda, lamiéndole los dedos mientras lo hago.

Él asiente con la cabeza, sonriendo. La textura y el sabor son como un baile sugerente sobre su la lengua, y la jugosa fruta hace fluir su propio néctar.

—Haces que me sienta hambrienta.

Luke tiene los ojos entornados, y la sonrisa que le ronda la boca le hace aún más atractivo.

—Y tú haces que me sienta afortunado.

Sujeta el cuenco como si tuviera miedo de lo que pudiera hacer si lo suelta. Eso me hace reír.

—Deja eso sobre la mesa y dame algo más duro.

Señalo con la cabeza su entrepierna.

No parece que Luke necesite evaluar el riesgo de esa posible acción. En cuanto deja el cuenco, se baja la bragueta y su polla sale de golpe, reclamando atención, larga, dura e impresionante en sus dimensiones. Me reacomodo en la encimera, separando aún más las piernas, y me paso los dedos por los pliegues de mi coño para mantenerlos abiertos, invitándolo a entrar.

Luke mira fijamente la ofrenda. Se mete la mano en el bolsillo de los vaqueros y se saca un condón. Rasga el envoltorio rápidamente y se lo coloca.

Entrelazo las piernas alrededor de sus caderas, él empuja la punta roma de su polla en mi hendidura y suelto un gemido. Él vacila un instante, pero lo insto a seguir dándole un golpe en el trasero con uno de mis talones.

—Luke, te necesito, mucho. Me has puesto como una moto con tu delicioso regalo. Mira cómo estoy... No me hagas sufrir más y fóllame. Él no parece capaz de responder verbalmente, pero su respuesta física es perfecta. Me agarra las nalgas con las dos manos y me la mete entera, centímetro a centímetro, luego retrocede y vuelve a embestirme hasta el fondo.

Expreso mi gratitud de una forma muy audible y echo la cabeza hacia atrás mientras él me abre más aún, colmándome con su enorme miembro.

Me besa en el cuello a medida que va encontrando su ritmo; las manos me agarran el culo mientras me penetra una y otra vez.

Entre besos húmedos, él susurra mi nombre y gime.

—¡Dios, qué gusto! —exclamo.

—Te he deseado tanto...

Cuando levanta la cabeza para mirarme, saco una uva del cuenco de frutas, se la meto a él en la boca. Luego lo beso y le quito la uva con mi lengua. Esto pone a Luke al borde del abismo, y sigue embistiéndome con las caderas una y otra vez.

Cuando muerdo la succulenta fruta y el jugo se me derrama por la lengua, alzo más las rodillas, lo que cambia el ángulo de su polla dentro de mí.

—Oh, sí... —exclamo, jadeando, cuando Luke empuja la polla contra la pared delantera de mi vagina y la golpea en todo el centro—. Prométeme que la próxima vez que hagamos esto comeremos así toda la cena.

Luke deja de moverse, me toma la barbilla con fuerza con una mano mientras me mira fijamente a los ojos y me impide que mire hacia otro lado.

La emoción me desborda, su cuerpo prolonga el éxtasis del momento...

sus palabras y sus actos me han causado una profunda impresión, justo lo que él obviamente pretendía.

Unas lágrimas espontáneas asoman a mis ojos. Durante mucho tiempo he pensado que nunca volvería a sentirme así, que nunca volvería a desear a nadie de ese modo. Y entonces aparece Luke y hace saltar todo eso en pedazos. Me aferro a él con más fuerza.

Él desplaza la mano y la extiende sobre mi monte de Venus, moviendo en círculos el pulgar sobre mi clítoris, y luego empuja de nuevo. Fuerte.

—Quiero darte siempre de comer, todo.

—¡Oh, Dios! ¡Sí!

Las caricias del pulgar sobre mi clítoris en llamas me arrancan un grito de la garganta. Balanceando las caderas de lado a lado, me sujeto a sus hombros con ambas manos. Alcanzo el clímax y una intensa oleada de placer inunda el valle entre mis piernas. Un río caliente de néctar se desborda a su paso por el punto de unión entre ambos, empapándome el culo y la encimera que tenía debajo.

Luke no tarda en sumarse a mí, cubriéndome con las caderas una y otra vez mientras llega hasta el final y se vacía por completo. Antes de retirarse, coge otra uva y me la pone entre los labios. Muerdo la fruta y paladeo su sabor intenso. Él me limpia un hilo de zumo de la comisura de la boca.

—¿Estás seguro de que es buena idea? —pregunto—. Vas a conseguir que quiera empezar de nuevo.

—Esa era mi intención. —Su sonrisa es malévola.

No puedo resistir la tentación de provocarlo.

—¿Estás seguro de que podrías repetir?

—Segurísimo. Desde el día en que te conocí, me he empalmado todas las noches pensando en ti, así que tengo un montón de erecciones por compensar.

Le señalo el cuenco de la fruta.

—En ese caso, creo que ha llegado el momento de que nos traslademos a la cama. Coge la fruta; yo llevo el vino. Hemos tenido suerte de que los vecinos no se hayan quejado.

Luke sonrió.

—Perfecto. Mejor no seguir tentando a la suerte.

Mientras me pongo de pie, con paso tambaleante y entre risas, me agarro a él.

—Me gustas, Luke, me gustas mucho.

Él me toma por la nuca y me besa durante largo rato.

—Tú también me gustas, mucho. De hecho, creo que me enamoré de ti hace años. ¿Te preocupa eso...?

Su mirada es desafiante. Es un hombre muy intenso, y eso me hace arder en llamas.

—Ya no. —Le recorro la barbilla con los dedos y suspiro de felicidad

—. Aunque tengo que decir algo —añado.

Una mirada de preocupación asoma a los ojos de Luke.

—No sé si siento lo mismo que tú, aunque no me importaría averiguarlo...

La mirada de preocupación desaparece; Luke sonrío.

—Eso aún lo hace más interesante... eres todo un reto.

Seguí recorriéndole el mentón con los dedos.

—Cuando algo me gusta mucho, siempre vuelvo a por más.

Me despierto con Luke en mi cama. Una sonrisa aparece en mi rostro hasta que me pongo a pensar.

¿Qué he hecho? Me he acostado con mi profesor y eso no es bueno.

Vale que me guste desde que entre a la universidad. Pero como veía imposible que un chico como él se fijara en mí... Además, es mi profesor y lo que hemos hecho está prohibido para mí. ¿Lo hice porque quise o porque estaba demasiado caliente después de haber visto a Dimitri follándose a otra y a pesar de haberme masturbado? Esto es increíble. ¿Por qué justo ahora que Dimitri ha vuelto a mi vida voy y me acuesto con Luke?

—Puedo oírte pensar desde aquí —me dice Luke sonriéndome.

—Lo siento es que...

—No hace falta que te disculpes, ahora mismo tendrás muchas cosas en las que pensar. Solo quiero que sepas que no me arrepiento de lo que pasó, que sigo pensando lo mismo que te dije antes. Te daré todo el tiempo que quieras. Piénsalo bien, y tanto si lo que quieres soy yo o no siempre estaré ahí para ti. En mí siempre tendrás un amigo.

—Gracias. Yo... es que no sé qué pensar ahora mismo. Mi cabeza está hecha un lío y yo... lo siento.

—No pasa nada. Me voy y te dejo tranquila, nos vemos mañana en la universidad. Si necesitas algo, lo que sea, llámame.

—Lo haré —le digo sonriendo, mientras se levanta yo me quedo mirando cómo se viste.

Luego se inclina y me da un beso suave, nada que ver con los que habíamos compartido tan solo unas horas antes.

Me levanto y lo acompaño a la puerta vestida tan solo con la bata.

—Eres toda una tentación. Será mejor que me vaya o no seré capaz de salir de aquí —me dice mientras abre la puerta.

—No te he echado, ¿no? —le digo abrazándolo por el cuello. Le doy el beso de despedida que quería, él me agarra por la cintura y me estrecha contra él.

—Eso ha sido intenso, preciosa —me da un último beso y llama al

ascensor.

Me quedo en la puerta con una gran sonrisa mientras lo veo entrar en el ascensor. Me tira un beso cuando las puertas se cierran.

—No me gusta que otro apague lo que yo enciendo de repente.

Me doy la vuelta y veo a Dimitri apoyado en su puerta mirándome descaradamente.

—Me da exactamente igual si te gusta o no lo que yo hago con mi vida

—le contesto cabreada.

—Al menos cierra la puerta, no tenía necesidad de oír como hablabais mientras él lo único que quería era follarte —me replica con una ceja arqueada.

—Lo que yo haga en mi apartamento es mi problema. Si no quieres oírme pon música o simplemente no tengas tanto interés en escucharme — digo sonriendo mientras le cierro la puerta en las narices.

Comienzo a recoger el estropicio que hicimos en mi habitación y de repente empieza a sonar «Warzone» de The Wanted.

Es la melodía de mi móvil, pero no lo encuentro. Sigo su sonido hasta debajo de la cama lo cojo y descuelgo.

Conversación telefónica:

— ¡Hola, mamá!

— *Hola hija. ¿Qué tal todo por ahí? ¿Te tratan bien en el Sur?*

— *Pues más o menos, mamá. Ya no trabajo. Mañana Aroa empieza el colegio y el fin de semana que viene subiré a veros. ¿Qué tal todo por ahí?*

— *Pues como siempre hija. Todo sigue igual. Te noto preocupada.*

¿Estás segura de que todo está bien?

— *Mamá es que tengo problemas con Nicolás por Aroa. Pero no te preocupes, estamos bien.*

— *¿Cómo? ¿Qué ha hecho ahora ese desgraciado? Cuéntamelo inmediatamente.*

— *Resumido: ayer me llegó una carta de un bufete de abogados. Es una copia de una sentencia en la cual Aroa tiene que pasar dos años viviendo con su padre. Ya me he informado y estoy haciendo todo lo que puedo, pero aun así tendrá que irse con su padre hasta que haya un juicio.*

— *Tranquila, hija. Todo saldrá bien, ya lo verás.*

— *Mamá, es mi hija y voy a tener que vivir sin ella. No sé cómo voy a hacer.*

— *Tranquila, cariño. Veniros el fin de semana te hace falta despejar y así vemos a la niña, ¿vale?*

— *Está bien, mamá. Mañana es jueves y como ya no trabajo puedo recoger a Aroa cuando salga de clase e irnos directamente.*

— *Está bien, cariño. Avísame. Te quiero, y dale un beso de mi parte a mi nietecita.*

— *Vale, mamá, da saludos por casa. Nos vemos mañana. Te quiero.*

No pensaba que hablar con mi madre me daría serenidad, pero así fue.

Con los ánimos renovados, me puse a hacer las maletas. Me acosté y al día siguiente fui a buscar a Aroa al colegio ya que la mamá de su amiga la llevo por la mañana. Le conté los planes que teníamos para el fin de semana. Más tarde compramos unos regalos para mi hermana y mis padres. Llegamos, calentamos una pizza, cenamos y Aroa fue a acostarse. Seguía con esa sensación de que debería llamar a Luke así que al final, sin pensarlo mucho, le mandé un WhatsApp.

Conversación WhatsApp:

Yo: *Profe :)*

Luke: *¡Hola, preciosa! ¿Ya me extrañas?*

Yo: *Mmm, puede ser.*

Luke : *¿Solo puede? Me has herido profundamente.*

Yo : *Sí, te extrañé. Me he pasado la tarde pensando en ti. Quería avisarte que el fin de semana me voy.*

Luke : *¿Cómo que te vas? ¿Pasó algo? Yo sí que te extrañé preciosa.*

Yo : *Voy a ver a mis padres. Mañana te lo cuento.*

Luke : *Está bien, preciosa. A la cama que mañana hay clase y no querrás quedarte dormida y que el profesor te baje la nota, ¿no?*

Yo : *Soy muy buena alumna. Además, le tengo aprecio a mi profesor.*

Hasta mañana, profe :)

Luke : *Hasta mañana :)*

Me fui a la habitación me di una ducha y me metí en la cama. Me quedé dormida al momento.

CAPÍTULO CUATRO

Katia

Al día siguiente...

Después de dejar a Aroa en la colegio, me encamino hacia la universidad. El aparcamiento está lleno a rebosar a pesar de ser temprano.

Encuentro un sitio y aparco rápidamente. Repaso mi aspecto en el espejo, me echo un poco de brillo en los labios, recojo mis cosas y salgo.

Me dirijo hacia la cafetería a por un café. Allí me encuentro con varios compañeros de carrera y algunas nuevas caras. «Estarán en primer año».

Me siento junto a mis compañeros y charlamos un rato sobre el verano y las vacaciones. Suena el timbre y rápidamente recogemos y nos vamos al salón de conferencias donde nos darán la bienvenida como todos los años.

«Seguro que aún no ha cambiado el discurso; otro año más el mismo», puedo asegurar mi sueldo de todo el año a que ese es el pensamiento generalizado.

Cuando voy a entrar choco con mi profesor.

—Luke —digo sonriendo azorada—. Disculpe, señor Williams.

—No pasa nada, no se preocupe. Luego me gustaría hablar con usted si dispone de tiempo —contesta él.

—Claro luego iré a su despacho.

—Por cierto —dice el acercándose a mi oído—, hoy estás radiante.

Reacciono ruborizándome y sonriéndole, mientras él se dirige al escenario donde están los demás profesores.

—Katia, ¿puedes moverte? Estás en el medio —me dice Sasha, una de mis compañeras.

—Sí, claro, perdona —le contesto.

—Ya sabemos que el señor Williams está muy bueno. Pero ya sabes que es un estirado; nunca se fijará en una alumna, aunque seamos de último curso —me suelta—. A menos que sea para divertirse, claro.

—Eso ya lo sé —respondo mientras me doy cuenta de lo que implica.

—Es que no quiero verte sufrir —me dice abrazándome—. Venga, vamos a sentarnos. Que este año el director no ha cambiado el discurso tampoco.

—¿Algún año lo ha hecho? —pregunto divertida.

Nos sentamos y empieza el suplicio; es ya el tercer año que escuchamos el mismo discurso.

—Gracias a Dios, es el último año —dice Sasha.

—Eso espero —contesto.

—Si lo dudas tú con tus notas, ¿qué esperanza nos queda a los demás?

—interviene Raúl, otro compañero de curso.

—Tampoco te quejes. Tú tampoco tienes tan malas notas —le contesto.

Sasha se ríe.

—¡Callaos que nos van a echar por vuestra culpa! —nos reclama uno de los alumnos que está sentado en la fila de delante.

—Si es lo mismo todos los años —le dice Raúl—, el año que viene ya me lo dirás. Se nota que eres nuevo.

Nos callamos y seguimos escuchando al director que en ese momento iba por la mitad de su discurso. Cuando salimos suspiramos de alivio.

—¡Ya era hora! —exclama Raúl.

—Sigo sin entender por qué nos somete a esta tortura todos los años —reflexiono en voz alta.

—Porque es el único momento en todo el año en el cual lo escuchamos —elucubra Sasha.

—Bueno chicos, me voy a hablar con el señor Williams —les digo—.

Nos vemos el lunes.

—¿El lunes? —pregunta Raúl.

—Sí, me voy a ver a mis padres este fin de semana —le aclaro.

—Pásalo bien —me dice Sasha—. Recuerda lo que te dije, si necesitas algo ya sabes. Cuídate.

—Gracias, Sasha —le contesto—. ¡Hasta el lunes chicos!

—Disfruta del finde y no hagas nada malo —me dice Raúl.

—Tu concepto de malo es el mío de diversión, así que probablemente te decepcionaré —le respondo.

—Está bien, pero quiero los detalles más jugosos —replica él.

—Raúl, pero bueno —le contesto mientras me voy, riéndome.

Llego frente al despacho del señor Williams y escucho voces dentro como si estuvieran discutiendo. Giro el picaporte y entro después de tocar y no recibir respuesta. Me encuentro con una morena despampanante discutiendo con mi apuesto profesor.

—Ana, por favor, no es el lugar —le decía él.

—No pienses que esto se ha acabado. Tenemos que hablar. Te espero esta noche en casa, a menos que tengas algo que hacer —le avisa ella.

—Está bien, nos vemos esta noche —dice él a la vez que se gira y me ve—. Señorita Álvarez, pase la estaba esperando. Nos vemos esta noche, Ana.

—¡Hasta esta noche! —repite la morena mientras se va cerrando la puerta.

—¿Qué quería profesor? —le pregunto.

—Quería despedirme de ti, claro está —dice acercándose a mí para darme un beso. Yo lo esquivo—. ¿Qué te pasa?

—Que no creo que a tu novia le haga gracia —repongo sarcástica.

—Por Ana no te preocupes, no es celosa.

—Pero da la casualidad de que a mí no me gusta compartir. ¿Querías algo más?

—Sí, esto es para ti —me dice tendiéndome un sobre.

—No pretenderás pagarme, ¿no?

—Por Dios, Katia, no. Ábrelo, anda —me apremia.

Lo abro y me encuentro con que soy la beneficiaria de una beca durante todo este curso en Alemania.

—Pero yo no solicité ninguna beca.

—Esa beca no se solicita. La universidad de Múnich es quien elige a los alumnos con mejores notas para ir. La beca también tiene prácticas en alguno de los bufetes más famosos de la ciudad —me explica—. Es una gran oportunidad.

—Gracias, pero tengo que pensármelo —contesto abrumada.

—Está bien. Si tienes alguna duda puedes consultarme o ir a ver al director —dice—. ¡Que tengas buen viaje!

—Gracias —contesto mientras me voy. Estoy emocionada porque me escogieran, pero sé que no puedo aceptarla. Mi lugar era junto a su hija. De repente, recuerdo la sentencia y me doy cuenta de que sin mi hija no hay razón para que me quede en España.

Me dirijo al coche con lágrimas en los ojos y decido ir a ver a Laura al hospital. Cuando llego aparco y voy directo al área de neurocirugía, esperando que no esté en el quirófano. Cuando estoy por llegar a la recepción sale Laura. En cuanto me ve se dirige hacia mí.

—Katia, ¿qué pasa?

—Me han dado una beca para Múnich y no sé qué hacer —le informo, abrazándome a ella y llorando.

—Tranquila, cariño —Laura me devuelve el abrazo—, todo se solucionará.

—¿Solucionarse? Tengo que dejar que Aroa se vaya con su padre—le contesto.

—Lo sé, cielo. A lo mejor es buena idea que aceptes esa beca, ¿no crees?

—A lo mejor tienes razón. Tengo algo más que contarte —le confieso.

—Dime, te escucho —contesta interesada.

—Me acosté con Luke.

—¿Luke? —pregunta atónita.

—El profesor Williams —aclaro.

—¿Qué? ¡¿Estás loca?!

—Lo peor es que hoy me enteré de que tiene novia. He sido una

estúpida, un simple juego para él. Me odio a mí misma.

—No digas eso, nena. Él es un cabrón. Tú no lo sabías y él sí. Aun así, se acostó contigo, él es el cerdo.

—Tú sí que sabes cómo hacerme sentir mejor, Laura.

—Por algo soy tu mejor amiga, cariño. ¿No te ibas a ver a tus padres?

—Sí, en cuanto me vaya a recoger a Aroa.

—Pasa buen fin de semana, y piénsalo, es una gran oportunidad.

—Lo haré y gracias.

Salgo del hospital y me voy a recoger a Aroa. Luego emprendemos el viaje hacia Cangas de Onís donde viven mis padres.

Cuando llegamos ya es de noche. Aroa se ha dormido justo después de que paráramos a comer, así que tengo que despertarla para que entre en casa.

—¿Habéis tenido buen viaje? —me pregunta mi madre.

—Sí, agotador, pero bien. Necesito una ducha y una cama. Mañana hablamos.

—Está bien, hija, no te preocupes. Descansad, vuestras habitaciones están listas.

Cojo el móvil y le mando un WhatsApp a Laura, a Cris y a Raúl que dice lo mismo: «He llegado. Me voy a descansar. Seguimos vivas. No me extrañéis».

Al día siguiente, despierto temprano y bajo a la cocina, donde me encuentro con mi madre.

—¿Ahora sí estás en condiciones de contarme todo lo que ha pasado?

—me aborda en cuanto me ve.

—¿Ni los buenos días me das? Yo también te quiero, mamá —contesto irónica—. Toma, lee y luego pregunta.

Mi madre se pone a leer la carta. Cuando acaba me da un abrazo.

—No hay nada que hacer, ¿no? —me pregunta.

—No lo creo. He recurrido, aunque no me parece que sirva de nada — respondo desanimada.

—Pase lo que pase, siempre estaremos a tu lado, ya lo sabes.

—Mamá, sobre eso... me han dado una beca para ir a Múnich, pero no sé si aceptaré.

—Si tú crees que es lo mejor, hazlo —me dice sonriendo—. Me alegro de que vinierais.

—Y yo, mamá, y yo —le digo abrazándola.

Nos sentamos a desayunar. Más tarde salgo a dar un paseo con Aroa mientras pienso en cómo decirle que se tendrá que ir con su padre.

—Mamá, ¿te pasa algo? —me pregunta.

—No hija, no te preocupes —contesto.

—Mamá, no me mientas. No soy tonta, te duermes llorando desde hace días —me responde—. ¿Qué pasa?

—Siéntate hija, tenemos que hablar, pero no sé cómo decírtelo. Esto es muy difícil —me sincero.

—Haciéndolo, mamá; no me gusta verte así —replica abrazándome.

—Está bien, seré directa —le contesto—. No sé cómo hacer esto más fácil para ti, sé que te voy a echar mucho de menos. Bueno, el caso es que tienes que irte con tu padre por una temporada, cariño. Lo siento —le digo abrazándola mientras lucho por reprimir mis lágrimas.

—¿Por qué mamá?

—Un juez lo ha dispuesto así cariño. Yo iré a verte siempre que pueda, te lo prometo —le contesto con un nudo enorme en la garganta.

—¿Por eso vinimos a ver a los abuelos?, ¿por eso todo el viaje de repente? Querías que los viera antes de que me tuviera que ir. Gracias, mamá, te quiero mucho —me dice mientras me abrazaba otra vez.

Estamos así un rato, con el lago como único testigo de lo que allí nos habíamos dicho y lo que habíamos pasado. Luego nos separamos, nos secamos las lágrimas y nos vamos a tomar un batido a uno de los bares del pueblo.

—¿Oye, te has enterado ya? —escucho a doña Manola decirle a Paqui.

—¿Lo de la boda de mi sobrino con esa fulana? —le contesta Paqui—, por desgracia sí.

—Hola, doña Paqui, veníamos por unos batidos —le pido mientras pienso en lo que acabo de escuchar. ¿Dimitri se va a casar y no me ha dicho nada?

—Enseguida corazón —contesta Paqui—. ¿Cómo te van las cosas allá por Cádiz? Igual has visto a mi sobrino, a Dimitri lo han destinado allá.

—Por Cádiz todo bien, doña Paqui. Gracias por preguntar. Claro que he visto a su sobrino es mi vecino.

—Vaya, esas son casualidades de la vida. Entonces ya sabrás que se nos casa. Aunque yo no sé qué le ve si está toda delgaducha, pero bueno —me dice mientras me da los batidos.

—No lo sabía, pero tampoco hemos hablado mucho —contesto mientras cojo los vasos—. ¿Cuánto es?

—Nada corazón —me dice doña Paqui—, invita la casa.

La tarde se me pasó volando, estuvimos todos juntos en familia, comimos, reímos...

Después de cenar, Aroa se fue a acostar y mi hermana Carla aprovecha para hablar conmigo.

—Bueno ¿qué tal todo por Cádiz? —me pregunta.

—Pues todo bien, aunque creo que he hecho algo que no debía —le contesto.

—Dicho así suena como algo picante —me mira divertida.

—Bueno sí, pero con la persona equivocada —replico pesarosa.

—Cuéntamelo ya —exige.

—Bueno, antes que nada, Dimitri es mi vecino. El otro día fui a verlo.

Me abrió la puerta su compañero de piso, Marcos, y me dijo que estaba en su habitación. Cuando llegué y abrí su puerta, estaba follándose a una mujer bastante mayor que él, lo peor es que me quedé a verlo; fui incapaz de irme y, por supuesto, él me vio. Lo peor es que yo quería ser esa mujer no la que estaba allí delante viéndolos. Cuando terminó, me fui. Luego llegó Luke a mi casa, antes habíamos comido juntos, y bueno, acabe acostándome con él, pero en mi mente era Dimitri con quien lo estaba haciendo —confesé.

—¡Dios mío! Quiero ser tú. Pero lo que no entiendo es, ¿por qué Luke?

—No simplemente fue ese día. Además me enteré de que tiene novia.

Es excelente en la cama, pero nunca iniciaría una relación así.

—Menos mal. Bueno tienes razón es tu vida. ¿Qué tal llevas lo de Aroa?

—¿Te digo la verdad o te miento? —pregunto.

—La verdad, quiero saber cómo te sientes y tratar de ayudarte en lo que

sea. Sabes que siempre estoy aquí para ti. Aunque estemos lejos físicamente.

—Pues como puedo. Me duele, pero no puedo hacer gran cosa. Gracias por vuestro apoyo, en serio, no sabes lo bien que me hace.

—¿Y qué es eso de una beca que me ha dicho mamá?

—¿El qué?

—Una beca donde hay más tíos buenos por metro cuadrado que aquí en un festival.

—Pues que me han ofrecido una beca en Múnich, Alemania. Aunque aún no se si aceptar, la verdad. Y solo tú podrías haber descrito Múnich de esa manera.

—Tú sabes lo que es mejor para ti. Lo único que queremos es que seas feliz. Por lo que me has dicho Dimitri no te es indiferente, ¿no? Aún sigues pillada por él, ¿verdad?

—Sabes que sí. A pesar de los años, volver a verlo me ha hecho darme cuenta de que aún sigue anclado en mi corazón.

—Has oído ya los rumores, ¿no?

—Sí, sé que se va a casar, doña Paqui me lo ha dicho. Es su tía así que supongo que es cierto. Lo que no entiendo es por qué no me lo ha dicho él mismo.

—No lo sé. Creo que deberías preguntárselo cuando vuelvas a Cádiz.

—Sí, será lo mejor, creo. Bueno, me voy a la cama que mañana después de comer tengo que volverme.

—Que descanses y si necesitas hablar llámame, ¡que el móvil no está de adorno, eh!

—Lo haré, no lo dudes. Hasta mañana. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

Así concluyo mi conversación con mi hermana. La verdad me siento mucho mejor después de hablar con ella. No me había dado cuenta de la falta que me hacía, hasta que conversamos.

Lo más gracioso es que hablando con ella, fue que admití de verdad que acostarme con Luke había sido una venganza por haber visto a Dimitri con otra. Lo reconozco, fui perversa. Usé a Luke, aunque si lo pienso él también me usó a mí. Básicamente, desde que nos conocimos, no fue una relación muy sentimental que digamos, solo explotamos nuestra atracción sexual hasta que ya no quedó nada. Todo para darme cuenta de que por muchos hombres con los que me acostara nunca iba a olvidar a Dimitri. Es cierto, creí que lo había olvidado hasta que apareció años después en mi vida para demostrarme todo lo contrario. Si tan solo se lo hubiera dicho quizás hubieran cambiado muchas cosas. Bueno es hora de dormir que mañana tengo que conducir y dar vueltas a las cosas no soluciona nada.

Más tarde soñé con mi último viaje a Salzburgo.

«Fue en invierno hace once años. Hacía muy mal tiempo, nevaba y el aeropuerto estaba cerrado. Allí estábamos Dimitri y yo sin poder volver a España y todo por nuestro capricho de haber querido estar solos unos días. Esos fueron los mejores de mi vida. Fuimos a esquiar, hicimos turismo y por supuesto nuestras noches eran de lo más ajetreadas.

Por desgracia toda aventura tiene su final. Mi problema fue que para mí no era ninguna aventura. La gran amistad que sentía por él se había convertido en un gran amor. Aún recuerdo nuestra última noche allí, el fin de lo nuestro.

Estábamos cenando en el hotel cuando nos comunicaron que ya habían abierto el aeropuerto, aun así, decidimos quedarnos hasta el día siguiente. Esa noche, después de hacer el amor apasionadamente, me quedé dormida.

Desperté cuando escuché a Dimitri hablando por teléfono en manos libres.

—Sabes que si pudiera estaría ahí. Estoy aquí por trabajo ya te lo he dicho —decía él, no sabía quién era la otra persona, pero de lo que sí estaba segura era de que era una mujer.

—Sabes que a la única que quiero es a ti. Mañana vuelvo, no te preocupes; te compensaré por estos días que no he estado ahí. Te amo —le dijo y colgó. Sentía ganas de levantarme y pedirle explicaciones, sin

embargo, me hice la dormida y esperé hasta que se durmió.

Recogí las pocas cosas que tenía fuera de la maleta aún. En un último intento por no sentirme traicionada, cogí su móvil y miré las llamadas recibidas. Su última llamada era de Astrid y tenía un montón más en esos días. Todas a altas horas de la madrugada.

Me estaba engañando. Yo estaba dándolo todo y él estaba con otra. Me vestí, cogí mis cosas y salí de esa habitación.

Llegué al aeropuerto en un taxi que pedí en la recepción y cogí un billete para el siguiente vuelo que salía en menos de una hora. Desde que salí de la habitación no hice más que llorar, cogí ese avión y volví a España.

Llegué a mi piso y me metí en la cama, justo después de desconectar mi móvil. Lloré hasta quedar agotada, solo dormía y lloraba. Esa noche unos golpes me despertaron, me levanté y fui a abrir la puerta. Allí me encontré con Dimitri mirándome sombrío.

—¿Por qué? —me dijo.

—¿Por qué qué? —le repliqué.

—¿Por qué te fuiste?

—Porque tú no querías estar allí conmigo —le dije cabreada.

—¿Cómo sabes eso? —me preguntó.

—No es que lo sepa es que me di cuenta de que para ti solo soy...

mmm... ¿cómo lo llamaste? Ahh, sí, ¡TRABAJO! —le grité mientras se quedaba asombrado.

—¿Lo escuchaste?

—Claro que lo escuché. No estoy sorda, ¿sabes? Y la respuesta a tu pregunta de por qué me fui es bien simple: yo no soy ella.

—Es cierto, tú no eres ella. Eres una simple aventura, un juego —me dijo sonriendo.

—Pues este juego se acabó, se terminó en Salzburgo —le contesté furiosa cerrándole la puerta en las narices».

Desperté y me di cuenta de que no era un sueño, era un recuerdo. Ese fue el fin de mi relación con Dimitri. Pero romper una relación no implica olvidar a la otra persona. ¿Será Astrid la chica con la que se casa? ¿Por qué no dejo de pensar en él? Creo que será mejor dormir, que en tres horas tengo que levantarme y llorar ahora no me va a servir de nada.

CAPÍTULO CINCO

Katia

Unas horas más tarde me levanto, me ducho y voy a la habitación de Aroa.

Le doy un beso y bajo a desayunar con mis padres.

—Buenos días —saludo.

—Buenos días, hija. ¿Qué tal has dormido? —me pregunta mi madre.

—Bien, mamá, como siempre.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer con esa beca? —pregunta mi padre mientras me sirve un café.

—Pues no lo sé aún, papá —le digo encogiéndome de hombros.

—Yo creo que deberías pensarlo. Es una gran oportunidad. Pero hagas lo que hagas te apoyaremos, ya lo sabes —me aconseja agarrándome la mano.

—Lo sé, papá, gracias.

Termino de comer y subo por las cosas mientras Aroa desayuna.

Después nos despedimos y emprendemos el viaje rumbo a Cádiz.

Nueve horas después...

—Aroa, cariño, ya llegamos—le digo mientras la muevo para que despierte.

—Gracias, mamá. Lo siento, por quedarme dormida —contesta Aroa.

—Tranquila, cariño, es normal. Fueron muchas horas de viaje —
respondo mientras aparco frente al edificio.

—Mamá, voy subiendo, ¿vale? —Aroa coge su mochila.

—Vale, yo ahora subo, que tus abuelos me han dado verdura para un
regimiento entero —le digo cuando abro el maletero.

—¿Te ayudo? —Marcos llega en ese momento.

—Te lo agradecería —le contesto.

—Pues trae —dice de camino hacia el maletero—. ¿Y todo esto? Te vas
un fin de semana y vuelves surtida de comida. Dime, ¿cómo lo haces?

—Fui a ver a mis padres —le contesto riéndome—. Por cierto, ¿no
tienes algo que contarme?

—Sí. Bueno, verás, hace tiempo conocí a una doctora en Asturias y me
enamuré de ella. Al mudarme aquí volvimos a quedar y estamos saliendo —
me dice mientras subimos por el ascensor.

—¡Vaya! ¿Y cómo se llama? —pregunto curiosa. Mientras, mi cabeza
empieza a pensar en la posibilidad de que Marcos sea el chico por el que
Laura bebe los vientos.

—Laura —responde con una gran sonrisa de bobo enamorado.

—¿Qué? ¡Yo la mato! —Mi cabeza tenía razón.

—¿La conoces? —pregunta mirándome sorprendido.

—Claro que sí, es mi mejor amiga —le respondo.

—No lo sabía.

—No pasa nada, tranquilo, esperaré a que me lo diga que igual ha sido porque estoy hasta arriba de cosas —le confieso mientras entramos en el apartamento—. Gracias por ayudarme; déjalo ahí en la encimera luego ya lo colocaré.

—No ha sido nada. Cuando necesites ayuda avísame que lo hago encantado —se ofrece.

—Gracias, pero no creo que a Laura le haga gracia que monopolice a su novio —digo sonriendo.

—Pero tú no sabes nada aún, ¿no? —me dice conspirador.

—Tienes razón. Me has dado una idea —le digo maliciosa—. ¿Tienes planes para cenar?

—Pues iba a cenar con Dimitri en casa, pero si cocinas tú me apunto.

—Bueno, yo no, más bien mi madre que me ha mandado un montón de comida hecha. Voy a invitar a Laura así que, si quieres, dile a Dimitri —añadí a regañadientes.

—Conspiradora —me dice sonriendo con picardía—. Bueno, me voy a poner guapo para esa cena.

—Vale, hasta después —digo mientras cierro la puerta.

Luego voy a la habitación de Aroa donde ella está tomando un cola cao con galletas.

—Aroa, ¿no vas a cenar?

—No, mami, cuando acabe me voy a la cama, tengo sueño. Ya oí que vienen a cenar la tía Laura y los vecinos.

—Vale, peque. Hasta mañana. Si necesitas algo me llamas. ¡Dulces sueños, princesita!

Salgo de la habitación y voy a la entrada a por el móvil. Llamo a Laura, la invito a cenar y deajo caer que le presentaré a mis vecinos. Después recojo y ordeno todo lo que mis padres me mandaron.

Cuando acabo me doy una ducha y me cambio para la cena. Bajo a la cocina y pongo la mesa. Meto la cena a calentar cuando quedan diez minutos para la hora prevista.

Tocan el timbre y voy a abrir.

—¡¡Guau!! ¿Has visto a Katia? Es que antes me invitó a cenar y no la veo —dice Marcos.

—Soy yo idiota —contesto.

—Vaya, menudo cambio, y ya lo sabía —contesta—. ¡Qué bien huele!

—Pasad —digo apartándome para dejarlos entrar.

—Toma, esto es para el postre —me dice Dimitri dándome una botella

de champán—. ¡Estás preciosa!

—Gracias, pero no hacía falta —le digo sonriéndole como boba.

Marcos y Dimitri pasan al comedor mientras voy a meter el champán en la nevera. Cuando regreso al comedor Marcos ha encendido la televisión.

—Baja un poco el volumen, Aroa está en la cama —le riño.

—Vale, lo siento —contesta contrito.

Suena otra vez el timbre y voy a abrirle a Laura. Volvemos juntas al comedor y hago las presentaciones. Mi amiga ni se inmuta y eso que la observo de cerca. Voy a la cocina y apago el guiso. Lo llevo al comedor y comenzamos a cenar mientras charlamos.

—Oye, Marcos, ¿y qué tal el fin de semana? —pregunto sonriéndole.

—Pues bien, aunque esta cena es lo mejor. Si cocinas como tu madre me caso contigo —me contesta guiñándome un ojo.

—No estoy interesada en casarme de momento —le respondo—, aunque no me quejaría si el pretendiente fueras tú.

—¿Qué tal está tu familia? —pregunta de repente Laura. Se ve que no le gusta que coqueteen con su novio. Aunque solamente lo hago para que me lo diga de una vez.

—Pues como siempre, todo sigue igual por el pueblo —le digo sonriendo ya que sé que está molesta.

—Me alegro. Aunque estarás cansada del viaje así que no entiendo el porqué de la cena —razona Laura.

—Pues me apetecía. Pero si quieres irte...

—No, no para nada —responde—. Dimitri, ¿y tú a qué te dedicas?

—Pues estoy en la marina, como Marcos —responde mirando a su amigo—. Soy capitán aunque él es el médico del equipo.

—Con razón estáis tan fuertes —contesta Laura.

Cuando acabamos de cenar me levanto y recojo los platos. Voy a la cocina por el postre y de repente Laura aparece por detrás.

—Esto es en venganza, ¿no? —me dice.

—¿Venganza? No sé de qué hablas —contesto haciéndome la loca.

—Por no contarte que estaba con Marcos. Tú ya lo sabes —afirma.

—La verdad es que esa era la idea, aunque me lo he pasado genial—
contesto.

—Perdona por no contártelo, entiendo que te enfadaras. Pero te veía tan agobiada con lo de Aroa y luego lo de la beca, que no quería molestarte —
confiesa.

—¿Por qué me iba a molestar que seas feliz? Todo lo contrario, me
alegro un montón, en serio —le digo abrazándola—. Eso sí, como te haga
daño es hombre muerto.

—Se lo diré —dice—. Bueno, vamos que esta tarta tiene una pitanza tremenda.

—Coge esos platos y esas cucharillas y vamos, anda —ordeno.

Volvemos al comedor y mientras Laura pone los platos y las cucharillas. Regreso por el champán y las copas.

Al poco de terminar con el postre y bebernos el champán, Laura se va porque tiene guardia temprano. Marcos decide acompañarla dando un paseo.

Dimitri se queda ayudándome a recoger. Cuando estamos en la cocina, y después de meter los cacharros en el lavavajillas, Dimitri me arrincona contra la encimera.

—¿A qué estás jugando? —pregunta.

—¿Yo? ¿De qué hablas? —contesto confundida.

—Sí, tú. Todo esto de la cena, el coqueteo con Marcos y encima te has arreglado para una cena en casa. ¿Te gusta Marcos? —me increpa.

—¿Que si me gusta Marcos? —repito incrédula.

—¡Maldita sea! Me oíste perfectamente. Contéstame —me ordena.

—Si me gusta Marcos o no es mi problema, ¿no crees? —contesto harta de sus juegos.

—No puedes salir con él —me ordena cabreado.

— Ahora quieres darme órdenes, ¿qué será lo siguiente? Puedo salir

con quien me dé la gana. Suéltame —contesto altanera.

—¿Y si no quiero? —pregunta con su actitud de chulo.

—No creo que a tu prometida le haga gracia, ¿no crees? —suelto dejándolo patidifuso.

—¿Como sabes eso? —pregunta.

—En el pueblo no se habla de otra cosa. ¿Pensabas que no me enteraría? —pregunto enfrentándolo—. Estoy harta de secretos y mentiras.

—Mierda —me suelta y se va como alma que lleva el diablo.

Dimitri

Había tenido un fin de semana imposible, no sabía nada de Katia y para colmo llevaba toda la tarde sin cogermelo el teléfono. Luego viene Marcos todo sonrisas diciéndome que Katia nos había invitado a cenar, al menos así, pensé, hablaría con ella. Cuando más tarde fuimos a su casa a cenar le llevé una botella de champán. Tocamos el timbre y cuando abrió me dejó sin palabras, estaba espectacular.

—¡¡Guau!!¿Has visto a Katia? Es que antes me invito a cenar y no la veo —le dice Marcos.

—Soy yo idiota —contesta ella riéndose. Cuando sonrío está espectacular.

—Vaya, menudo cambio, y ya lo sabía —le comenta él—. ¡Qué bien huele!

—Pasad. —Ella se aparta de la puerta.

—Toma, esto es para el postre —le digo entregándole la botella—.

¡Estás preciosa!

—Gracias, pero no hacía falta —me contesta sonriéndome y no sé por qué también le sonrío.

Pasamos al comedor, mientras Katia va a la cocina Marcos enciende la

televisión. Cuando ella regresa, le amonesta:

—Baja un poco el volumen, Aroa está en la cama.

—Vale, lo siento —Marcos lo baja con el mando.

Suena otra vez el timbre y Katia va a abrir, supongo que es su amiga.

Por lo que Marcos me había dicho también estaba invitada. Volvieron juntas al comedor y Katia hizo las presentaciones. Laura es guapa. Una de esas chicas que siempre destaca, pero en mi mente solo existe Katia, quien se va a la cocina y vuelve con una olla. Nos sentamos y empezamos a comer mientras charlamos.

—Oye, Marcos, ¿y qué tal el fin de semana? —le pregunta Katia sonriéndole coqueta.

—Pues bien, aunque esta cena es lo mejor. Si cocinas como tu madre, me caso contigo —le responde guiñándole un ojo. Está coqueteando con ella ante mis narices, esto tiene que ser una broma.

—No estoy interesada en casarme de momento —le dice ella—, aunque no me quejaría si el pretendiente fueras tú.

Y encima ella le sigue el juego, se sonríen, se miran; esto no puede estar pasando.

Marcos puede salir con quien le dé la gana, pero no con ella.

—¿Que tal está tu familia? —le pregunta su amiga. Creo que a ella

tampoco le hace gracia el coqueteo que se traen Katia y Marcos.

—Pues como siempre, todo sigue igual por el pueblo —Katia le sonrío.

Así que se había ido al pueblo, pero no me había dicho nada. ¿Por qué de repente quiso irse?

—Me alegro, aunque estarás cansada del viaje así que no entiendo el porqué de la cena —indaga Laura. Claramente está cada vez más cabreada.

—Pues me apetecía. Pero si quieres irte... —replica ella encogiéndose de hombros.

—No, no para nada —le dice Laura—. Dimitri, ¿y tú a qué te dedicas?

—pregunta mirándome.

—Pues estoy en la marina, como Marcos —le respondo mirando a mi amigo—. Soy capitán.

—Con razón estáis tan fuertes —dice Laura guiñándome un ojo.

Cuando acabamos de cenar Katia se levanta y recoge los platos. Va a la cocina por el postre y Laura la sigue, así que aprovecho para preguntarle a Marcos.

—¿Tienes algo con Katia? —le increpo.

—¿Katia y yo? —pregunta.

—Sí, contéstame —digo molesto.

—¿Pero qué clase de amigo crees que soy? La verdad está muy buena y

es una gran mujer, pero estoy enamorado —me replica.

—Perdona, es que vuestra actitud...

—Además, a ti te da igual, ¿no? —Me enfrenta Marcos—. Vas a casarte con Irina porque la amas así que no entiendo tu actitud. Ella es libre de hacer lo que quiera.

—Tienes razón, olvídale —le contesto sonriendo.

Aunque sus palabras dieron en el blanco. Ella es libre de estar con quien quiera. Marcos va a decirme algo, pero se calla porque en ese momento entran Laura y Katia con el postre. Acabamos con él y bebemos el champán. Luego Laura se va porque tiene guardia temprano y Marcos se ofrece a acompañarla. Me quedo ayudando a recoger. Estando en la cocina y acabando de meter los cacharros en el lavavajillas, no puedo contenerme más y la arrincono contra el aparato.

—¿A qué estás jugando? —le preguntó.

—¿Yo? ¿De qué hablas? —pregunta de vuelta.

—Sí, tú. Todo esto de la cena, el coqueteo con Marcos y encima te has arreglado para una cena en casa. ¿Te gusta Marcos? —le increpo. Estoy loco de celos. No soporto la idea de verlos juntos.

—¿Que si me gusta Marcos? —me pregunta con expresión confundida.

—¡Maldita sea! Me oíste perfectamente. Contéstame —le exijo

perdiendo los nervios.

—Si me gusta Marcos o no es mi problema, ¿no crees? —me contesta altiva.

—No puedes salir con él —le ordeno ya cabreado.

— Ahora quieres darme órdenes, ¿qué será lo siguiente? Puedo salir con quien me dé la gana. Suéltame —me dice altanera.

—¿Y si no quiero? —le pregunto sonriendo maliciosamente.

—No creo que a tu prometida le haga gracia, ¿no crees? —me responde tensa.

Mierda, ¿cómo sabe eso? El único que lo sabe es Marcos, él no diría nada. Al menos que ella nos escuchara antes.

—¿Cómo sabes eso? —le pregunto tragando saliva. Si nos ha oído también sabe lo que le dije a él.

—En el pueblo no se habla de otra cosa. ¿Pensabas que no me enteraría? —me contesta molesta. Joder en momentos así odio ser de un pueblo pequeño donde todos se conocen.

—Mierda. —La suelto y me voy cerrando de un portazo.

Todo se estaba complicando. Ahora me odiaba por la decisión que había tomado aquel día. Pero no hay vuelta atrás. Aún lo recuerdo como si fuera ayer.

FLASHBACK

Iba corriendo por el centro de Cádiz cuando la vi. Katia estaba con otro hombre en el Cismen. Se sonreían, agarrados de las manos por encima de la mesa. ¡Mierda! Tenía novio y no me lo dijo. Estaba jugando conmigo como yo jugué con ella en el pasado. Pensé en cómo quitármela de la cabeza, por eso decidí llamar a Irina.

—Dimitri, que alegría oírte.

—¿Aún estás en Cádiz? —le pregunté.

—Sí, ¿quieres que nos veamos?

—Sí. Nos vemos en mi casa en media hora.

—Vaya, que mandón, eso quiere decir que me tienes ganas, ¿no?

Tranquilo no te haré esperar.

Me dirigí a mi casa, me di una ducha y esperé a que llegara Irina. En cuanto llegó la llevé a mi habitación y empecé a besarla. Quería deshacerme

del recuerdo de los besos de Katia.

Estaba fuera de control, lo reconozco, pero a Irina parecía gustarle.

Me la estaba follando duro cuando al levantar la vista me encontré con Katia, con la mano en el picaporte de la puerta, observándome fascinada.

Retrocedió y algo dentro de mí me impulsó a decirle:

—Espera... —la miré a los ojos. Irina dijo algo y luego siguió

animándome, pero en mi mente estaba follándome a Katia no a ella.

Aumenté

el ritmo y en el momento en el que me corrí deseé que ella viniera y me

abrazara. Pero cuando abrí los ojos ya no estaba.

Más tarde, cuando fui a verla, vi al tipo del restaurante entrando en su

casa. Me asomé porque dejaron la puerta abierta y me los encontré en pleno

asalto encima del mueble de la entrada. Después de todo sí tenía algo con él.

Me cabreó el hecho de que sabía que quien la había llevado a tal estado era

yo, pero era ese quien se la follaba. Me giré y entré en mi casa.

FIN DEL FLASHBACK

Ahora tengo que ser responsable de mis actos. A los pocos días, Irina me llamó y me dijo que estaba embarazada y que solo había estado conmigo. Hice lo que debía hacer, aunque no la quiera mi hijo merece una familia; le pedí matrimonio. ¿Porque me acostaría con ella cuando vinimos a buscar piso?

Daría lo que fuera por que la madre de ese bebé fuera Katia. Me dirigí al mueble bar y cogí la botella de vodka y un vaso. Me serví un trago y decidí que lo mejor que podía hacer esa noche era emborracharme, era la única forma de dejar de pensar.

Hace años fui un estúpido, le dije que para mí solo era un juego. Le mentí porque no quería que me hiciera daño. La amaba y ella no confió en mí. No esperó a hablar conmigo, se fue y no me cogió el teléfono...

El día que llegué, después de ir a su casa, tuve que irme, tenía maniobras en la costa francesa. Tardé dos meses en volver. Cuando lo hice era demasiado tarde, ella se había ido de Oviedo.

Katia

Me levanto, despierto a Aroa y voy a preparar el desayuno. Comimos y mientras friego los cacharros Aroa va por su mochila del colegio. Luego recojo mis cosas para la universidad, salimos y llevo a Aroa al colegio.

—Pórtate bien, ¿vale? Te quiero —le digo.

—Sí, mami. Te quiero mucho —contesta antes de entrar al colegio.

Regreso al coche y me voy a la universidad. La mañana pasa volando.

Entre clase y clase llega la hora de comer. Vuelvo a casa y caliento algo de la comida que me ha mandado mi madre.

Estoy comiendo cuando suena el timbre, me levanto y voy a abrir.

—¿La señorita Álvarez? —pregunta un hombre de traje ante mi puerta.

—Sí, soy yo. ¿Qué quería? —contesto.

—Traigo una citación del juzgado, ¿sería tan amable de firmarme aquí?

—me dice señalándome una casilla en el folio que tenía en una carpeta.

—Sí, claro —contesto firmando.

—Aquí tiene. —El hombre me entrega un sobre.

—Gracias —le digo al cogerlo.

Cierro la puerta y me apoyo en ella apretando el sobre en mi mano.

Cojo el móvil y llamo a mi hermana.

Conversación telefónica:

— *¿Sí?* —responde Carla.

— *Peque te necesito...*

— *¿Qué pasa?*

— *Me acaban de entregar la citación del juzgado y no me atrevo a abrirla.*

— *Ábrela y léela, yo estoy aquí. Tranquila, ¿vale?*

— *Es que tengo miedo. No quiero separarme de ella, pero voy a tener que hacerlo.*

— *Tranquila. Abre la carta.*

Dejo el móvil en modo altavoz, leo la citación y empiezo a sollozar.

— *¿Qué pasa?*

— *Tengo que ir mañana.*

— *¿Mañana? Bueno, cálmate. Será para decirte cuándo tienes que entregar a Aroa.*

— *Eso es lo que temo.*

— *No te alteres, ¿vale? Puedes verla, y aunque ahora se la lleve la recuperarás.*

— *Eso espero.*

— *Hablamos luego, ¿vale? Es que tengo clase ahora. Que sea la última*

vez que te oigo tan derrotada, ¡eh!

— *Sí, no te preocupes.*

— *Si necesitas algo me avisas, ¿ok?*

— *Vale, peque. Te quiero.*

— *Te quiero.*

Fin de la conversación telefónica.

Recojo lo que queda de la comida y friego los cacharros. Luego me pongo a estudiar hasta que llega la hora de ir a buscar a Aroa.

Voy a recogerla mientras pienso en cómo decirle que mañana tengo que ir al juzgado.

—Mamá, ¿qué te pasa? —me pregunta.

—Cariño, no quiero que te preocupes, ¿vale? —intento prepararla.

—Vale, mamá. Pero ¿qué pasa?

—Mañana tengo que ir al juzgado. Me ha llegado una citación—le informo.

—¿Tengo que ir yo?

—No ponía nada, así que no, princesa, solo iré yo.

—¿Me dirás lo que pase?

—Claro que sí, princesa.

Llegamos a casa, vemos una película, cenamos y nos acostamos.

CAPÍTULO SEIS

Katia

Al día siguiente me encamino hacia los juzgados después de dejar a Aroa en el colegio. Entro y me dirijo a la sala número dos, que era donde tenía que presentarme. Aún quedan más de veinte minutos para la hora prevista.

Entonces recibo un WhatsApp de Luke.

Conversación WhatsApp:

Luke : *¿Estás bien? ¿Por qué no has venido a clase?*

Yo : *Sí, estoy bien. Problemas personales. No te preocupes cuando acabe iré a clase.*

Luke : *¿Seguro que todo bien? Si necesitas algo me avisas, ¿ok?*

Yo : *Ok, gracias.*

Luke : *Nada. Para lo que necesites, enana.*

La conversación me distrae un poco. Estoy guardando el móvil en el bolso cuando sale una mujer de la sala.

—¿La señorita Álvarez? —me pregunta.

—Sí, soy yo, ¿y usted es?

—Soy la fiscal del caso. Me llamo Rebeca, encantada de conocerla.

—Le diría lo mismo, pero, no quiero ser hipócrita —le contesto.

—Al menos es sincera. Supongo que querrá saber para qué la hemos

hecho venir, ¿no? —me pregunta.

—Lo agradecería, la verdad —replico.

—Pues verás el padre de tu hija presentó una denuncia, que no entiendo por qué no se te notificó. Hubo un juicio del que por lo visto tú no sabes nada y una sentencia firme según la cual tu hija se tiene que ir con su padre durante dos años. Tú tendrás derecho a visitas cuando quieras no puede prohibirte que la veas. Pero, claro, él vive en Galicia y tú aquí.

—Todo eso ya lo sabía —le digo—. Sus abogados tuvieron la delicadeza de mandarme una copia de la sentencia.

—¡Vaya!, eso no lo han notificado —dice Rebeca.

—No te preocupes. Bueno, ¿qué día tengo que entregársela?

—Pasa, eso te lo dirá el juez ahora.

Las dos pasamos a la sala. A la media hora salimos y yo no puedo reprimir más mis lágrimas.

—¿Necesitas algo? —me pregunta Rebeca.

—Una solución a todo esto —respondo.

—Eso no puedo hacerlo, la sentencia es firme. Aunque hayas presentado la apelación, de momento tiene que irse con él. Lo siento —me explica ella.

—Más lo va a sentir él, eso te lo aseguro —contesto enrabiada.

Después de ese amargo inicio de día, me voy a clase, aunque apenas consigo concentrarme. Cuando acaban me voy a casa y empiezo a preparar las cosas de Aroa. Luego la busco en el colegio. Mientras hago la cena, mi pequeña no aguanta más y empieza su interrogatorio.

—Mamá, ¿qué pasó? ¿Qué te dijeron en el juzgado?

—Hija, luego hablamos.

—Lo que significa que no son buenas noticias —concluye Aroa—. Voy poniendo la mesa.

Nos sentamos y sirvo la cena. Comemos en silencio.

—Mamá, dime.

—Pues tienes que irte este viernes. Tu padre vendrá a buscarte por la mañana —le informo intentando no llorar.

—¿Qué? —pregunta.

—Lo siento, no puedo hacer nada —le digo poniéndome a llorar de nuevo.

—Mamá no llores —me dice abrazándome.

—No quiero que te vayas. Pero no puedo hacer nada para evitarlo—le digo abrazándola más fuerte.

—Se que no quieres que me vaya. Yo tampoco quiero irme, pero no podemos hacer nada, mamá. Te quiero mucho y te voy a extrañar un montón

—me dice mi pequeña guerrera.

—Yo también te quiero, cariño. Siempre te quise y te querré.

—Lo sé, mamá. Si te hubieras animado a darme un hermanito, no estarías sola —me dice recordándome las ocasiones en las que me pidió un hermanito para jugar.

—Sí, cariño, pero la vida es así. Venga, vamos a fregar y a la cama que mañana hay colegio.

Recogemos la mesa, fregamos los cacharros y nos vamos cada una a nuestra habitación.

—Mamá, ¿puedo dormir contigo? —me pregunta, unos minutos más tarde, entrando en mi habitación.

—Claro que sí, cariño. Ven, anda.

Nos acostamos y nos abrazamos.

—¿Sabes esto me recuerda cuando eras pequeña y tenías miedo del hombre del saco? —le pregunto a mi pequeña.

—Sí, la verdad es que sí. Venía corriendo y me metía en tu cama — contesta riéndose.

—Hasta mañana, cielo. ¡Dulces sueños!

—¡Hasta mañana, mami! Te quiero.

Nos dormimos abrazadas y así despertamos.

—¡Buenos días, cariño! Hora de ir al cole —le digo dándole un beso.

—¡Buenos días, mami! Voy a vestirme.

Me ducho, luego desayunamos y seguimos la misma rutina de siempre: Aroa al colegio y yo a la universidad. Cuando regreso de la universidad, recojo las cosas de Aroa. Esa noche vemos una peli y dormimos juntas. Así pasaron los días, y el jueves finalmente dio paso al viernes.

Había avisado a Laura, a Marcos y a Dimitri para que pudieran despedirse de Aroa. A Laura se le ocurrió ir a cenar a un McDonald's, pero querían darle una sorpresa así que fui con Aroa como si fuera su despedida y nos encontramos con ellos allá. Cenamos todos. Aroa estaba muy feliz y yo sentí como un peso se apoderaba de mi corazón.

Esa noche dormimos todos en mi apartamento, estuvimos viendo películas hasta la madrugada.

Por la mañana el timbre suena insistentemente, me levanto y voy a abrir. Me encuentro cara a cara con Nicolás, un tipo que dice ser su abogado y Rebeca, la fiscal.

—¡Buenos días! —dice Nicolás—. Vengo a por mi hija.

—¡Buenos días! Como no se me notificó a qué hora tenía que entregarla, está durmiendo —replico.

—Mamá, ¿ya vino el pesado de mi padre? —se oye la voz de mi

princesa.

—Sí, viene a buscarte, así que vístete y baja a desayunar mientras les sirvo un café.

—Está bien, voy —contesta.

Los llevo al comedor y les sirvo un café.

—Aquí tienes una lista de sus alergias. —Le doy una hoja a Nicolás.

—Gracias —dice al cogerla—. Supongo que será un gran cambio para ella.

—Te aseguro que sí. Voy a ver cómo va —contesto agria.

Subo a su habitación.

—Cariño, venga, tu padre te está esperando.

—Ya lo sé, ya voy —contesta pesarosa.

—Espera. Toma —le digo tendiéndole una bolsa con un regalo—. ¿Por qué no lo abres? —pregunto y eso hace ella.

—¿Un móvil? —pregunta Aroa.

—Bueno, no siempre estaré cerca, pero prometo contestarte y llamarte.

—Gracias, mamá, te quiero.

—Y yo a ti, cariño. Bueno, vamos que tu padre nos espera.

Bajamos y luego de otra despedida, en la que ambas acabamos llorando, se van.

Me cambio de ropa y me dirijo a la universidad. Necesito hablar con Luke así que me voy a su despacho.

—¡Vaya, que sorpresa Katia! —exclama al verme.

—¡Hola! Necesitamos hablar.

—Dime, te escucho —repone atento.

— No quiero que lo que pasó entre nosotros afecte nuestra relación alumna-profesor.

—¿Sabes? Deberías felicitarme.

—¿Y eso por qué?

—Porque me voy a casar —contesta él.

—Me alegro mucho por ti, de verdad, ojalá seáis muy felices.

—Me costó lo mío convencerla, pero lo logré. ¿Y cambiando de tema que vas a hacer con la beca?

—Siempre insistente. Pues ya he tomado una decisión —contesto.

—Entonces, ¿la aceptas o no? —pregunta.

—Sí, acepto la beca —contesto con rapidez.

—Me alegro. Aunque pensé que la rechazarías, la verdad —me asegura.

—Pues ya ves, soy una caja de sorpresas —le digo sonriendo.

—Eso no lo jures —contestó él.

—Bueno, ¿y cuándo tengo que irme?

—Pues espera, que lo reviso —me dice mirando su correo—. Aquí pone que a partir de la semana que viene. Cuando quieras, solo hay que avisarles.

—Diles que estaré allí la semana que viene. Mándame todos los datos necesarios al correo.

—Está bien. Tranquila, si hay novedades en el caso de Aroa, te llamaré aunque tenga que sacarte de la cama a las dos de la madrugada.

—Te lo agradezco, en serio. ¿Puedo pedirte un favor?

—Claro, lo que quieras —se ofrece.

—No le digas a nadie que me voy. Odio las despedidas y no quiero que me hagan una fiesta ni nada.

—Tranquila tu secreto está a salvo conmigo. Pero al menos a tu mejor amiga y a tu familia se lo dirás, ¿no?

—Debería, pero no sé cómo hacerlo. Voy a empezar a recoger, que tengo que comprar el billete y coger un avión —le digo—. Gracias por todo. Anda, dame un abrazo, ¿no?

—Tú siempre igual. —Él se levanta y me da un abrazo. En ese momento entra la morena del otro día.

—¿Qué significa esto? ¿Acepto tu propuesta de matrimonio y ya me estás poniendo los cuernos? —se pone a reclamarle a Luke.

—Ana, tranquila no es lo que parece —le dice él.

—Ya claro, por eso la tenías abrazada, ¿no? —le replica ella.

—Ana, soy Katia. Simplemente estaba felicitándole por vuestro compromiso y despidiéndome —respondo yo—y si hubo algo entre nosotros en el pasado, ahora solo somos grandes amigos. Espero que seáis felices. Felicidades a ti también, te llevas un buen hombre, aunque a veces es desquiciante.

—¡Vaya gracias! —me contesta asombrada—. ¿Y dónde te vas?

—A Múnich, acabo de aceptar una beca. Tengo que estar allí el lunes así que me voy que tengo mucho que hacer —digo girándome hacia Luke—.

Gracias, si hay noticias me avisas a la hora que sea.

—Te lo prometo. Buen viaje —me contesta.

—Buen viaje —me desea Ana.

—Gracias a los dos, espero la invitación a la boda —contesto ya de salida.

Me dirijo a casa y me pongo a empaquetar lo que me hará falta.

Después de un rato decido llamar a mis padres.

Conversación telefónica:

— ¡Mamá!

— *Hola, hija, ¿qué tal estás?*

— *Bien mamá. Llamaba para deciros que he aceptado la beca.*

— *Me alegro, hija, es una gran oportunidad.*

— *Lo sé, mamá.*

— *¿Y cuándo te vas?*

— *Este fin de semana por eso llamo no voy a poder ir, lo siento.*

— *No te preocupes, ven cuando puedas y si necesitas algo nos llamas, ¿vale, cariño? Avisanos cuando llegues.*

— *Lo haré. Da saludos por casa. Os quiero.*

— *Y nosotros cariño.*

Fin de la conversación telefónica.

Seguí recogiendo hasta la hora de la cena. Cené algo rápido mientras me compraba el billete de avión por Internet y me fui a la cama. Al día siguiente sigo recogiendo mis cosas, le escribo una carta a Laura y luego voy a ver a Marcos.

— ¡Hola, vecina! —me saluda cuando me abre la puerta.

—Hola, Marcos, necesito pedirte un favor.

—Lo que quieras, preciosa —dice sonriendo.

—¿Mañana puedes darle esto a Laura? —pregunto dándole el sobre.

—Claro, pero ¿por qué no se lo das tú? —contesta cogiéndolo.

—Porque no creo que pueda dárselo estando en otro país —trato de

bromear.

—¿Te vas? —pregunta sorprendido.

—Sí, pero no se lo digas a nadie, por favor. No soporto las despedidas.

Además, es solo una beca, volveré.

—Está bien, tranquila, no se lo diré a nadie y mañana le daré el sobre.

¿Vas a alquilar tu apartamento?

—No, simplemente lo cerraré. Te daré las llaves para que se las des a

Laura y echéis un vistazo de vez en cuando. Si podéis, claro.

—Sabes que sí —afirma.

—Gracias —contesto.

Me voy a mi apartamento por la otra copia de mis llaves y se la doy.

—¡Buen viaje! Llámame si necesitas algo.

A la mañana del día siguiente, me levanto, cojo mis maletas y me dirijo

al aeropuerto. Cuando estoy a punto de embarcar decido enviarle un

WhatsApp a Dimitri.

Conversación de WhatsApp:

Yo : *¡Espero que seas muy feliz en tu matrimonio!*

Enseguida me llega su contestación.

Dimitri : *¿Por qué me dices eso ahora? Katia sé que las cosas entre nosotros no están bien, pero necesito hablar contigo.*

Yo : *Te lo digo porque me voy, ya no estarás confundido. Nosotros no tenemos más que decirnos solo nos hacemos daño. ¡Hazla feliz!*

CAPÍTULO SIETE

Dimitri

Cuando vi que Katia me había escrito, algo dentro de mí saltó. Pero después de leer su WhatsApp me quedé hecho una mierda. Ella se volvía a ir y otra vez era por mi culpa. Estoy hecho un lío, no sé qué hacer. Lo que tengo claro es que estoy harto de rendirme e irme por la salida fácil.

Katia

Me parece que han pasado años desde que me fui de España. Sin embargo, solo han pasado dos meses. Las navidades están ahí al lado, mis padres insisten en que regrese para pasar estas fechas con ellos, pero no quiero volver. Los he visitado en estos dos meses, cuando he ido a ver a Aroa, pero me duele demasiado marcharme. Así que he decidido pasar las Navidades sola. Laura y Marcos han venido a visitarme hace unos días y hay algo que no logro sacarme de la cabeza. Marcos me dijo: «la felicidad llegará, ya está en camino». Me dejó bastante confundida, pero lo dejé pasar. Preferí no indagar en sus palabras. No quería pensar porque mis pensamientos me llevarían a Dimitri del que hace dos meses que no sé nada. Yo misma les prohibí a Marcos y a Laura que me contaran nada sobre él, pero ahora muero por saber si se casó o qué ha hecho en estos dos meses.

Ese día en el aeropuerto tiré mi móvil a la basura. Cuando llegué a Múnich me compré uno nuevo, no quería saber de él, pero aun así tenía su número guardado en mi lista. De vez en cuando miraba su WhatsApp, pero finalmente siempre lo cerraba sin enviarle nada.

Pero ahora tengo una nueva rutina. Al poco de llegar, un día que estaba en la biblioteca estudiando, a eso se reducía mi vida: estudiar e ir a clase,

encontré entre mis libros una carta que decía:

«Te he estado observando Katia Álvarez, ¿lo sabías? Cada día te contemplo en la biblioteca y siento la necesidad de tocarte; podría hacerlo con solo estirar un brazo. En todo momento lucho contra mis instintos...

Pasas a mi lado y ansío cogerte del brazo, arrastrarte detrás de una estantería y hacerte lo indecible. Deseo deslizar mis manos bajo tu falda y acariciarte hasta que jadees de placer. Quiero descubrir los tesoros exquisitos que esconde tu suave piel aquí mismo, en la sección de préstamo de la biblioteca, a centímetros de los palurdos inconscientes que merodean por tu reino. Ansío explorar tus suntuosas curvas, besarte y acariciarte con la lengua hasta que no puedas ni mantenerte en pie.

Quiero lamer tu sabroso clítoris y no parar hasta que gimas, te retuerzas y te corras. Córrete para mí. No temas, querida Katia. No quiero hacerte daño... Tan solo quiero probarte. O acariciarte. Ojalá me bastara con venerarte desde la distancia, cual caballero casto y puro que suspira por su dama. Juro por Dios que sería capaz de escribir poemas románticos para alabar tu dulzura y describir cada milímetro de tu sonrisa, cada uno de tus elegantes gestos.

Detallaría cómo ansío arrodillarme a tus pies y cómo besaría el suelo que pisas al abandonarme. Pero no es suficiente, cariño mío. Eso no me basta.

Soy incapaz de confinar mi ser en actos puros y morales. Tengo un instinto animal muy acentuado, querida. Soy una bestia incontrolable y excitada. Me empalmo con solo ver tus curvas. Soy preso del deseo de follarte hasta perder el sentido. Cuando pasas a mi lado se me pone la polla dura como una roca. Me duele el cuerpo entero cuando oigo cómo la falda te roza los muslos, casi desearía convertirme en ese simple trozo de tela para poder estar cerca de tu apetitoso coño y ahogarme en su fragancia y su sabor. Me obsesiona lo que guardas entre las piernas. La maraña salvaje que cubre la geografía rosa de tu sexo. Cuánto disfrutaría abriéndote de piernas y contemplándote durante horas.

Te acariciaría con la mirada y disfrutaría viendo cómo reaccionas a la vulnerabilidad de tu desnudez. Fantaseo contigo cada minuto que paso despierto. Esas fantasías me impiden trabajar, pero no me importa. Lo único que me consuela es imaginar que a ti te obsesionan fantasías similares.

Fantaseo con que sueñas con mi verga. Que te la imaginas, que la dibujas en tu mente y que piensas qué sentirías si la tuvieras entre las manos o te la metieras en el coño. Y en cuanto a vergas se refiere, la mía no está nada mal, queridísima Katia. De hecho, cuando pienso en ti, se pone enorme. Se levanta para rendir homenaje a tu cautivadora belleza con la promesa de que explorará cada milímetro de ella y que penetrará en lo más profundo de tu

cuerpo mientras nos revolcamos por el suelo de la zona de consulta de la biblioteca, follando como forajidos a medio desvestir. Y estoy seguro, mi erótica reina de los juzgados, de que no te pillaré por sorpresa saber que últimamente me masturbo como un poseso pensando en ti.

He estado tocándome sin cesar pensando en lo que me gustaría hacerte con mi polla... Te imagino en ropa interior. Llevas ínfimas prendas de lencería que dejan ver más de lo que ocultan. ¿Te gustan la seda y el encaje, queridísima Katia, o prefieres el práctico y sencillo algodón blanco? Llevaras lo que llevaras, te devoraría sin miramientos. Y si no usaras nada, también. Bueno, ya sabes cómo nos ponemos los pervertidos cuando la excitación nos hace desvariar. Derrochamos horas de nuestras vidas imaginando el tipo de sujetador y de braguitas que llevan las mujeres que deseamos. Hoy te imagino en lencería. Delicados y diminutos trozos de tela se abrazan a tu pecho y a tu trasero como una segunda piel. Bagatelas insignificantes que disfrutan de una intimidad que a mí solo me está permitido soñar. Te veo en escarlata. No en cualquier rojo básico y anticuado, sino en un rojo vivo, intenso, vibrante; el color de un exquisito vino de cosecha o el de un rubí precioso y exclusivo. Y con encajes blancos. Una excitante brizna de inocencia que hace que la seda roja resulte aún más pecaminosa. Más decadente. Más parecida a la lencería que llevaría una prostituta de lujo.

Ayer, en la biblioteca, llevabas una blusa azul marino y unos elegantes vaqueros que marcaba a la perfección tu soberbio culo. Imaginé que debajo de todo aquello ibas vestida como una chica que cobra mil euros la noche. Me encanta cómo te marca las tetas esa blusa. De hecho, me encantan tus senos, punto. Redondos, voluminosos, magníficos. Dignos de la mismísima diosa del amor. Para mí eres Afrodita. Lo sabes, ¿verdad, Katia? Tus espléndidas tetas me ordenan que los venere con la vista y el tacto. En el santuario de mi imaginación, son el banquete de mis famélicos sentidos. Son firmes y puntiagudos, un placer para la vista y el tacto. La piel sedosa de las curvas que asoman por encima de la burlona puntilla es tan dulce y suave como la sensación que produce en la lengua la leche con miel. ¿Te tocas las tetas, Katia? Me muero por saberlo... ¿Por qué no te los acaricias mientras lees? Furtivamente, con delicadeza... No tiene por qué verte nadie, pero yo lo sabría. ¡Oh, yo sí que lo sabría! Apreciaría el rubor delicado y embarazoso en tus preciosas mejillas y entonces sabría que te ruborizas por mí, solo por mí. Que te tocas porque yo quiero que lo hagas... para complacerme.

Eso es. Desabróchate la blusa, desliza la mano por dentro, traspasa la seductora curva del sujetador y roza con las yemas de los dedos la parte que se endurece bajo la tela, sí, tu pezón. ¡Hazlo! ¡Ahora! Si finges que buscas algo en el cajón de tu escritorio y te agachas, nadie se dará cuenta. Será un

íntimo acto sexual que quedará entre nosotros; la primera ronda de este juego. Después, en la intimidad de la noche, volverás a hacerlo pensando en mí. Las yemas de tus dedos harán círculos en el extremo de tu pezón. Girarán sin cesar, ligeros como plumas. Y cuando estés demasiado excitada, quizá te atrevas a pellizcarlo con cuidado. Castígate por burlarte de mí cogiendo ese pezón de mora y pellizcándolo; te retorcerás de placer, te excitaras y te humedecerás.

¿Te gusta sazonar el placer con una pizca de dolor, Katia? Creo que todo el mundo debería probarlo, aunque sea una vez en la vida. No demasiado... No soy un bruto ni un sádico. Pero añade un toque picante y sofisticado al menú sexual, y me pega a mí que tú tienes un apetito voraz, sobre todo cuando recibes la estimulación adecuada. Creo que tienes la imaginación necesaria para probarlo prácticamente todo, ¿no es así, querida diosa? No es más que una conjetura, pero no me suelo equivocar. Y tú... Tú eres una mujer valiente y atrevida con ganas de aventuras. Una mujer preparada para el placer y el juego. ¿Estoy en lo cierto? Creo que sí.

Bueno, volviendo a tus tetas, tus preciosas tetas... Ahora te imagino tumbada sobre sábanas de satén. Tu espléndido cuerpo en el lujoso marco que merece. Supongo que lo de las sábanas de satén está ya muy visto, pero ¿a quién le importa? Aparecen en millones de fantasías sexuales, no solo en las

mías. Aunque quizá tus sábanas sean blancas, no negras...

Mmm... Sí, ese color también me pone. «Noches de blanco satén», ¿eh, querida? Qué no daría yo por pasar una noche así. Largas noches de oscuridad y fragancias, en las que me atiborraría una y otra vez de los abundantes placeres que ofrece tu cuerpo. Para mí sería el paraíso. Mi deseo más anhelado... ¿Se hará realidad algún día? Estás tumbada. Eres una obra de arte en rojo escarlata y blanco, tu piel es cremosa como la miel y tu pelo leonado está alborotado. Esta noche no llevarás trenzas, mi sublime Katia. Tu cabello es otro de tus atributos que prácticamente se ha convertido en un fetiche para mí. ¿Te indignaría o te repugnaría que te dijera que me gustaría correrme en tu pelo? Me imagino inclinándome sobre ti, estás desnuda y me suplicas con desenfreno, envuelvo mi pene en tu sedoso pelo enmarañado y me acaricio con él hasta alcanzar el clímax.

¡Oh, Katia, me pongo duro como una roca solo con pensarlo! Y voy a tener que hacer algo al respecto. Ahora mismo. Adiós, mi soberbia reina de los juzgados, *adieu*... Quizá podrías escribirme un email y perdonarme por ser un perverso asqueroso. O contarme alguna de tus fantasías. Así sabré que eres igual de perversa que yo.

Tuyo, en cuerpo y alma; sobre todo en cuerpo, un cuerpo que sufre y se endurece por ti.

Thor».

Le di la vuelta a la carta y me quedé mirando la dirección de Hotmail escrita al final de la página: ThOr@hotmail.co.uk.

Entonces comenzaron las dudas. ¿Le envió un mensaje? ¿Le digo que me deje en paz? ¿O le sorprende con una respuesta amable?

¿Le escribo la fantasía más guarra que se me ocurra sobre la lencería que llevo o sobre ropa interior de encaje y satén que no tengo y que seguramente ni siquiera podría permitirme? ¿O me invento una elaborada historia sobre él y su forma de masturbarse? En el colegio siempre se me dieron bien las redacciones. ¿O quizá debería decirle lo que quiero que haga? Antes de que fuera consciente de lo que hacía, había abierto la cuenta de correo en mi ordenador.

«Ay, no, no, no... Es una estupidez como una casa y es peligroso. Solo Dios sabe las ganas que tengo de hacerlo. Debo de ser tan depravada y rara como él y no me había dado cuenta hasta ahora». Rocé el teclado con los dedos, pero me detuve porque recordé que se hacen controles aleatorios en el sistema informático de la biblioteca.

Aun así, el corazón me palpó con fuerza y sentí algo pegajoso en las braguitas. Mis funciones cerebrales superiores no estaban funcionando como deberían y mi cuerpo se había convertido en una masa de hormonas

descontroladas. Al leer la carta no pude dejar de imaginarme a Dimitri.

«¿Quién eres, Thor? ¡Maldito tarado! ¿Estás aquí? ¿Ahora? ¿A una distancia que te permite verme o incluso tocarme? Es imposible saberlo.

Como no siempre estoy en la misma zona de préstamo, pudo acercarse a mis cosas sin que yo lo viera. Además, esta es la sede principal de la biblioteca municipal y consta de una zona científica también».

Así empezó mi gran odisea.

Me incitaron la copa de vino y el extraño y leve escalofrío mitad temor, mitad excitación que recorre mi cuerpo. Estaba comprobando mi correo: tengo un poco de spam, un mensaje de Amazon, y entonces...

«Tiene un mensaje de Thor».

Está plantado en mitad de la pantalla y parece como si parpadeara. Por un momento me pregunto cómo habrá dado conmigo y el pánico me provoca sudores fríos; entonces caigo en que debe haberlo visto en una red social en la que me registré hace un mes o dos y que nunca he vuelto a utilizar.

Si Thor está tan obsesionado conmigo como para dejarme notas eróticas entre mis cosas en la biblioteca, está claro que me va a buscar en Instagram, Facebook y demás historias, ¿no?

Quizá deba borrarlo.

Abro el mensaje y hago clic en el vínculo porque estoy trastornada y

porque me pica demasiado la curiosidad como para resistir la tentación. Llego a la bandeja de entrada de la red social y me encuentro un vínculo que pone «Hola, Katia» flanqueado por un icono que no es ni más ni menos que una pluma. ¿Un histórico artículo de escritorio para un hombre que escribe notas en secreto?

El estado «en línea» está activado. Todavía puedo echarme para atrás. Tampoco tengo por qué hacer clic en ese vínculo. Puedo marcar la casilla lateral y después darle a «borrar» ... ¿no?

Gritando «¡No! ¡No! ¡No!» para mis adentros, abro el mensaje. Miro a la pared para prepararme para otra dosis de esa prosa bastante empalagosa, pero que me encanta, y cuando vuelvo la mirada, en la pantalla solo aparece una opción que permite abrir un chat y la dirección de email de «ThOr» que ya conozco bien.

Siento como si un torbellino se agitara con fuerza en mi pecho. No puedo hacerlo. Soy incapaz de «hablar» con él en directo. Eso sí que es meterse hasta el fondo y demasiado pronto. Bueno, al menos para mí... ¡Él seguro que está más que preparado!

Hago clic en el vínculo del email y Thunderbird vuelve a cobrar vida.

Se abre un nuevo mensaje con él en la línea de destinatario.

«¿Hola?», escribo. Cojo la copa de vino mientras observo atenta el

enorme espacio en blanco de la ventana de nuevo mensaje. Pego unos cuantos sorbos y alejo deliberadamente las manos del teclado. Todavía estoy a tiempo de remediarlo, pero mi copa está vacía, así que respiro hondo y le doy a «enviar». Me doy cuenta demasiado tarde de que lo he enviado desde mi correo personal y que por tanto sabrá que lo he escrito yo. Si tuviera media neurona, hubiera pensado en usar otra identidad más anónima de Hotmail o Google. ¡Qué tonta! ¡Qué tonta! ¡Qué tonta! Me entran ganas de cerrar el ordenador de un manotazo y no volver a abrirlo nunca jamás. Ahora sí que la he liado.

Con el corazón a cien por hora, tiro el portátil a un lado, salgo de un salto de la cama y me voy corriendo al baño. Soy una auténtica gallina. Me siento en la taza, hago pis, me seco... de inmediato siento una sacudida de placer increíble. ¡Estoy empapada de lo cachonda que me he puesto! ¿Qué coño ha pasado? Ni siquiera me había dado cuenta. Me planteo hacer algo al respecto, pero tengo la sensación de que el ordenador está esperándome. Como si el propio Thor estuviera en mi habitación tamborileando los dedos con impaciencia a causa de mi cobardía.

Al volver, veo que Thunderbird ha comprobado de forma automática si había mensajes nuevos y hay una respuesta. Apenas me atrevo a abrirla, pero, cuando lo hago, encuentro otro vínculo al chat y las palabras:

«¿Te da miedo “hablar”?».

Contesto de inmediato que no para no tener tiempo de dudar, abro el programa de mensajería instantánea IM y maximizo la ventana.

Vuelve a aparecer el icono de la pluma. El mío es una imagen muy poco original de un libro, que aparece junto a mi apodo: «abogada».

El cursor parpadea sin ofrecer nada nuevo. ¿Se ha echado para atrás?

Empiezo a escribir.

Conversación:

ABOGADA : *¿Estás ahí?*

Como sigo sin obtener respuesta, me sirvo otro poco de vino. Está claro que perro ladrador, poco mordedor.

El icono de la conexión empieza a parpadear... ahí está.

THOR : *Hola, Katia. Qué placer poder hablar contigo por fin. Llevo mucho tiempo esperando este momento.*

¿Es una pista? ¿Un usuario habitual de la biblioteca que lleva meses fantaseando conmigo y no se ha atrevido hasta ahora o a pasar a la acción con papel y teclado? La idea me acojona bastante.

ABOGADA : *¿Desde cuándo?*

THOR : *Desde que te vi por primera vez, sabrosa mía. Tu precioso cuerpo llamó la atención de mi polla, que se erigió para contemplarlo.*

ABOGADA : *¿En serio? ¿Y eso cuándo fue?*

CAPÍTULO OCHO

Hay otra pausa insoportable y me doy cuenta de que he dejado de respirar.

Inhalo una bocanada de aire sintiéndome desorientada, exaltada, desconcertada.

THOR : *Si te lo dijera, me estaría delatando. Digamos que desde hace lo bastante como para estar completamente loco por ti.*

Otra pausa.

THOR : *Tanto tiempo como para no ser capaz de contar las noches que me he masturbado hasta caer rendido y soñar que estás a mi lado... desnuda.*

Ay, ay, la que se va a liar.

THOR : *¿O debería decir debajo de mí y desnuda?*

En cuanto aparece en pantalla, lo deseo. Hace demasiado tiempo que no me acuesto con nadie, solo juego conmigo misma o con mi vibrador. Mis últimas relaciones de cama fueron líos de una noche, pero tampoco estaban tan mal, y una chica sabe compensar la realidad con fantasías. Pero ahora siento como si me hubiera alcanzado un relámpago.

Me doy cuenta de que Thor es el hombre con el que fantaseaba mientras me acostaba con el chico de turno: un amante oscuro, misterioso y sin rostro que puede ser, o no, real. De repente ya no me importa tanto quién es. He

entrado en contacto con la fantasía, no con la realidad.

Sonríó dispuesta a pasar un buen rato. Todos mis miedos, o al menos la mayoría de ellos, se han desvanecido ante la cada vez mayor excitación mental y física.

ABOGADA : *¿Quién eres, Thor? ¿Te da miedo decírmelo?*

Hay otra larga pausa, pero, de algún modo, sé que él también está sonriendo. Estoy segura de que, además de la excitación, tiene la misma sensación que yo de enfrentarse a un reto.

THOR : *No es miedo... Soy reacio a acabar tan pronto con el juego.*

Ahora me toca a mí hacerle esperar. ¿Le meto caña o me reprimo? ¿Lo arriesgo todo o apuesto sobre seguro? Siento un dolor en el pecho como si me estuviera dando una leve apoplejía o algo así. Me presiono el esternón con la mano como si eso pudiera calmar mi corazón.

ABOGADA : *Lo entiendo, pero ¿te he visto hoy en la biblioteca? ¿Me has visto tú?*

Son unas preguntas bastante ambiguas que reflejan una increíble muestra de autocontrol, ya que me ronda la cabeza preguntarle a bocajarro: «¿Eres Dimitri?».

THOR : *Tú me has visto a mí. Yo te he visto a ti. Estabas radiante. Con mucha clase. La personificación del atractivo sexual más profesional y*

elegante. Me entraron ganas de tirarme al suelo, arrodillarme delante de tus pies, subirte la falda y frotar mi cara con tus ligeros para oler tu perfume y el aroma de tu coño.

Si sigue así, la que va a ser capaz de olerlo voy a ser yo. De hecho, ya lo huelo. Me he vuelto a mojar, a inundar. Estoy empapada y resbaladiza. Ojalá estuviera aquí, sea quien sea. Vuelvo a ver la imagen de un hombre enmascarado. Tiene un aspecto misterioso y amenazador. Engañoso. Le veo arrodillándose ante mí, pero esa escena no es más que un producto de mi imaginación: este hombre sería cualquier cosa antes que sumiso.

ABOGADA : *¿Quieres adorarme?*

Mientras el cursor parpadea, me imagino una sombra que se pone de pie y me acecha. Va vestido de negro y lleva una máscara de cuero que oculta gran parte de su rostro; me recuerda a la capucha de un verdugo y me resulta igual de amenazador.

THOR : *A veces...*

Oh, qué futuro tan prometedor encierran esas dos palabras. Mi mente está plagada de imágenes de los libros «prohibidos» de fotografía y de las escenas que he imaginado leyendo novelas eróticas.

Estoy segura de que Thor es fiel a su imponente nombre, aunque en

realidad en la mitología designa al dios del trueno y de la fuerza.

Parece un hombre combativo y dominante, que busca algún tipo de recompensa, aunque no tengo ni idea de cuál. Quizá lo único que busque es fantasía. Supongo que no pensar en el chico con el que pueda estar en la cama me convierte en infiel.

ABOGADA : *Y las otras veces, ¿qué quieres hacer conmigo?*

THOR : *Quiero que me obedezcas... Que me permitas que te eduque y que te amplíe los horizontes de tu experiencia y de tu sexualidad.*

¡Bingo!

ABOGADA : *¿Por qué me iba a interesar a mí algo así? Igual me gustan mis horizontes tal y como están. ¿Y si sé más de lo que tú crees que sé?*

THOR : *Creo que los dos descubriremos muchas cosas nuevas en cuanto nos pongamos a ello. Te estás divirtiendo, ¿no?*

Pausa.

THOR : *Y esta noche he logrado que me obedecieras y entraras en el chat. Apuesto a que una chica sensata como tú, acostumbrada a una vida tranquila, se opone en principio a semejantes ideas.*

ABOGADA : *¿Quién te dice a ti que tengo una vida tranquila? Podría ser una juerguista, tener un montón de novios y follar sin parar.*

¿Cuánto sabe exactamente de mí? ¿Me ha estado espiando fuera de la biblioteca? ¿Es un acosador?

THOR : *En tal caso espero que todos esos hombres se den cuenta de la suerte que tienen. ¿Obedecerás mis órdenes?*

Me echo a temblar. Me duele todo. En la vida he estado tan excitada. Tengo los pezones tan duros y erectos que prácticamente me duelen, y los pantalones del pijama están tan empapados en la zona de la entrepierna que parece que me he hecho pis encima.

THOR : *¿Obedecerás mis órdenes?*

Su insistencia me recuerda que estoy vacilando a la hora de contestar a la pregunta. Los resquicios de lo que yo llamo mi sensatez son como brasas cada vez más apagadas que se extinguirían fácilmente con un simple «¡Venga, adelante!». Pero no cedo con tanta facilidad. El dilema de toda una vida no se resuelve escribiendo una mera línea de chat.

ABOGADA : *Sí... pero ¿cómo sabrás que te obedezco? Si me ordenas que haga algo ahora, ¿cómo sabrás que lo he hecho? No tengo cámara web.*

Y eso, afortunadamente, es cierto. Si yo lo viera a él y él a mí, esto se desintegraría. Lo que resulta tan emocionante es el anonimato, o el supuesto anonimato en caso de que sea Dimitri.

THOR : *Confianza, querida. Me baso en la confianza. Por tanto, tu*

deber es no mentir.

Cierro los ojos un instante y me parece ver los suyos, detrás de la máscara. Oscuros, brillan con picardía. Ojalá se me diera bien dibujar, así podría retratar para siempre su peligrosa belleza.

ABOGADA : *No soy ninguna mentirosa.*

Ah, pero sí que lo soy; si tengo en cuenta todas las veces que engañé a esos chicos fantaseando con otro hombre, la vez que usé a Luke, soy una mentirosa redomada.

THOR : *Te creo. ¿Qué llevas puesto?*

Frunzo los labios. Es una conversación tan pasada de moda y tan típica del sexo telefónico y del cibersexo, que casi me defrauda. Pero no del todo. ¿Le miento? Me estoy poniendo tan nerviosa y me estoy excitando tanto, que me parece que voy a explotar.

Siento que me derrito como un caramelo de tofe en un horno, y la metáfora entre mis piernas es prácticamente literal. Decido engañarle solo un poco: adornar ligeramente la verdad. A fin de cuentas, él apenas me ha desvelado nada de su parte del rompecabezas.

ABOGADA : *Pijama de seda... rojo. Muy ajustado.*

En realidad, es de franela con un estampado a lunares blancos y azules.

THOR : *Ah, una seductora clandestina... a la que le gusta la seda y el*

satén... Esta mañana en la biblioteca no andaba desencaminado cuando imaginé la lencería que llevarías bajo tu... oh, tu tan apropiado atuendo. Se me está poniendo dura, muy dura... Pero eso ya lo sabes, ¿no?

Ajá, entonces no tengo nada que temer: no puede leer mi mente, ni me está observando desde algún lugar. Tengo algo de ventaja sobre él, una baza con la que jugar. Estamos tonteando los dos. Y me gusta.

ABOGADA : *Bueno, esperaba que se te hubiera puesto dura, de lo contrario todo esto no tendría mucho sentido, ¿no?*

Silencio durante un minuto.

THOR : *Podríamos ser solo amigos...*

Añade un emoticono sonriente.

ABOGADA : *¿Con derecho a roce?*

THOR : *Ja, ja, ja, por supuesto... ¿Estás húmeda?*

Ya estaba a punto de desbordarme antes de comenzar.

ABOGADA : *Sí.*

THOR : *¡Qué delicia! Me imaginé que lo estarías. ¿Cómo de húmeda? ¿Estás calando el pijama? ¿Tu succulenta miel se está deslizando hacia tu raja del culo?*

Emito un gemido. No puedo evitarlo. Es cierto, mis fluidos se están derramando. Han rebasado mi sexo como el néctar de una flor. Está

completamente desbordado. Cambio un poco de postura para colocar mejor el portátil sobre mis muslos y unas gotas resbalan por el pliegue entre la parte trasera de mi muslo y mi trasero. En la vida había estado tan mojada.

ABOGADA : *Estoy muy húmeda. He mojado el pijama y me está empapando. Lo noto en la zona interna de los muslos.*

Vacilo solo durante una fracción de segundo.

ABOGADA : *¿Eso te la pone más dura?*

En mi mente oigo una risa suave muy viril y los labios, tras la imaginaria capucha de cuero, esbozan una sonrisa que me parece en parte irresistible y en parte amenazadora.

THOR : *Claro que sí. Ya lo sabes. No te pases de lista, abogada sexy.*

Debería molestarme, indignarme, pero es todo lo contrario, me excita y me pone más cachonda de lo que he estado jamás. Siento que mi sexo ha aumentado de tamaño; está hinchado, abultado. Necesita atención. Separo los muslos, me gustaría dejar a un lado el portátil y comunicarme con Thor por telepatía, sin tener que recurrir a la tecnología.

Ojalá estuviera aquí y pudiera acariciarme el clítoris.

ABOGADA : *¿Y tú? ¿Cómo tienes la polla? ¿Grande?*

Siento como si pudiera decirle todo lo que se me pasa por la cabeza y al mismo tiempo me gusta esta sensación de estar bajo su control. Es como si

mi personalidad se estuviese dividiendo en dos, tal y como debió de pasarle a él. La idea de ser a la vez realidad y fantasía me hace sentir aturdida y mareada.

THOR : *Sigues pinchándome, Katia. Eres una mujer muy atrevida y estimulante. Si te describo mi polla, tendrás que pagar un precio a cambio... ¿Lo entiendes?*

Los latidos de mi corazón vuelven a acelerarse y presiono mis partes íntimas contra el colchón. Estoy empapando el pijama y las sábanas, pero me da absolutamente igual.

ABOGADA : *Sí, lo entiendo. Me parece justo.*

THOR : *Entonces de acuerdo.*

Se detiene y me lo imagino contemplando su propio cuerpo, buscando las palabras más adecuadas para describirlo. Me pregunto si será como muchos hombres: propenso a distorsionar y exagerar la realidad en lo que a su tanpreciado atributo se refiere.

THOR : *Diría que es «presentable». No es gigantesca, pero estoy más que satisfecho con lo que tengo y con cómo se mueve. Y me encanta lo que siento cuando me toco y pienso en ti. Tal y como estoy haciendo ahora...*

Veo la imagen de Dimitri con tanta claridad que casi me hace daño.

Entonces, no sé cómo, su recuerdo se entremezcla con la imagen del hombre

de la máscara de cuero. Dimitri está tumbado en la cama desnudo, solo lleva la máscara de cuero, y se masturba furiosamente mientras se retuerce de placer en las mismas sábanas de seda con las que Thor se entusiasmaba en su carta. Y Dimitri la tiene más que presentable.

Pero hay un problema. Me cuesta mucho escribir porque para ello he de resistirme al impulso cada vez más irrefrenable de tocarme. ¿Cómo diablos lo hace Thor?

ABOGADA : *¿Cómo consigues escribir y masturbarte a la vez?*

THOR : *Ja, ja, ja.*

ABOGADA : *No, en serio. Me está costando mucho, seguro que tú también tienes dificultades.*

THOR : *Quizá esté usando un programa de reconocimiento de voz. ¿No se te había ocurrido?*

ABOGADA : *¿Te refieres a una especie de Voz IP? ¿Un chat de voz? ¿Es eso lo que quieres?*

El cursor parpadea una y otra vez. De repente me doy cuenta de que no quiero eso. Escuchar su voz acabaría con el suspense. Si es Dimitri o alguien que he conocido en la biblioteca, le reconoceré y este extraño juego se dará por terminado. Y no saber quién es, aunque tenga mis sospechas, resulta en cierto modo liberador. Sé que puedo decirle a Thor lo que me venga en gana

mientras no sepa quién es. Por el contrario, si supiera quién es, no diría ni pío, y es probable que la magia desapareciera y que se me quitasen las ganas de volver a jugar.

THOR : *Quizá algún día... pero todavía no. Me gustan estas pausas tan breves en las que no puedo ni tocarme. Intensifican las expectativas y aumentan el placer de los pocos roces que me permiten.*

Por un instante dejo de pensar casi por completo en el sexo y experimento un sentimiento íntimo más profundo. Otro tipo de comunicación. El pensamiento sincrónico...

ABOGADA : *¡Sí! ¡Siento exactamente lo mismo!*

THOR : *Bien. Sabía que lo entenderías. Pero ahora te toca pagar el precio que te comenté antes. No lo has olvidado, ¿no?*

ABOGADA : *No. Adelante. No te cortes.*

De nuevo, oigo en mi mente esa anónima risa extraña y suave. Es una voz y no lo es. Me resulta tan real que siento como si una pluma acariciase mi atormentado clítoris. Me palpita el sexo y lo aplasto contra el colchón mientras espero a que Thor fije el precio a pagar.

THOR : *Quítate el pantalón del pijama. Quiero saber que tu coño está al aire, que estaría a mi alcance si estuviera ahí contigo. Eso me gusta. Me gusta pensar que está en todo momento a mi disposición, que siempre que*

quiera lo puedo tocar, que obedece mis órdenes.

No puedo respirar. Tengo la sensación de que mi cabeza pesa menos que el aire. Es como si me estuviera desmayando; no, no exactamente; más bien es como si me hubiera bebido la botella entera de vino y sintiera los liberadores y embriagadores efectos del alcohol, sin intoxicación, solo pura fantasía. Mi sexo palpita con fuerza al reconocer a su amo.

THOR : *¿Katia? ¿Estás preparada para obedecerme?*

ABOGADA : *Sí, ya lo estoy haciendo.*

THOR : *Buena chica. Tu sexo me pertenece. Desnúdalo para mí.*

¡En menudo lío me estoy metiendo! Aparto el portátil y me quito el pijama. Tengo la entrepierna empapada y noto el charco que he creado en la sábana. Mi sexo se desborda ante su amo. Miro el suave vello de color rubio rojizo y cierro los ojos como si ese gesto me permitiera enviarle la imagen a Thor a través del éter.

Sé que está esperando a que le escriba algo, pero la lascivia y la lujuria se apoderan de mí. Tengo ganas de jugar. La zona que esconden mis piernas es tanto su juguete como el mío. Levanto las rodillas y separo bien los muslos para verla mejor. Contemplo cómo mi flujo inunda los brillantes y rojos labios, el clítoris y la grieta interior.

«¡Aquí está! ¡Míralo! Es tuyo», le grito en silencio mientras separo aún

más las piernas. Como me tiene prohibido tocar su propiedad sin su consentimiento, meto la mano en la parte de arriba del pijama y me acaricio los pezones.

Error. Rozar mis pechos provoca sensaciones de lo más diabólico en mi clítoris. Se hincha, se dilata, palpita. Se me saltan las lágrimas y me pellizco los pezones a modo de castigo. Gimo en voz alta y emito sonidos que no recuerdo haber hecho jamás. Entonces, desvío la mirada para ver la pantalla.

THOR : *¿Katia?*

Muy a mi pesar, me tumbo de costado y empiezo a escribir.

ABOGADA : *Perdona. Es que... me he excitado demasiado. Mi sexo está desnudo.*

THOR : *¿Lo has tocado? Sabes que no te he dado permiso. Me defraudarás mucho si te has adelantado a mis instrucciones.*

Jadeo. El deseo me ahoga, me muero por alcanzar el éxtasis, pero la idea de defraudar a Némesis me abruma.

ABOGADA : *¡No! No me he tocado el sexo. Quería hacerlo... Me muero por hacerlo... Creo que no lo resistiré mucho más... pero no lo he hecho.*

Mi cuerpo se arquea instintivamente, atormentado al no poder satisfacer sus deseos. En silencio, pido permiso a gritos; mientras tanto, mis fluidos

continúan deslizándose por la hendidura, cubren la sensible piel de esa zona y se derraman hacia los lados de mis mulos.

THOR : *Pero algo has hecho.*

Juraría que me está observando, pero es imposible, no tengo cámara web. Quizá me conozca mejor de lo que yo misma me lo hago.

ABOGADA : *He jugado con mis pezones. Era la segunda mejor opción.*

Sonríe en mi mente. Veo una robusta, perfilada y atractiva boca y un destello de dientes blancos. Me regocijo. Imagino un hombre desnudo que se reclina sobre mi cuerpo; su bonito y desaliñado pelo negro roza mis muslos y mi vientre. Es Dimitri, porque es el único hombre al que he visto desnudo y quisiera volver a ver. Tiene los labios fruncidos.

THOR : *Quizá en cierto sentido sea lo mismo. Sigue siendo una transgresión. Quizá algún día conseguiré que te corras sin tocarte el clítoris.*

Jugaré con tus pezones hasta que no lo resistas más. Tocaré cada centímetro de tu cuerpo excepto tu coño... y entonces, cuando no soportes más la frustración, te soplaré en el clítoris y te correrás.

¡Basta ya! ¡No puedo más! ¡Es suficiente!

O todo lo contrario. Me pongo la mano en el sexo e introduzco mi dedo

corazón. Dos movimientos bruscos son suficientes para que me corra como un tren expreso. Por unos instantes quedo ciega, sorda y muda, incapaz de pensar en nada que no sea el paraíso que esconden mis piernas. Me retuerzo como una loca y golpeo con la palma de mi mano el borde de la pantalla del ordenador. La punzada de dolor consecuente está a miles de kilómetros de distancia y no puede alcanzarme.

Segundos después, o quizá minutos, sigo jadeando. Mi pecho se hincha como un fuelle y siento como si mi vulva estuviera en otro lugar. Me esfuerzo por reponerme y pestañeo varias veces para intentar ver la pantalla del portátil.

Aunque parezca increíble, no lo he hecho pedazos durante mi delirante éxtasis y en la ventana del chat unas palabras brillan acusadoras.

THOR : *¿Qué estás haciendo, Katia?*

Se repiten sin cesar.

ABOGADA : *Masturbarme.*

THOR : *¿Te has corrido?*

ABOGADA : *Sí.*

THOR : *Bien, descansa. Hasta mañana.*

Esa fue la primera de muchas conversaciones y escarceos nocturnos.

Deseaba que fuera Dimitri, pero a medida que fue pasando el tiempo me di

cuenta de que era inútil soñar con imposibles. Aun así, me lo pasaba bien imaginando que era él.

Decidí pasar las Navidades en Salzburgo. Dicen que donde algo terminó algo bueno empezará. Así que planeé mi viaje y me embarqué en mi aventura personal. El único que sabía adónde me iba era Thor. Llevaba varios días allí cuando decidí salir a divertirme y correr una aventura. Me hospedaba en el Saberle como la última vez que estuve aquí. Solo que esta vez venía sola.

CAPÍTULO NUEVE

Katia

A primera vista parece completamente igual de normal: tranquilo, lujoso y un poco chapado a la antigua, nada que ver con el antro siniestro de libertinaje y depravación que es. En el vestíbulo me recibe una escena que me decepciona: unos cuantos ricachones mediocres y estirados, con toda la pinta de estar hablando precisamente de lo ricachones, mediocres y estirados que son, merodean junto al mostrador de recepción o se sientan en los horteras sofás tapizados que hay junto a los ventanales.

Cuando una o dos personas se giran para mirarme, me siento cohibida.

Me he gastado los ahorros en comprarme un modelito para esta excursión, pero me siento fuera de lugar... aunque este lugar sea el Sodoma y Gomorra de la zona. No obstante, mientras avanzo con paso tranquilo, emperifollada e intentando mostrar seguridad en mí misma, uno o dos hombres me dedican miradas lujuriosas, así que no cabe duda de que he hecho bien en atreverme con un vestido negro de corte recto con detalles plisados, un sujetador de realce a lo Jane Russell, un par de zapatos de tacón, y un moño tirante, un conjunto que quita el sentido. ¡Adiós, señorita Álvarez, sensata estudiante y futura abogada! ¡Hola, Katia, seductora irresistible!

No obstante, sigo estando nerviosa y mis ojos buscan inquietos el

Lawns Bar. Afortunadamente, está justo ahí, al otro lado del vestíbulo. Para llegar a esa atractiva estancia de tenue iluminación basta con cruzar la elegante puerta de doble hoja que permanece abierta. ¿Estará mi futura aventura dentro? ¿Estará esperándome?

No tengo claro en qué consistirá el juego de esta noche. Me encuentro en algún lugar entre la fantasía y la realidad, y la frontera que separa ambos mundos oscila. No creo que importe ya. Tan solo seremos dos personas que hacen realidad sus fantasías. A una de ellas seguramente le gustará bastante la otra, y la otra estará enamorada como una tonta de otro hombre. Pero no pienso aguar la fiesta con mis preocupaciones.

Me encanta el ambiente del Lawns Bar, es cálido y espacioso, y tiene una palpable vibración sexy. La gente susurra en las mesas o en la barra mientras suena de fondo la sensual voz rasgada de la cantante Sarah Vaughan. Al entrar miro alrededor y me resulta fácil creer la reputación del Saberle. El hecho de ser una mujer y estar sola en un local conocido por su mala reputación me pone aún más nerviosa. Me pica la piel como si todas las miradas estuvieran clavadas en mí. Y aunque no todas lo están, algunas sí. Así que trato de ocultar mis temblores internos y mostrar toda la seguridad de la que soy capaz mientras avanzo hacia la larga barra iluminada, pero no me resulta fácil porque los tacones, a los que no estoy nada acostumbrada, me

hacen mover el trasero y las caderas como si fuera la mismísima Sugar Kane Kowalczyk de *Con faldas y a lo loco*.

Es una suerte que encuentre un taburete vacío en un establecimiento tan concurrido. Me subo con toda la elegancia de la que soy capaz y, para no dar vueltas a lo que diré si se me insinúa alguien, me concentro en decidir qué bebida voy a pedir. ¿Algo suave para mantener la mente despejada o algo fuerte para calmar los nervios?

Échale valor, Katia. Ahí viene el barman. ¡Y vaya barman! Un hombre alto con un traje oscuro e impecable se mueve en mi dirección. Parece del sur de Europa, seguramente italiano, claro no podía ser de otra manera. Es despampanante: tiene unos labios fruncidos muy sensuales, lleva el pelo, negro azabache, recogido en una coleta tirante y unas gafas con la montura dorada. Otro tío bueno miope. ¿Qué tendrán los hombres con gafas?

—¿Qué desea tomar?

Aunque he de admitir que su ligero acento italiano me altera un poco, no es mi tipo. Desde ese instante le pongo el apodo de «Semental Italianini». Es demasiado estirado, en plan «Mírame, soy divino»... Y no es Dimitri. Pero aun así despierta mis hormonas. Como tardo en contestar, me sugiere:

—¿Le apetecería una copa de vino blanco de la casa? Es bastante bueno.

—¡Sí! Me encantaría. Gracias.

Se aleja sigilosamente y regresa con mi vino. Tras proponer un brindis en italiano, que me suena un poco guarro, pero que seguramente no lo sea, vuelve a retirarse.

Tengo ganas de beberme la copa de un trago, pero me limito a dar sorbitos. Está bastante bueno: es un Frascati con sabor a manzana que resulta suave y fuerte a la vez, pero no estoy en condiciones de apreciar los matices de sabor.

Observo el bar detenidamente tratando de mantener el equilibrio sobre el taburete. Menos mal que me paso el día sentada en uno en la universidad, de lo contrario no lo conseguiría. Como mi cliente de pega no aparece, mato el tiempo tratando de averiguar por qué este lugar tiene la reputación que tiene.

Al igual que en el vestíbulo, todo parece normal. A primera vista. No tardo en observar que hay una o dos mujeres con unos tacones de aguja que quitan el hipo y unos vestidos impresionantes. El maquillaje que llevan lo es aún más. Son del estilo que llevo yo, pero mucho más radicales. ¿Qué son, amas sadomasoquistas? Los hombres que las acompañan tienen toda la pinta de estar humillados e intimidados.

Si Dimitri estuviera aquí, lo mismo me daba por tratarle como harían

ellas. Si es que se me ocurre cómo hacerlo, porque fantasear con estas cosas es muy sencillo, pero llevarlas a cabo es otra. ¿Qué hago pensando en él de nuevo? Se supone que este viaje era para despejarme y he acabado en el mismo hotel que cuando vinimos juntos y frecuentando el bar de peor reputación de todo el hotel.

Intento volver a soñar despierta y recuperar la fantasía en la que llevo una máscara y voy vestida de cuero.

Llego hasta el momento en el que le tengo desnudo y arrodillado a mis pies, pero entonces mi estúpida mente se dispersa y comienza a preocuparse.

Empiezo a plantearme si debería formular alguna pregunta discreta cuando un rostro familiar me llama la atención. Me giro y veo a Robert Stone, el director de la sucursal del hotel de Salzburgo, dirigiéndose hacia la puerta de doble hoja que yo acabo de cruzar. Está más imponente que nunca y viene acompañado de una rubia muy guapa con un vestido de color azul medianoche ceñido a más no poder. Cuando pasan a mi lado, me doy cuenta de que el muy pícaro tiene la mano posada por debajo de la espalda de la joven, vamos, a decir verdad, sobre su trasero. De pronto mira en mi dirección como si se hubiera dado cuenta de que lo he visto. Me hace una señal con la cabeza —bien porque me reconoce, bien porque no puede evitar pasar revista a todas las mujeres con las que se cruza— seguida de un gesto

muy extraño, travieso y seductor, como si supiera algo que yo no sé. Su robusta mano no se mueve en absoluto, manteniendo así el suave contacto con las partes bajas de la rubia.

Todo esto ocurre en un milisegundo, pero me hace preguntarme de qué diablos va todo esto. Frunzo el ceño y de pronto recuerdo la caminata nocturna de unos días atrás, quería ver cómo había cambiado la zona en todos estos años. Esa noche vi a una pareja haciendo el amor en un callejón. Estoy segura de que él era ese hombre y ella la chica. Me cuesta creer que una personalidad tan conocida en la ciudad haga algo tan descabellado, será porque le gusta vivir al límite, ¿no?

Cuando me giro hacia la barra, veo a la elegante mujer mayor que se me presentó cuando me registré. Está con don «Semental Italianini» y me doy cuenta de inmediato de que están juntos. No solo eso: al fijarme con más atención me percató de que llevan la misma alianza y que, aunque apenas se tocan, les une un dulce vínculo de complicidad. Ella parlotea alegremente mientras él la observa con adoración y con un apetito evidente que va en aumento. Es una especie de ternura lujuriosa que me vuelve loca de celos. No por el imponente latin lover, sino por ese amor cercano y sencillo que les une. Eso es lo que quiero. Con Dimitri. Pero para tener eso hay que plantearse un futuro juntos, y no era posible.

De pronto el Lawns Bar me resulta frío y solitario a pesar de que está hasta los topes y hacer un calor digno del trópico.

Me prometí que no haría esto, que no suspiraría por algo que no está a mi alcance. Pero ya estoy otra vez con la carita de cordero degollado por culpa del enrevesado capitán Buenorro. ¿Por qué no acepto que lo perdí?

Muchas mujeres me sacarían los ojos para conseguir lo que yo tengo: encuentros sexuales increíbles con hombres famosos e inteligentes.

Estiro la espalda, me siento derecha y saco pecho. Hay un hombre sentado a un par de taburetes de mí que me devora con la mirada del mismo modo que lo haría un perro con una sabrosa pata de jamón. Vale, con Dimitri jamás tendré una casita a las afueras con rosas en el jardín, pero tampoco es el fin del mundo, ¿no?

El Lawns Bar vuelve a ser el ardiente criadero de sensualidad de antes.

Y, como si el calor le hubiera invocado, aparece Dimitri. ¿Será una especie de diablo? No sé cómo ni cuándo, pero se ha materializado al otro extremo de la barra y tiene su irresistible y prieto trasero encaramado a un taburete como el mío. La mujer de la entrada le está sirviendo una bebida clara en una copa de balón con hielo, posiblemente sea un *gin-tonic* o quizá vodka, desde aquí no lo distingo. Mientras ella parlotea, nuestros ojos se cruzan por encima de su hombro. Dimitri me dedica una mirada larga y penetrante. Está fingiendo

que no me conoce, pero tras la actuación y sus impolutas gafas, reconozco un brillo de intimidad en sus ojos.

Sentimientos frenéticos se apoderan de mi pecho: temor, aprensión, agitación... La emoción que experimento cada vez que lo veo unida a una excitación retorcida y depravada. ¿Qué hace él aquí? Bueno debería aprovechar, ¿no?

Comienza el juego.

No dejo tiempo a las dudas: sin pensarlo, me acabo el Frascati, me bajo del taburete y me dirijo hacia él. No sé si es un milagro o parte de un plan cósmico, pero el taburete que está a su lado acaba de quedar libre. El muy diablillo observa atentamente cada paso que doy y, cuando me sitúo junto a él, finge sorpresa e inocencia. Le brillan los ojos tras los lentes mientras señala con cortesía el taburete vacío antes de cogerme del brazo para ayudarme a sentarme.

—Buenas noches. —Su tono insolente me resulta irresistible.

Mis miedos y temores se disipan como la niebla.

—Buenas noches —respondo observando su copa con descaro.

—¿Qué te gustaría tomar?

«Todo», me entran ganas de contestar.

—Una copa de vino blanco de la casa estaría muy bien.

—¿Y champán? —pregunta sonriendo alegremente.

—¿Por qué no? ¿Celebramos algo?

Le hace una señal con las cejas a la chica de la barra y le pide champán en voz baja. Aunque es evidente que está felizmente casada con su semental italiano, siento otra punzada de celos.

Dimitri vuelve a fijarse en mí y sonrío.

—Entonces ¿estamos celebrando algo? —insisto.

—Oh, sin duda... No todos los días te hubieras atrevido a acercarte a mí sin que yo tuviera que hacer algún esfuerzo...

—Desde este extremo de la barra la vista es mejor.

No tengo la más remota idea de cómo ligar a estos niveles. Para mí todo es nuevo, tanto la relación como el juego. Aun así, siento un estremecimiento de placer en lo más profundo de mi sexo.

—Ahora sí —replica.

Dimitri sigue sonriendo mientras sus ojos recorren las curvas de mis pechos sin la menor reserva. El escote no es pronunciado y el vestido no es demasiado ajustado, pero tiene un corte magnífico que hace que me sienta de maravilla. Pestañea ante mi busto y ajusta un poco su postura en el taburete. Mi corazón se acelera y el deseo convierte el estremecimiento de mis entrañas en un dolor lacerante. No soy la única persona en el bar que está

sensacional. Dimitri lleva un traje oscuro y una camisa blanca resplandeciente que acentúa su sutil moreno. Aunque por primera vez su indomable pelo está bien peinado, persiste una energía salvaje... y en todo su ser. Tiene el aspecto de un animal dominante y vigoroso, una bestia del sexo. —¿Viene a menudo? —le pregunto y los dos nos echamos a reír saliéndonos por un momento del papel que interpretamos. Nuestras risas provocan la mirada curiosa de la chica, que nos trae el champán, pero es pura discreción, ya que se limita a abrir la botella con una habilidad profesional y a marcharse esbozando una sonrisa.

¿Está metida en el ajo? Supongo que sí. Pero la verdad es que no me importa. Me centro en Dimitri, y solo en Dimitri. Oh, y en mi Thor...

—Sí, así es —dice finalmente con la sonrisa aún en los labios—. Es uno de mis hoteles favoritos. —Hace una pausa para volver a desnudarme y venerarme con esa mirada tan sexy—. Probablemente porque las mujeres que vienen aquí son siempre preciosas. Tuve la suerte de tener a una, pero la perdí.

Vuelvo a echarme a reír. No puedo evitarlo. Sé que estamos ligando, jugando, pero en el fondo también sé que lo dice en serio. ¿Se arrepiente? ¿Soy preciosa? Esta noche decido creérmelo. Como no sé qué responder, cojo la copa de champán y la levanto para brindar. El sonido del cristal es

suficiente comunicación.

El champán es exquisito. No soy ninguna experta, pero de algún modo su suave complejidad conecta con mis sentidos en todos los niveles. Su delicada efervescencia es la encarnación de la excitación que hay entre Dimitri y yo. Verle dar un sorbito a su copa es suficiente para hacerme estremecer y desear sentirle muy dentro de mí. Roza el borde de la copa con la boca y una brillante gota de champán se le queda en el labio; saca despacio la lengua para lamer el líquido que ha quedado en esa curva suave y sensual. Mi cuerpo entero se contrae y se estremece solo con observarle.

—Bueno...—susurra mientras posa la copa en la barra con un tintineo.

Que le den, no quiero jugar más. Puntualizo: solo quiero jugar a un juego. A un juego sexual con Dimitri en su cuarto. Todo este coqueteo y el fingir que somos otra persona me impide acercarme a él. No quiero pensar en el mañana.

Dimitri sube y baja sus largos dedos por el tallo de la copa, después me mira ligeramente de perfil como si me estuviera leyendo el pensamiento.

—¿No quieres jugar?

Me deja a cuadros. Pego un trago al champán y por poco estornudo cuando se me suben las burbujas por la nariz. ¿Cómo coño sabe siempre lo que me pasa por la cabeza?

—Sí que quiero jugar. —Vuelvo a llevarme la copa a los labios y seguidamente la poso en la barra—. Pero a un juego muy sencillo. Solos tú y yo. Pasando de todos estos jaleos, olvidarnos del futuro y solo sentir...

Con un movimiento rápido y preciso, estira el brazo y coloca sus dedos sobre mis labios. Su tacto y su calidez me hacen sentir débil.

—Conque un juego muy sencillo, ¿eh?

Sus ojos me miran con intensidad tras las gafas. Una sombra cruza durante un segundo la parte más profunda de sus pupilas y arruga la frente ligeramente. Al instante desaparece y sonrío.

—Por mí, perfecto —añade acariciándome los labios con delicadeza. Seguidamente vuelve a coger la copa. Es un abstemio. Tan solo toma un traguito.

Yo también pego otro sorbo mientras me digo que, cueste lo que cueste, pienso beber este champán con regularidad. Compraré una botella al mes en el supermercado. Seguro que puedo permitirme ese gasto y así podré rememorar esta noche tan especial.

De pronto todo ocurre bastante rápido. Dimitri pide que le suban a la habitación lo que nos queda de botella y otra más. Yo apuro la copa, pero él mira la suya sin tocarla. Salimos del Lawns Bar, cruzamos el vestíbulo y nos dirigimos al ascensor.

Aunque son pocos pisos, la subida se me hace eterna. Tengo ganas de tocarle y de besarle, pero me mira con fingida severidad y se coloca en un rincón del ascensor. Continúa mirándome con los dedos posados sobre los labios. Si no sintiera el ardor que veo a través de los cristales de sus gafas, pensaría que está meditando.

Caigo en la cuenta de que ya no tengo el control. Antes lo tenía, pero, no sé en qué momento se lo cedí a Dimitri. Tengo que bailar a su son y la idea me hace sentir aturdida y efervescente como el champán.

La lujuria me embarga. Arrasan mi mente atrevidas fantasías: escenas fragmentadas del alijo de porno escondido en el pasado y de las profundidades más oscuras de mi subconsciente que hasta ahora desconocía.

En estos momentos Dimitri es mi Thor, y anhelo obedecerle en todo lo que desee.

Cuando llegamos a su piso, me guía por el pasillo sin mediar palabra y pasamos las puertas de varias habitaciones —11, 15, 17— hasta que por fin se detiene delante de la número 19 y saca la tarjeta para abrir.

Me hace pasar.

Me estremezco al entrar en la habitación y me cuesta respirar. Esto me impone mucho más que nuestras aventurillas en el pasado. Con la sensación de que va a ser un ritual, algo mucho más formal, surge de las profundidades

más turbias de mi imaginación la imagen de Dimitri con la máscara de cuero lo que me provoca en el sexo una ola fresca de deseo.

Abro la boca para hablar sin saber qué decir, pero Dimitri vuelve a posar sus dedos con suavidad en mis labios.

—Es un juego muy sencillo, ¿recuerdas? Sin reservas. Sin complicaciones. —Como su mano, cálida e intimidante, permanece en mi boca, me limito a asentir—. Quiero tener el control. Todo el control. ¿Estás de acuerdo?

Su poder me hace sentir más débil que nunca y vuelvo a asentir mientras percibo un remolino salvaje, como si un enérgico huracán me sacara en volandas del reino de la normalidad y la realidad. En la vida había tenido tanto miedo o había estado más excitada.

Aparta la mano de mi cara y retrocede unos pasos para sentarse en una gran butaca tapizada en chintz y demasiado mullida. Se reclina en el asiento apoyándose en los reposabrazos y parece completamente relajado. Pero sigue con los ojos clavados en mí, esos ojos oscuros y atentos como los de un ave rapaz. Los ojos de Thor. No el Thor adulator y carantoñero de las cartas y los mensajes, que aun guardaba, sino uno nuevo que sabe exactamente lo que quiere.

Ante la ausencia de instrucciones, no sé cómo comportarme. Me limito

a permanecer de pie agarrada a mi bolsito de noche mientras su mirada se pasea por mi cuerpo, valorándolo. Lo único que puedo hacer es escuchar el silencio y notar la sangre, las hormonas y los fluidos que brotan y corren por mi cuerpo y mi piel. Un picor dulce asalta mis pechos y los pliegues de mi entrepierna, la zona oculta entre mis muslos, ya está húmeda.

—Enséñame las bragas.

Aunque lo dice con un tono práctico y tranquilo, me hace pegar un respingo. Es una petición muy sencilla, pero siento como si me hubiera pedido que hiciera algo extremo y escandaloso como tumbarme desnuda sobre la alfombra y alcanzar el éxtasis utilizando un vibrador.

Con manos temblorosas dejo el bolso en la mesita de noche y empiezo a subirme la falda del vestido. El movimiento me recuerda a cuando hice más o menos lo mismo en su despacho hace años, pero tengo la impresión de que eso ocurrió hace cien años y que lo hizo otra persona.

Aún temblando, le muestro despacio mis braguitas francesas de encaje rojo y las elaboradas decoraciones que muestran mis medias en la parte en la que se enganchan al ligero.

Su semblante permanece tranquilo, inmóvil, pero sus ojos brillan ardientes tras los cristales de sus gafas. Desde donde estoy, siento el calor, me quema, me abrasa, pero él me mantiene ahí, inmovilizada por el peso de

su mirada, durante lo que me parecen horas y horas.

El sudor y otras secreciones se unen y fluyen.

Después de una eternidad, dice: «Quítatelas y tráemelas».

Siento como si una cinta me oprimiese el pecho. Estoy tan excitada que me cuesta respirar. No sé si lograré quitarme las bragas sin caerme de culo; descartado está ya hacerlo con elegancia. Lo que importa es que me ha dado unas instrucciones y tengo que cumplirlas.

Transijo apoyándome en la mesilla de noche mientras me meto la mano bajo los arrugados pliegues de la falda y tiro del elástico de mis braguitas.

No sé si se me está permitido apoyarme o si se supone que debo mostrarle mi sexo durante todo el proceso, pero en cualquier caso, a Dimitri no parecen afectarle lo más mínimo mis esfuerzos por mantener un mínimo de elegancia.

Me peleo con la delicada lencería y corro el riesgo de que se me enrolle en los tacones de aguja, pero los dioses me sonrían y logro quitarme las bragas sin caerme de bruceas ni de culo. Le desafío bajándome la falda para taparme, avanzo despacio hacia él y le entrego mi ofrenda.

—¿Huele?

Hace una mueca pícaro, levanta las manos y une los dedos en ese gesto tan académico que suele poner. ¿Qué es lo que quiere? ¿Que huelo mis

bragas delante de él? Aunque mi sentido del decoro se rebela, levanto la prenda de lencería roja a la altura de la nariz y aspiro con teatralidad. Tienen un olor fortísimo a excitación, lo que no me sorprende en absoluto. Ya apestan al olor oceánico del deseo. ¿Qué mujer no estaría fragante y empapada bajo el hechizo del hombre tan guapo que tengo delante?

Extiende la mano, me abalanzo hacia ella y prácticamente le lanzo mi arrugada lencería. Me obsequia con una sonrisa de oreja a oreja que me resulta familiar, mucho más típica del Dimitri que conozco y que tanto amo. Desdobla la ligera prenda y la examina como si fuera un artefacto que ha descubierto en el curso de sus investigaciones.

Acaricia el encaje con el pulgar para evaluar su textura y levanta la braguita por la tira elástica para examinar su forma. Me cabreo y me pongo roja como un tomate, no porque sean mis bragas y estén impregnadas del olor que despide mi excitación, sino porque las braguitas de una mujer como yo no son precisamente diminutas. No como las de su amiga con la que lo encontré follando en Cádiz. Reprimo esos recuerdos no me hacen bien ahora mismo, no es momento de pensar.

Los ojos de Dimitri se desvían de mi ropa interior y se fijan en mí como si estuviera leyendo mis pensamientos.

—Son preciosas. Igual que tú. —Ladea la cabeza y vuelve a ponerse en

plan «capitán desesperado con alumna cortita»—. No me interesan las mujeres escuálidas. Me gustan las curvas, la chicha, la feminidad... como a la mayoría de los hombres, mi querida Katia, como a la mayoría de los hombres.

—Si tú lo dices...

A pesar de que no lo ha especificado, sé que no debería hablar, pero no puedo evitar soltarle eso. Me alegro de que haya dicho lo que ha dicho. En el fondo ya me hacía una idea, pero me gusta oírlo de su boca.

Me dedica una mirada seria y tengo la impresión de que va a reñirme cuando llaman a la puerta con suavidad.

—Ah, debe de ser nuestro champán. Justo a tiempo.

Con una rapidez que no parece humana, se pone de pie de un salto y me da un beso impetuoso en los labios, después me dirige hacia la cama bailando una especie de tango y me sienta allí. Me da otro beso fugaz y exclama: «¡Adelante!».

CAPÍTULO DIEZ

Katia

La puerta se abre. ¡Dios mío, el pestillo no estaba echado y yo montando el numerito quitándome las bragas! ¿Y si los del servicio de habitaciones hubieran hecho la típica jugada de «llamo y entro sin esperar a que respondan»? Por suerte, en el Saberle tienen más decoro y hay una breve pausa antes de que acceda a la habitación una mujer alta y elegante, con su bonito pelo negro recogido, llevando un carrito.

—Su champán. —Muestra una sonrisa discreta, neutral, indescifrable —. Las fresas son cortesía del hotel.

Junto al enorme cubo de hielo con nuestra media botella de champán y otra sin abrir, hay una bandeja de plata repleta de enormes fresas con un aspecto succulento. A su lado brillan dos copas altas de delicado cristal. Todo muy *Pretty Woman*.

—¿Desea algo más, señor? —pregunta la camarera.

Al detenerme a pensarlo, me doy cuenta de que no es, ni mucho menos, una camarera. Lleva un traje negro muy elegante y sobrio con una discreta insignia en la solapa que reza «Saskia Wille, subdirectora».

—No, gracias.

Le entrega una bandeja con un recibo para que lo firme, pero como

Dimitri está de espaldas a mí, no logro ver la transacción, aunque observo un esbozo de sonrisa cómplice en el rostro de la subdirectora. ¿También ella está metida en el ajo? Después de todo, estamos en el hotel de la última vez, no parece haber cambiado nada en estos años.

La mujer me dedica una sonrisa agradable, abierta y auténtica. «Buenas noches, señora», susurra antes de retirarse. Se detiene en el umbral de la puerta y sus ojos se posan momentáneamente en la butaca tapizada en la que Dimitri estaba sentado hace un momento. Las comisuras de su boca de color carmín se curvan un instante antes de que atraviese la puerta y se marche cerrándola sin hacer el menor ruido.

Hasta que no deshago el recorrido de su última fugaz mirada, no me doy cuenta de que mis braguitas rojas están sobre el asiento, perfectamente visibles. Me arde la cara de vergüenza, pero no tardo en calmarme. ¿Qué importa que hubiera unas atrevidas braguitas en plan escaparate? El Saberle es un hotel travieso con una reputación traviesa. Y yo soy una mujer traviesa en una aventura traviesa. A la señorita Wille no se le hubiera movido ni un pelo ni aunque yo hubiera estado desnuda espatarrada en la cama. Ni aunque Dimitri hubiera estado encima de mí trajinando.

—No te ha dado vergüenza, ¿no? —Dimitri regresa a la butaca, coge mis perifollos de encaje rojo con un dedo puntiagudo y los balancea

ligeramente—. En este lugar ven cosas mucho más atrevidas cada noche. Su comentario confirma mis sospechas. Me levanto mientras él se deja caer en la butaca y vuelve a deleitarse acariciando mis braguitas. Ojalá me acariciara a mí con tal embelesamiento. Ahora que mi entrepierna está desnuda siento cómo mis fluidos pegajosos y suaves comienzan a desbordarse y a mojarme. Mientras Dimitri me dedica una sonrisa picarona y un movimiento de cejas, un hilillo resbala por mi pierna hasta el encaje que remata mi fina media poniéndome en evidencia.

—Estoy convencida de ello.

Vuelvo a sentir los nervios. Estoy inquieta, llena de energía y expectante, aunque no sé muy bien lo que me espera. Es como si la anticipación se hubiera materializado en finas láminas de acero que me aprisionan, dificultando mi respiración y controlando mi cuerpo entero. Procuro no jadear porque no quiero delatarme.

—Sírvenme un poco de champán —dice Dimitri como quien no quiere la cosa, con mi ropa interior aún en la mano.

¿Se supone que debo servirle? ¿Ser su criada? Una parte de mí se rebela ante un papel tan servil, pero la mayor parte se emociona de un modo primitivo y anticuado. Otro chorro de cálida miel moja mis medias.

Intentando controlar los temblores, me acerco al carrito y sirvo

champán en una de las delicadas copas altas. Antes de llenar la segunda, mantengo la botella en el aire y miro a Dimitri: sus ojos entrecerrados me advierten que no lo haga. Es evidente que tendré que ganarme el champán, lo que aún no sé es qué tendré que hacer para conseguirlo.

Le sirvo y deja las bragas sobre la butaca para coger la copa. Da un sorbo breve y lo paladea. Esta noche apenas está bebiendo y tengo la impresión de que no es porque no le apetezca. Empiezo a darle vueltas al tema, pero me clava la mirada de tal forma que tengo la sensación de que me está prohibiendo que especule. Después de haber tomado una cantidad insignificante del delicado champán, posa la copa en la mesa junto a la butaca.

Sin quitarme los ojos de encima, me indica con un gesto, discreto pero autoritario, que me acerque. Doy un paso al frente y abre las piernas para que me coloque entre ellas. No sé si me está permitido mirar, pero no puedo evitar contemplar su magnífica entrepierna: está empalmado, tiene una erección imponente.

—Quítate el vestido, Katia —ordena como lo haría Thor.

Mientras busco la cremallera, se agarra con disimulo el pene y se lo recoloca en los pantalones. ¡Capullo arrogante! Me encanta.

Me quito mi elegante vestido nuevo contoneándome. Cuando cae al

suelo, lo aparto con el pie. En otro momento me hubiera mortificado exhibir mi voluminoso cuerpo de este modo, sobre todo sin llevar braguitas, pero miro a Dimitri y siento el poder que tiene mi propio cuerpo. Cuando sus ojos arden de deseo y sus gruesas pestañas titilan picaronas mientras se roza con los dedos la polla que oculta sus pantalones, no puedo evitar el regocijarme. Interpreta el rol dominante, pero en cierta medida también es un esclavo de mis curvas, mis pechos, mis caderas y mi trasero. Desea mi abundante carne tanto como yo ansío su atractiva masculinidad y su fantástica y prominente erección.

Estoy de pie delante de él con mi sujetador rojo, mi liguero rojo y mis medias gris claro con puntilla. El brillo de mi excitación reluce en la parte interna de mis muslos. Sin previo aviso, se echa hacia delante y rodea mi cintura con sus brazos para atraerme hacia él. Al mismo tiempo, presiona su cara contra mis pechos y frota sus mejillas con los suaves montículos de encaje como un niño o un cachorrito haciéndose hueco en busca de consuelo. Sin pararme a pensarlo dos veces, le sostengo la cabeza deslizando mis dedos entre su negro cabello rizado y suave como la seda.

Curiosamente es un momento asexual. Se trata de una comunión más profunda. Dimitri emite una especie de gemido, casi un gruñido, y se acurruca aún más. Sí que está buscando consuelo.

Me siento muy rara porque estoy cachonda y mi cuerpo está totalmente preparado para él. Huelo mi excitación y, estoy segura de que él también la huele, pero la necesidad acuciante de cuidarlo supera al deseo sexual. Con su actitud parece buscar algún tipo de alivio y yo respondo sujetándole la cabeza con sumo cuidado, por si está delicado. Sin mediar palabra, se levanta. Sigue rodeándome la cintura con un brazo y coloca la otra mano sobre la mía, que está posada sobre su cabello. Enlazamos los dedos y exhala un leve suspiro. No me atrevo a hablar, pero ansío preguntarle si está bien. Está claro que le duele la cabeza. Quiero saber qué le preocupa, a pesar de que es un momento un poco extraño para hacer una pregunta así: medio desnuda entre sus brazos.

—¿Hay algún problema?

¿He hablado? Debo haberlo hecho...

Dimitri tarda un momento en responder o reaccionar. Después separa las manos de mi cuerpo y me aparta un poco.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Lo he estropeado todo. A los hombres no les gusta parecer débiles. Y menos cuando interpretan el papel de amo en un juego sexual.

Frunce el ceño y una expresión de irritación cruza fugazmente su rostro.

¿Es por mí o por él? Creo que lo segundo.

—No, por supuesto que no —replica secamente—. Y menos contigo.

—Curva los labios, enrojecidos y sedientos—. Contigo jamás hay un problema, mi bella Katia. Tu vista me alivia.

Por un momento recupera la expresión de enfado, después vuelve a agarrarme y me arrima a él con su mano izquierda mientras la derecha se introduce con arrogancia entre mis muslos, y luego entre mis labios vaginales en busca de mi clítoris. Lo encuentra sin dificultad y ahora me toca jadear a mí, pero me manda callar con dulzura.

—Debes estarte quietecita y ser buena chica, mi reina de los juzgados.

No debes suspirar ni gemir mientras juegue contigo.

¡Eso es! ¡Ha dicho el apodo! Eso demuestra que sin lugar a dudas es Thor. Pero me da igual quién sea. En este momento solo puedo pensar, si es que se le puede llamar así, en lo que está haciendo en la húmeda grieta de mi sexo. Me presiona el clítoris con fuerza, tocándolo, jugando con él, y siento el impulso angustiante de mover las caderas y botar sobre el fulcro de ese dedo que me hace enloquecer, pero no lo hago, porque sé que quiere que no me mueva.

Me muerdo los labios para reprimir un gemido mientras me embargan sensaciones intensas pero frustrantes. Cierro los ojos porque no soporto ver su tentador semblante, pero me llama la atención con suavidad para que los

vuelva a abrir. Tiene un rostro sublime, rudo a la par que exquisito; viril y orgulloso, pero con la belleza propia de un ángel caído que pintara un maestro del siglo XVIII.

Su tacto me escandaliza como si fuera la encarnación del pecado. Con cada embate, me empuja cada vez más cerca del orgasmo, pero siempre que estoy a punto de correrme se detiene.

Justo en el instante en el que voy a gritarle que me lleve de una vez hasta el final, aparta los dedos de mi cuerpo. Despacio y con gran erotismo, toma otro sorbito de champán e introduce sus dedos índice y corazón en la copa. Seguidamente, me los vuelve a colocar, esta vez mojados con el selecto vino, en el clítoris.

Lanzo un grito ronco, la efervescencia me hace revolverme y me corro de manera explosiva, casi dolorosa, mientras mi sexo vacío se estremece y se contrae ante la nada.

Mis brazos le sujetan, le rodean, le abrazan, se aferran a él desesperados mientras mi cuerpo entero vibra, se agita y alcanza el clímax. Perdida en un mar de sensaciones, me acurruco en sus brazos y oculto la cara en sus rizos negros para aspirar su embriagante aroma a champú. Le beso la cabellera y, en lo más profundo de mi placer, un anhelo maternal desea poder curarle de cualquier mal que le aqueje.

Finalmente me sienta sobre sus rodillas. De inmediato empiezo a protestar advirtiéndole que no soy ninguna niña pequeña y que peso demasiado, pero me ignora. Coge de nuevo su copa de champán y me da a beber unas gotas del fluido dorado. Sedienta después de haberme corrido, me las tomo de un trago como si se tratara de limonada.

Aunque todavía estoy bastante afectada y conmocionada, no tardo en volver a pensar. Y a percibir cosas que cuesta bastante que pasen desapercibidas. Como la enorme erección sobre la que estoy sentada y que empuja a mi sexo, aún excitado, a través de los finos pantalones de Dimitri.

—Estás muy duro —le comento con inocencia. Se echa a reír.

—Sí, me gusta estarlo.

—¿No quieres hacer algo al respecto?

—Enseguida. —Me acaricia por debajo de la barbilla como si fuera un gatito y veo sus ojos felices y juguetones tras los cristales de sus gafas—.

Pero ahora no. —Se relame el labio inferior como si estuviera saboreando algo delicioso—. A veces me gusta prolongar la anticipación. Esperar a desearlo con todas mis fuerzas antes de ponerme al tema. Sé que cuando te penetre será espectacular y que la espera habrá merecido la pena; llevo mucho tiempo esperando por esto.

Vuelve a rozarme un instante el clítoris y no logro reprimir un gemido,

estoy de nuevo al borde de alcanzar el orgasmo.

—Veamos un rato la tele —propone mientras intento colocarme de modo que sus dedos vuelvan a rozarme.

Mis esfuerzos son en vano. Me impulsa con una fuerza y facilidad asombrosas y me pone de pie; después se levanta y me dirige hacia la cama.

Ahueca un almohadón y dice «Siéntate» con un tono bastante serio.

Con el corazón acelerado y sin saber muy bien qué hacer, me apoyo sobre el edredón de chintz. Dimitri ladea la cabeza y con mucho cuidado, y mucha delicadeza, me quita las horquillas del moño, las posa en la mesita y libera los pesados mechones de pelo colocándolos sobre mis hombros.

—Túmbate —me ordena señalando los almohadones con la cabeza.

Le obedezco procurando colocar mis extremidades en una postura seductora. Tengo la impresión de que mi entrepierna, enmarcada entre las estrechas bandas de encaje de mi ligero, me grita para recordarme que está desnuda.

Soy incapaz de apartar la mirada de mi sexo al descubierto. Me resulta algo obsceno, a la par que seductor y erótico. Interpreto en el ardor que irradian los ojos de Dimitri que piensa igual que yo.

Sirve más champán y coloca las dos copas sobre las mesillas de noche que flanquean la cama; son dos armaritos que me parecen una auténtica

monada.

—Relájate.

Con una sonrisa burlona y cara de estar encantado de haberse conocido, me coloca en la posición que estima oportuna: me toma de las muñecas, me levanta los brazos por encima de la cabeza, y los posa sobre los almohadones con las manos ligeramente entrelazadas. Seguidamente me separa un poco mis pegajosos muslos para que mi sexo se abra.

—Relájate —murmulla de nuevo, con un tono más delicado, como si tratara de sacarme del estado «conejo-delante-de-coche» en que me encuentro. Aunque en realidad puedo hacer lo que quiera, me siento tan paralizada como cualquier conejito delante de un camión de gran tonelaje. Sus dedos me acarician la cara con cierta reverencia, después me alisan el pelo sobre los almohadones. Eso sí que me relaja. Al igual que verle deshacerse de la chaqueta, aflojarse la corbata y tirar las dos prendas al aire, antes de quitarse los zapatos y desplazarse prácticamente bailando hasta el otro extremo de la cama.

Los muelles del colchón rebotan ligeramente cuando se tira a mi lado, como si fuéramos a repanchingarnos allí a ver un partido de fútbol.

Cuando coge el mando del televisor y presiona el botón para encenderlo, tengo la impresión de que va a cobrar vida con un programa

deportivo estilo «El partido del día». Pero no, simplemente aparece un menú con el logotipo del Saberle. Dimitri mira un instante su copa de champán y parece decidir no beber. De inmediato comienza a bajar por las opciones televisivas.

¡No me lo puedo creer! Hasta en las circunstancias más exóticas y ardientes se comporta como todos los hombres. ¡No es capaz de resistirse a zapear! La indignación se convierte en carcajada cuando alcanza el canal de historia.

—¡Puaj! ¡Odio a ese tío! ¡Es un chulo!

Suelta una risita y pulsa el botón para volver al menú principal.

Resulta de lo más peculiar, y en cierta medida depravado, estar aquí tumbada a mis anchas en la cama mientras Dimitri zapea, pero yo también soy una adicta a la tele y no puedo dejar de mirar la pantalla, aunque mi cuerpo semidesnudo se exhiba como el de una odalisca.

Pasa varios canales. Películas. Un concierto. Boxeo, ¡aj! Y, como era de esperar, porno. Primero vemos a un par de rubias pechugonas pero escuálidas pegándose lametazos y rozándose como culebras, pero a Dimitri no le interesa y regresa al menú principal para continuar bajando por las cadenas. En el siguiente canal, reconozco al famoso actor porno Rocco, que le está metiendo caña a una rubia en la postura del perrito.

—Esta ya la he visto —dice Dimitri para mi sorpresa. ¿Quién hubiera pensado que al capitán con más fans del mundo le iban las pelis cachondas? Vuelve al menú y baja que te baja hasta que destaca «Transmisión en directo». ¿Qué coño es eso? Es una pena que en la pantalla aparezca el mensaje «Canal codificado».

—¡Vaya!

Antes de que pueda preguntarle qué significa exactamente «Transmisión en directo», Dimitri sale de un salto de la cama, rebusca en el bolsillo de su chaqueta y saca una tarjeta similar a la que nos dio acceso a la habitación. La mete en una ranura en la parte delantera del televisor y pulsa de nuevo el botón del mando mientras regresa de una carrera a la cama y se tira a mi lado con los ojos pegados a la pantalla en lugar de estar pendientes de mi cuerpo a medio vestir. Estupendo.

La imagen que aparece me extraña porque me resulta muy familiar. El tapizado en chintz. Luz tenue. Dos amantes. Él vestido, ella medio desnuda. Es la transmisión de una cámara web. No de nosotros, gracias a Dios, pero está claro que proviene de algún lugar de este hotel.

—¡Oh, no, es él!

Dimitri vuelve a prestarme atención y me observa con curiosidad.

—¿Le conoces? —pregunta señalando con la cabeza la pantalla. Allí,

un hombre, al que reconozco a pesar de llevar máscara, intimida a una mujer que también he visto antes y, de hecho, hace poco tiempo. En una habitación muy similar a la nuestra, el afable Robert, que obviamente, además de ser director de Finanzas, es un loco temerario, está a punto de dar un azote a su querida rubia; esa chica tan mona con la que le he visto hace un ratito. Está sentado en el borde de la cama con uno de esos antifaces de cuero que suelen llevar los dominantes y que, como me recuerda al de mis fantasías, lo que me provoca una vibración interna. Es el tipo de accesorio que probablemente serviría para ocultar la identidad... a menos que ya la conozcas. Tiene a su compañera sobre las rodillas. Ella lleva un corsé y una máscara similar a la de él, pero más delicada, con un fino ribete de encaje, y poco más.

Para lo poco iluminada que está la escena, la pantalla tiene una definición de color asombrosa: se ve claramente que lleva un rato azotándola porque tiene el culo colorado. Ese envidiable trasero esbelto y tonificado tiene pinta de estar al rojo vivo. Tiembla como si estuviera gimoteando a causa del dolor. Pero cuando gira la cara y nos permite ver su expresión, aunque no la de quien le inculca disciplina, observamos que tras su exótica máscara le brillan los ojos con excitación y que sonrío feliz para sus adentros. ¡Lo está disfrutando de veras!

—¡Caray! ¡Azotes! ¡Eso me pone! —murmura Dimitri a mi lado, como

un eco de mis pensamientos, mientras recoloca su posición levemente; supongo que la escena picante ya le ha llegado a sus partes pudendas. Igual que ha llegado a las mías.

Robert azota con pereza el trasero de su bienamada, que con un movimiento de caderas cae sobre su regazo. Ella mueve la boca como si estuviera gimiendo, pero no hay audio, supongo que para permitir que la pareja tenga cierto grado de intimidad en un escenario a todas luces exhibicionista. Tengo que morderme el labio para no ponerme yo también a gemir y, cuando logro apartar la vista un segundo de la pantalla, me doy cuenta de que Dimitri me está observando a mí, no a ellos.

—¿Te excitan este tipo de cosas?

Sus ojos brillan tras los cristales de las gafas y me revelan que esa idea le excita. Se inclina sobre mí, su mirada va y viene entre la pantalla y yo. Cuando Robert le atesta otro par de golpes en una sucesión rápida, Dimitri alarga el brazo y desliza su mano entre mis muslos. Está examinándome.

Encuentra lo que creo que esperaba y esta vez no puedo reprimir el gemido. Estoy húmeda, resbaladiza, cachonda y más que preparada para que me toque.

Me retuerzo e intento empujar su mano con la mía, pero me detiene con un «¡Oh, oh!» y una compleja mirada severa, que resulta cómica a la par que

intimidatoria. Me pregunto si quien me acompaña es un hombre con la misma inclinación a la disciplina que el que sigue a su bola en la pantalla.

Aunque me cuesta gran esfuerzo, vuelvo a situar las manos donde estaban: ligeramente entrelazadas sobre mi cabello suelto. Es como estar atada sin estarlo. Aunque nunca haya practicado *bondage* y todo lo que sepa sea por las fotos que he visto y las historias que he leído y me han contado, sé instintivamente que, en este tipo de situación, probablemente es mucho más difícil no estar atada. Incluso puede que llevar esposas te relaje porque al menos no tienes que luchar contra tus propios impulsos que te incitan a revolverte y forcejear. Sobre todo cuando un hombre guapísimo al que adoras está acariciándote el clítoris con la yema de un dedo.

Jadeo mientras mis caderas se mueven sin mi consentimiento, tal y como hacen las de la bella compañera de Robert. Él ha dejado momentáneamente de golpearla por lo que ella se retuerce sobre sus robustas rodillas y se roza contra el cuerpo de su amante tratando de estimularse.

—Eres igual de traviesa que ella. —Dimitri se me acerca hasta que su boca queda a pocos centímetros de la mía—. Apuesto a que te excita.

Apuesto a que lees todo tipo de guarrerías en tu querida biblioteca, ¿a que sí? He visto los libros, sé de sobra los que guardas.

Sigue tocándome, tocándome y tocándome... Tanto roce me fuerza a

mover el culo, pero ese movimiento no basta para desviarle de su objetivo. Es como si le guiara un láser y tuviera la precisión de un cirujano.

—Entonces tú también los has leído —replico con la respiración entrecortada y resistiéndome a que me toque porque en el fondo sé que es lo que quiere que haga. Forma parte del juego; una de las figuras que tienes que adoptar en esta danza—. Por lo tanto, tú también eres un pervertido.

—¡Chitón!

Me da un beso vehemente, el típico beso romántico y agresivo, sin dejar ni por un instante de trazar círculos donde realmente importa. Me acerco para retenerle, pero deja de besarme, saca la mano y la posa sobre mis labios.

Saben a mí.

—Estamos hablando de ti, señorita Álvarez, no de mí. De ti y de todos los secretillos calentorros que ocultas tras esa fachada de profesional y mojigata.

Quiero decirle que nunca he ido de mojigata, ni siquiera cuando tenía poca experiencia, pero estoy demasiado cerca del orgasmo para articular palabra. Y además, su robusta mano sigue posada sobre mi boca.

Como si fuéramos una sola persona, retornamos la atención a la pantalla en el mismo instante.

Aunque en mi caso, tan cerca del orgasmo, no es una gran idea, porque

mientras conversábamos Robert ha subido a su amante a la cama y la ha colocado de malos modos en la postura del perrito. Está desnuda, con el trasero colorado en pompa y sus esbeltos muslos separados. Gimo bajo los dedos de Dimitri cuando nuestro querido exhibicionista se baja la bragueta y muestra un impresionante pene en concordancia con su altura y musculatura. Miro un segundo a Dimitri y se ríe de mí; de pronto vuelve a ser él mismo, ha dejado de ser Thor.

—No me intimida. No me intimida. No me intimida. No me intimida —
repite con los ojos en blanco.

Como no puedo hablar, le digo con la mirada que no tengo ninguna queja de él en ese aspecto. Decir que su espléndida polla me encanta, entusiasmo y sobrecoge es quedarme corta. Capta el mensaje y me guiña un ojo. Volvemos a ponernos manos a la obra, ninguno de los dos indiferentes: yo sigo muriéndome por correrme y Dimitri tiene un bulto monumental en los pantalones.

Ahora los amantes están follando. Robert está embistiendo a su querida con majestuosidad y entusiasmo. Se mueve como un pistón, pero en cierto modo lo hace con ternura; es por la forma que tiene de sujetarle las caderas y porque, de vez en cuando, alarga el brazo y posa la mano en sus hombros o en su cuello. En esa unión hay amor, un amor dulce y salvaje.

¡Ay, cuánto deseo tener eso! Deseo que, igual que hace él, un hombre acurruque su cuerpo contra el mío con aprecio y delicadeza cuando estoy a punto de correrme. Se acerca aún más a ella y la acaricia para aderezar su placer, mientras sus labios adoptan los movimientos necesarios para pronunciar en silencio unas palabras que resultan inconfundibles.

Se agitan y estremecen, sus labios adoptan las formas de los gritos que provocan el éxtasis y el amor, sus caderas retumban y dan sacudidas... hasta que todo termina.

Robert se deja rodar en una especie de voltereta lateral, abrazando a su amante para que quede tumbada a su lado en lugar de desplomarse sobre ella y aplastarla con su considerable peso poscoital. Lo último que veo, justo antes de que Dimitri pulse el botón del mando a distancia, es que tienen las manos entrelazadas y que ambos llevan alianzas. Están hechos el uno para el otro.

—¡Caray, es su esposa! Son aventurillas matrimoniales. Podrían estar en casa dale que te pego, pero está claro que les gusta exhibirse.

—Supongo que hay parejas a las que les gusta eso —dice Dimitri con el ceño ligeramente fruncido.

Se sienta erguido, se pasa la mano por el pelo y se frota los ojos por debajo de las gafas. Las alarmas se activan en mi corazón. ¿Se encuentra

bien?

Un instante después vuelve a sonreír.

—Qué picaros estos exhibicionistas... ¿Te han puesto cachonda?

—Sabes que sí. —Está claro que quiere oírlo de mi boca—. Estoy segura de que lo has notado, ¿verdad?

—Sí, estás muy húmeda, mi pequeña reina de los juzgados. Ahí abajo tienes un estanque fabuloso.

Posa la mano ligeramente curvada sobre mi mata de vello púbico y deja que el dedo corazón se deslice ligeramente, pero sin llegar a entrar. Es tan frustrante que me dan ganas de ponerme a gritar y a pegar patadas, pero consigo mantener la actitud que parece haberme asignado.

—¿Pequeña? ¿Me estás vacilando?

—Ay, ¿no iremos a tener esa discusión, verdad? —Se pone serio, mueve la cabeza en señal de reproche y su dedo se aventura un poco más camino de la zona caliente. Entonces le cambia la mirada y adopta una expresión sincera y curiosamente inocente.

—Katia, ni miento ni finjo cuando te digo que tienes un cuerpo estupendo. Es la verdad. Así lo creo. Jamás he visto una figura más bella y más soberbia. —Una expresión de congoja y pavor le embarga durante un milisegundo, pero vuelve de inmediato a la normalidad. O casi—. Ni creo

que vaya a...

Abro la boca para rogarle que confíe en mí, que me cuente lo que le preocupa, pero vuelve a tocarme y nos sumergimos de nuevo en el irresistible mundo de la sensualidad. Es irremediable, pues me está tocando el clítoris y, tras acercarse a mí, presiona sus labios contra mi garganta; después contra la curva de uno de mis pechos, cuyo tamaño tanto aprecia. Mis caderas reaccionan levantándose, mientras mi piel arde bajo el contacto de su boca. —Entonces, ¿qué va a ser, diosa? —Su respiración roza las colinas de mi pecho como caluroso céfiro—. ¿Azotes? ¿Un polvo? ¡Yo sé muy bien lo que quiero!

Contonea el cuerpo y se gira para presionar su erección contra mi cadera desnuda. La tiene enorme y está ardiendo; ¡joder, yo también sé lo que quiero! Ya imitaremos las travesuras «culocéntricas» de los Stone otro día, ¿no?

—Y yo.

Rompo el pacto secreto que me mantenía atada para tocársela con las manos. Reacciona meneándose y jadeando. Sus dedos también se menean, en mi clítoris.

Estalla un torbellino de movimientos que nos desnuda como si hubiéramos alcanzado un acuerdo tácito. Desabrocho el sujetador y el ligero

sin apartar la vista de la belleza que se desnuda ante mis ojos y que vi por primera vez hace años.

Me desvisto en tiempo récord, pero Dimitri es más cauto, sobre todo a la hora de quitarse las gafas, que acaba posando con gran indecisión sobre la mesilla. De inmediato pestañea, se arranca el resto de la ropa y se abalanza sobre mí, como si ansiara compensar con el contacto de la piel las limitaciones que le ocasiona su imperfecta visión.

Sin parar de besarme, frota todo su cuerpo contra el mío de una forma muy parecida a la que ha empleado hace un rato para frotar su cara contra mis pechos. Es como si me «viese» con todo su ser: absorbe la textura de mi piel, la elasticidad de mi carne y el roce retozón de mi vello púbico. El vigoroso pene y el vello que lo rodea también están bastante retozones. Su erección se desliza, empuja y me domina en silencio.

Pasamos un rato retorciéndonos y deslizándonos el uno contra el otro, tonteando, tentándonos y «elevando la apuesta inicial». Al final me agarra y me abraza con fuerza contra su cuerpo. Siento su polla como una barra incandescente contra mi blando y redondeado vientre.

—Quiero follarte como él se la ha follado —me gruñe al oído sin dejar de empujarme—. Quiero que te pongas a cuatro patas. Quiero contemplar tu maravilloso culo mientras te la meto hasta el fondo.

¡Ah, qué soez! Vaya vocabulario para un capitán tan distinguido e ilustrado. ¿Qué pensarían sus entusiastas admiradoras si oyeran lo que estoy oyendo yo?

—Vamos, diosa del sexo, ¡necesito follarte!

Se aparta un poquito, me agarra por la cintura y me voltea con una habilidad y una maestría impresionantes. Como un obediente animal, me apoyo en las rodillas y los codos. El pelo me cae suelto alrededor del rostro.

Oigo cómo abre el cajón, busca en su interior y lo vuelve a cerrar.

Obviamente el Saberle está bien surtido de condones. Baja las luces y nos quedamos en penumbra, casi a oscuras... Yo siento, ¡siento!

La temperatura de la habitación es cálida, templada; el edredón bajo mis rodillas y codos, fresco. El ligero aroma a popurrí me hace cosquillas en la nariz; las fragancias que despiden nuestras colonias y mi sexo son almizcleñas e intensas.

Dimitri roza su ardiente piel contra mi cuerpo.

No es ningún gorila, pero siento en todo momento el cosquilleo del viril vello de su pecho, sus brazos y sus muslos cuando se coloca sobre mí, me coge de la cintura y, sin penetrarme, restriega todo su cuerpo contra el mío.

Quiere que le sienta a través del tacto, el calor y el aroma. Acomoda sus labios en mi nuca y me besa. Alarga el brazo por debajo de mi cuerpo y

acaricia con brusquedad mis pechos, primero uno, después el otro, y los exprime deleitándose con mi abundante y mullida carne.

—Eres preciosa, Katia —musita de nuevo.

Su voz queda amortiguada en mi piel, pues no deja de lamirme y besarme. Aunque apenas puede verme en esta penumbra, su voz me parece sincera y me convence de que el tacto le basta para sentir la belleza.

Me balanceo y me froto contra él con la misma fuerza con la que él me masajea con su torso, sus muslos y su polla cubierta de látex. Me extasían el calor, los aromas corporales, la fuerza y la virilidad carnal.

Entonces le siento en mi acceso, me explora con sus delicados dedos y coloca mis mullidos pliegues para hacerle hueco a su dura e imponente erección. Siento cómo su miembro erguido empuja sin cesar y todo me parece una experiencia nueva, aunque en realidad ya hemos pasado por esto. Avanza sobre mi cuerpo, aún más, apoya un lado de su cara sobre el recodo que hay entre mi hombro y mi cuello y me penetra. Sus negros cabellos me hacen cosquillas y su incipiente barba me araña la piel mientras balancea sus caderas esforzándose por lograr una penetración plena.

Tanta cercanía y tanta ansia se traducen en una chapuza. Recula, se pone de rodillas, me agarra de las caderas, se recoloca y ajusta su postura con las manos. Con todo el peso apoyado en un codo y la cara enterrada entre los

almohadones, estiro un brazo para agarrar su robusto muslo y me abrazo a él.

¡Bingo! Se desliza dentro de mí, muy profundo. Hemos encajado,

vuelve a tenderse sobre mí para lograr el máximo contacto.

Siento como si su ardiente cuerpo fuese una manta sobre mi espalda y

esa sensación de cercanía hace que se me salten las lágrimas. Permanecemos

pegados el uno al otro sin movernos y, durante unos minutos, tengo la

sensación de que no tiene nada que ver con el sexo.

Sé que le quiero. Es una locura. Un disparate. Y creo que no tenemos

ningún futuro. Pero no me arrepiento de sentirlo. ¿No decían en una película

que vivir atemorizado es vivir a medias? Pues no pienso reprimir lo que

siento por Dimitri por miedo, aunque el amor no sea recíproco. La vida es

demasiado corta. Disfrutaré de este sentimiento mientras pueda.

—Eres una pasada —susurra. Su aliento me acaricia la nuca—.

Encajamos a la perfección... Nunca lo había sentido así.

Empuja otro poco y encajamos aún más a la perfección.

¡Hombres, son capaces de decir lo que haga falta! Pero sus palabras me

conmueven.

Froto la cara contra el almohadón para secarme las lágrimas, aunque lo

más seguro es que lo único que consiga sea arruinarme el maquillaje.

Vuelvo a empujar mi cuerpo contra el suyo, deseando que sea capaz de

introducirse en mi piel, mi cerebro y mi corazón para descubrir todos sus secretos.

Pero no podemos quedarnos así eternamente. Es inevitable que empiece a moverse y cuando lo hace es una sensación indescriptible. Está enorme. Me estira por todos lados, por dentro y por fuera. Cada uno de sus diabólicos embates me golpea directamente en el clítoris. Intento reprimir las sensaciones, pero me obnubilan. Quiero correrme y que me toque mientras me folla.

Dimitri me lee el pensamiento como si efectivamente se hubiera introducido dentro de mí. Apoya todo su peso en un brazo, alarga el otro bajo mi cuerpo, explora mi mata de vello y encuentra mi clítoris. Me deja boquiabierto la precisión milimétrica que demuestra a pesar de lo limitada que debe de estar ahora mismo su concentración a causa de la lujuria masculina. Se me vienen a la cabeza las torpezas que he sufrido en el pasado y reconozco que es un amante de categoría, como siempre. Intercala sus delicadas caricias con las vehementes acometidas de sus poderosas caderas y no hay un momento en el que flaquee o pierda el ritmo.

Grito. Exclamo «¡Ay, Dios! ¡Joder! ¡La hostia!» o algo igual de trivial, vuelvo a aplastar mis caderas contra su cuerpo mientras mi sexo lo aprieta y una luz blanca inunda mi mente. Es como si mis entrañas estuvieran en otro

lugar y mi cerebro hubiera sufrido un cortocircuito. Solo soy consciente del éxtasis... y del conmovedor calor y belleza del cuerpo de Dimitri.

Entonces vuelvo a pegarme a él de un brinco, aunque todavía me estoy corriendo un poco he recuperado la consciencia y procuro poner un poco de mi parte y darle algo de placer, en vez de quedarme ahí tirada como un montón egoísta e insensible de protoplasma.

Me golpeo contra él, mientras le agarro del muslo, más bien del trasero, intentando que llegue aún más adentro. Mis dedos exploradores le rozan el ano y suelta un grito seco de dolor. Vuelvo a hacerlo lo mejor que puedo y sus caderas, que él ya no controla, comienzan a embestirme mientras se corre con furia.

Caemos rendidos en una maraña de calor, brazos, piernas... y lágrimas.

CAPÍTULO ONCE

Katia

Un rato después permanecemos en silencio y a oscuras. Las luces están apagadas, el condón en la papelera, y nuestros corazones laten tranquilamente a un ritmo normal de descanso. Estamos tumbados uno al lado del otro, metidos bajo el edredón, en un ambiente tranquilo y acogedor, pero no puedo dejar de darle vueltas a que creo que se me ha escapado un «te quiero» entre tanto «joder» y tanto «hostia»... y me pregunto si Dimitri lo ha oído y, de ser así, qué piensa al respecto. Parece relajado, pero con los hombres nunca se sabe.

—Ha estado bien —dice finalmente, aunque tengo la impresión de que sabe que ese adjetivo se queda corto.

Desde luego yo he sentido algo mucho más fuerte. Creo que en la vida había hecho el amor así. No puedo decir que haya sido un polvo porque fue mucho más que eso.

—Sí, ha estado bien... —asiento incapaz de expresar lo que ha significado para mí. De todos modos seguramente ya haya hablado de más en la emoción del momento.

La habitación está oscura como boca de lobo porque las cortinas son muy gruesas. La única luz proviene del despertador de la mesilla; los

números refulgen como luciérnagas en la noche. Noto que Dimitri se tumba de lado para ponerse frente a mí y posa los dedos en mi mejilla con tal delicadeza que parecen alas de mariposa.

—Ha estado mejor que bien —susurra antes de posar, aún con mayor delicadeza, sus labios en mi frente.

Siento que algo se rompe dentro de mí y empiezo a dudar de mis especulaciones sobre los riesgos que merece la pena correr. La idea de estar sin Dimitri después de haber estado de nuevo con él me deja sin aliento.

Incapaz de contenerme, deslizo los dedos entre sus sedosos cabellos y atraigo su cara hacia la mía para darle un beso de verdad. Sabe a las succulentas fresas que hemos devorado con avidez después de follar. Deseos que ya deberían estar más que saciados vuelven a despertarse.

—Iba a darte unos azotes, ¿sabes? —me ronronea al oído cuando dejamos de besarnos—. Como Robert y su amante en la tele. Me ha gustado mucho. —Hace una pausa, me aparta los mechones de pelo que me ocultan la cara y me besa en la garganta—. Pero cuando empezamos, por algún motivo, me bastaba con follarte... hacerte el amor.

Me entran ganas de agarrarle y atraerle hacia mí para que vuelva a penetrarme. Hacerle el amor con tal desesperación que logre atarle a mí y que desee tenerme a su lado para siempre. Pero en lugar de hacer eso, me limito a

decir:

—Sí, yo también pensé que íbamos a hacer algo así... pero después no pasó, ¿verdad? —Respiro hondo—. Podemos intentarlo ahora, si quieres...

En realidad ahora no me apetece mucho hacer guarrerías, pero por Dimitri haría un esfuerzo. Es gracioso que con mi último novio nunca estuviera dispuesta a dar mi brazo a torcer pero, claro, es que él no era el hombre de mi vida. Y Dimitri sí lo es.

—Es una propuesta exquisita, cariño mío —responde besándome de nuevo la frente—. Y Dios sabe que me tientas, pero me apetece quedarme aquí tumbado un rato sin hacer nada, ¿a ti no?

Claro que sí. Y se lo digo. Después añado:

—Aunque supongo que decepcionaré a Thor si no le cuento algo ultra per...

—¿Quién es Thor?

—Un amigo, se podría decir —le digo mirándolo. Creo que mis sospechas eran ciertas solo por la cara que ha puesto.

Dimitri se echa a reír. Es un sonido alegre y cálido.

—Sí, parece el tipo de persona que disfruta con las historias más extremas, ¿verdad? —Un robusto brazo rodea mi cuerpo y descubro para mi sorpresa que soy lo suficientemente ligera como para que un hombre me

levante a pulso—. Alguien que envía notas y correos de contenido sexual explícito debe de ser un bicho de cuidado, ¿no? La escoria de la sociedad.

La risa sigue matizando sus palabras y está a punto de volver a escaparse de su boca. El buen humor se abre paso entre mis escrúpulos y mis sentimientos amorosos.

—¡Oh, es terrible! Un monstruo desequilibrado. Un depravado repulsivo. No sé por qué pierdo el tiempo con él. —Me callo y el cosquilleo en mis entrañas vuelve a cobrar fuerza. Al moverme a un lado, descubro que Dimitri también tiene cierto cosquilleo—. Será porque es muy autoritario. Me dice lo que tengo que hacer y eso me gusta. Nunca se lo he permitido a otros hombres, pero con él me gusta.

¿Demasiada información? Parece que no. No veo a Dimitri, pero percibo su picarona sonrisa y prácticamente distingo su mirada traviesa.

—¿Entonces...? Te gusta el rollo ese de la dominación, ¿eh? Es lo que pensaba... ¿Por eso antes te has comportado como una putilla cachonda?

—Supongo que sí.

—En tal caso... —Me suelta y me tumba de espaldas—. Ábrete de piernas. Las quiero bien abiertas. Ya.

Me invade una sensación. Como un pinzamiento en el corazón o un escalofrío de pavor, pero es algo delicioso, igual que el champán que

empezamos a beber y que nunca acabamos. Siento como si mi voluntad se derritiera y esa pérdida de control me aturdiese.

—Ahora quiero que retires el vello de tu coño, que lo peines con los dedos y que te exhibas. Ábrete bien de piernas, separa tus bonitos labios vaginales y muéstrame tu clítoris.

Hola, Thor.

Le obedezco sin parar de temblar. Pensé que estaba saciada y que iba a dormir un rato, pero todas las neuronas y feromonas de mi cuerpo se han desatado. Alargo el brazo y empiezo a rebuscar en mi pegajoso vello púbico. Está un poco enmarañado y apelmazado después de todo lo que he segregado y sudado en nuestra última cópula.

Una mano más grande que la mía baja para asegurarse de que he sido obediente. Aparto aún más los labios para que pueda jugar, chapotear y frotar. Se entretiene un minuto conmigo y después vuelve a colocar mi mano en su sitio.

—Tócate. Métete caña. Sé un poco bruta.

Jadeo, tomo una bocanada de aire. Me cuesta respirar. Siento como si estuviera atada a la cama.

Cuando empiezo a hacerme un dedo, sus manos se colocan sobre las mías y aumentan la presión y el movimiento.

Estoy resbaladiza y cada vez más húmeda. Es todo tan intenso que me abrumba. Las sensaciones son tan potentes y se acumulan tan rápido que prácticamente resultan dolorosas y cuando por fin llega el placer es tan agudo y concentrado que casi es un suplicio. Grazno como un ave en la noche mientras mi vagina se encoge y siento como si me elevara flotando hasta el techo.

Después, mientras sigo en estado de shock, Dimitri toma la iniciativa.

Aparta el edredón, se pone a horcajadas sobre mí y queda suspendido por encima de mi cuerpo. Es una postura extraña, pero logramos mantenernos así.

Estoy espatarrada como una estrella de mar que las olas han arrastrado hasta la playa y él está de rodillas sobre mí, con sus robustos muslos bien separados apoyados a ambos lados de mis costillas. Con las manos me junta los pechos dejando un profundo surco entre ambos, en donde introduce su pene.

—Oh, qué sensación tan divina —gime mientras comienza a balancear un poco las caderas y a deslizarse por mi pecho.

Sube y baja, sube y baja... entretanto, empiezo a emerger de mi inercia temporal. Mi sexo queda al margen y, aunque de momento permanece fuera del campo de batalla, vuelve a experimentar un cosquilleo.

Le agarro de los muslos y siento cómo sus músculos se tensan y se relajan con cada arremetida.

Me encanta notar el ligero velo de vello masculino que cubre su piel.

Deslizo mis dedos hacia arriba y acaricio sus nalgas por el interior, después juego con su raja, tal y como hice antes... y con el resultado esperado. Grita con todas sus fuerzas moviendo las caderas como si quisiera taladrarme. Me moja la barbilla y las mejillas con una lluvia cálida de semen salado.

Todo esto sucede a oscuras y, ya que no puedo ver su adorable cara al correrse, me conformo con lamirme los labios, donde ha caído su esencia, degustarla y saborearla.

Se balancea intentando mantener el control y resistiéndose a la tendencia masculina a desplomarse satisfecho y soñoliento.

En lugar de eso, se tumba a mi lado jadeando en la negra noche y me estrecha entre sus brazos sudorosos.

—Gracias —jadea—. Gracias, gracias, gracias...

Después de dar varios resoplidos con todo el peso de su hombro sobre mi cintura, sacude la cabeza como si quisiera despejarla y desliza la mano por mi vientre hasta que sus dedos se sumergen de nuevo en mi grieta. Mientras su dedo corazón comienza a moverse y presionar con rapidez el quid de la cuestión, me relamo una y otra vez saboreando su esencia.

—¡No! ¡No! ¡No!

Me despierto sobresaltada, desvelada por los gritos, aspavientos y

sacudidas de Dimitri. Busco el interruptor de la lamparita de noche y al encenderla veo la hora. Es de madrugada y llevamos horas durmiendo abrazados como si fuéramos amantes desde hace tiempo.

—¿Qué pasa, cariño?

Intento ponerle las manos sobre los hombros, pero se sienta, los mueve de un lado a otro y se cubre la cara con las manos. Aunque la temperatura es cálida, tiembla como una hoja de papel. Trato de quitarle las manos de la cara, pero se queja angustiado y me da la espalda.

No logro discernir si está despierto o dormido pero al menos no rechista cuando le pongo la mano sobre el hombro desnudo y siento su piel empapada en sudor. Menos mal.

—Dimitri, ¿qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

No me responde. Toma una bocanada de aire y se le hincha el pecho.

Sigue con las manos en la cara dándome la espalda, pero me permite que le acaricie. Está frío y sudoroso.

No sé qué decir. No sé qué hacer. Le abrazo tratando de mitigar el temblor y el miedo. Porque tiene miedo, muchísimo miedo, a algo.

Poco a poco se le van pasando los escalofríos, pero sigue sin quitarse las manos de la cara.

Es como si quisiera esconderse de algo. Entre sus dedos vislumbro que

tiene los ojos apretados y la frente llena de arrugas de tanto fruncir el ceño.

—¿Quieres un vaso de agua?

Es lo que siempre ofrecen en las películas, ¿no?

Tras coger otra bocanada de aire, responde:

—Sí... Sí, gracias. Me encantaría.

Después de darle un abrazo, salgo desnuda de la cama y me acerco al minibar. Hay varios tipos de agua, cojo una sin gas de la marca Malvern, sirvo un poco en un vaso y se lo llevo. Sigue tapándose la cara, pero logro desenlazarle los dedos y ponerle el vaso en la mano. Bebe agradecido, pero sin abrir los ojos en ningún momento.

Le pasa algo. Eso lo he pillado. Pero ¿qué? ¿Es grave? ¿Ha sufrido una crisis repentina?

—¿Qué ocurre, Dimitri? Dímelo, por favor. ¿En qué puedo ayudarte?

Suelta aire como si hubiera estado reteniéndolo y, aferrado al vaso de agua, abre los ojos. Parpadea, escudriña el vaso y las manos que lo sujetan y después vuelve a apretar los ojos.

—Ha sido una pesadilla —susurra con un tono plano—, más bien un recuerdo.

Se queda mirando el agua como si fuera la primera vez que ve un vaso.

Por lo visto ha bebido suficiente porque me deja que se lo quite de las manos

y lo pose en la mesilla.

Le cojo la mano y me agarra con bastante fuerza, casi con desesperación. Ahora que le tengo no puedo perderle.

—¿Con qué soñabas, cariño?

No sé si debería estar llamándole eso, pero en este momento parece apropiado. Por fin me mira. Tiene una expresión extraña, compleja, acongojada, pero es evidente que trata de calmarse, de comportarse como un hombre.

—He soñado que me despertaba y no veía nada. Todo estaba a oscuras.

Con una expresión de ansiedad en el rostro, mira las sábanas de la cama y después a mí.

—Es que es de noche y las cortinas son muy gruesas. Claro que todo estaba a oscuras.

Se encoge de hombros.

—No, era diferente. Créeme... Sé lo que te digo.

—¿En qué sentido?

Me llevo nuestras manos entrelazadas a la boca y le doy un beso rápido en los nudillos. Parece consolarle y reacciona dedicándome una sonrisa torcida.

—La oscuridad estaba por dentro, Katia, no era la habitación. Sé de lo

que hablo... Reconozco ese estado.

Una mano helada me oprime el corazón. Dios mío, tenía la esperanza de que no le ocurriera nada malo, que simplemente le doliera la cabeza por culpa de la tensión o el estrés o lo que fuera.

—¿Te pasa algo, Dimitri? —pregunto con firmeza.

No pienso dar más rodeos. Si tiene un problema, hay que afrontarlo. Y si es algo que es mejor soportar entre dos, quiero ser la persona en la que se apoye. Necesito ser esa persona, porque es el hombre de mi vida.

Las palabras «en la salud y en la enfermedad» me pasan por la cabeza.

Aunque aún no es capaz de mirarme a la cara, comienza a responder a mi pregunta entre titubeos.

—Bueno, no se trata de eso, bueno si de mis ojos, pero más de esto... —

Se frota la parte trasera de la cabeza alborotando sus rizos—. Tenía algo que no debería estar aquí. Me han estado haciendo pruebas, escáneres... desde que me quitaron un tumor. Creyeron que es benigno pero aún me da problemas.

Por fin vuelve a mirarme. Su vista está más enfocada, pero advierto en su expresión resignación y temor. La mano helada me oprime con más fuerza. Lucho con todas mis fuerzas para que el terror no me derrumbe, pero es difícil. Me aterra lo que pueda pasarle. Él debe de estar devastado por el pavor, por la posibilidad de quedarse ciego... de morir. La mano helada me

empuja a un mar agitado de terror, dolor e ira.

¡No! ¡Este hombre, no! ¡Esto no puede sucederle a él! ¡No ahora que lo he recuperado! Puede que no pasemos de tener una aventurilla temporal pero, aun así, no quiero que sufra jamás. Porque le quiero. Y ni siquiera me importa si no puedo quedármelo el resto de la vida. Lo único que deseo es que esté bien y que sea feliz. Sin embargo, al mismo tiempo, no quiero ahogarle con lástima y compasión. A los hombres no les gustan esas cosas.

—Qué duro. Es una situación muy difícil, Dimitri —digo con suma cautela—. Lo siento mucho. ¿Hay algo que pueda hacer al respecto?

Se le aguzan los ojos milagrosamente y se gira hacia mí. Me dedica una media sonrisa con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Eres una mujer muy especial, Katia —Esta vez es su turno de besarme, lo hace en la palma de la mano. Una vez, dos veces, después frota su moflete sin afeitado con el dorso de mi mano—. Muy, pero que muy especial.

Sus ojos reflejan una sonrisa y sé que en este preciso instante es probable que me vea perfectamente.

—¿Qué quieres decir?

—En un momento así la mayoría de las mujeres reaccionarían agobiándose en plan Madre Teresa, pero tú te lo tomas con calma, eres

práctica y no te andas con tonterías. —Vuelve a besarme—. Y me gusta. Te lo agradezco mucho. No sé por qué te dejé escapar hace años.

A pesar de la pasmosa revelación, siento como si surgiera algo grande y maravilloso; una burbuja en la que podemos hablar con sinceridad y que no tiene relación alguna con el sexo.

—Bueno, pensé que no te apetecería que montara un numerito o te compadeciera poniéndome en plan madre y esas cosas. Yo... eh... —Frunzo los labios ante la dificultad para expresar lo que quiero decir—. No quiero que pienses que te considero menos hombre por tener ciertos problemas de salud.

Se echa a reír. Qué sonido tan auténtico y tan dulce.

—¡Es increíble! Debes de ser un genio, una psicóloga o algo, mi querida abogada.

Vuelve a encogerse de hombros y me dedica la mirada más cariñosa del mundo. El gesto hace que mi corazón se ponga a dar volteretas a pesar de la situación.

—Es exactamente lo que sentía... siento. —La mirada se torna seria.

Intensa—. Te deseo, Katia. Te ansío y me preocupo por ti. Y quiero que tú también me desees y te preocupes por mí. Lo último que quiero que sientas es compasión. —Entrecierra los ojos—. Sigo siendo un hombre y sigo estando

cachondo, a pesar de que tuviera un bulto de a saber qué en la cabeza.

—Sí, lo entiendo.

Le miro: tan guapo, tan despeinado, tan viril. Acaba de lanzar un bombazo de destrucción masiva a nuestra relación, pero seguimos sentados en la cama, desnudos, juntos, y él sigue siendo el hombre más atractivo que he visto jamás. ¿Volver a sentir la necesidad de trajinármelo me convierte en una enferma mental?

—No quieres polvos por compasión.

Vuelve a echarse a reír. Después me examina con una mirada traviesa.

—No, de esos no...

¿Y de otro tipo? No puedo saberlo porque la sábana le cubre hasta las caderas. Una tenebrosa amenaza de muerte le acecha, pero es bien sabido que el espíritu humano y la libido masculina se muestran más desafiantes en tiempos de adversidad.

Empiezo a darle vueltas a la cabeza. Ese futuro incierto explica que apostara por una aventura temporal y que sintiera recelo de un compromiso más profundo a pesar de que estuvo a punto de casarse. Quizá también sirva para explicar su curiosa forma de tener una relación. Ser Thor le otorgaba distancia, pícaras emociones clandestinas y la oportunidad de divertirse con una mujer sin necesidad de involucrarse directamente. Es el producto de una

mente retorcida pero, a fin de cuentas, se trata del capitán Buenorro, un hombre brillante, carismático y atractivo.

Frunce ligeramente el ceño.

—¿Qué? ¿Qué estás pensando?

Tendrá problemas de visión, pero a mí me ve hasta por dentro. Sabe que estoy atando cabos.

—Ahora entiendo por qué empleaste métodos... digamos «poco ortodoxos» para seducirme, mantener la distancia y no involucrarte.

Ladea la cabeza y uno de sus mechones oscuros se balancea por delante de su frente. Me resulta tan perfecto, tan tentador, que no puedo resistirme a tocarlo y colocarlo de nuevo en su sitio. Pero vuelve a caerse.

—No sé a qué te refieres, Katia —me dice con malicia agarrándome de la muñeca.

Ahora me tiene cogida de las dos muñecas.

No me agarra demasiado fuerte pero lo hace con una autoridad evidente, que se intensifica cuando se abalanza sobre mí y me aplasta contra los almohadones.

—No lo piensas admitir, ¿verdad? —Vuelvo la cabeza aceptando el juego.

—¿El qué?

—Ya sabes el qué.

Vuelve a reírse; lo hace en voz baja, delante de mis narices. Su mala leche me resulta deliciosa.

—Eres una niña muy mala, Katia. No se hacen acusaciones vagas e infundadas.

Presiona su cuerpo contra el mío con fuerza y vitalidad; las ganas que tiene de hacerlo son palpables. Siento tal felicidad que mi corazón se hincha mientras mi cuerpo vuelve a revolucionarse, pues, aparentemente, mi deseo es insaciable.

—¡No son vagas! Tú eres...

No puedo acabar la frase porque sus labios presionan los míos y su lengua se mete en mi boca para callar la palabra que intentaba pronunciar. No obstante, los dos sabemos lo que estaba a punto de decir y reconocemos que es verdad. El mismo beso es una prueba de ello.

Se pone encima de mí y su polla, dura como una roca, me golpea en el vientre. Con una habilidad deslumbrante logra sujetar mis dos muñecas con una mano, mientras la otra avanza insolente por mi costado hacia mi muslo y, metiéndose entre el colchón y mi cuerpo, me agarra del trasero. Lo sujeta con fuerza y aprieta la nalga, amenazándome de un modo que me corta aún más la respiración.

Me abraza, me inmoviliza, se desliza por mi cuerpo, piel con piel.

Siento sus fornidos músculos y su imponente erección. El ímpetu con el que me besa hace que me empiece a doler la mandíbula, pero me gusta. Me deleito con su energía y me rindo a ella, y a él entero.

Una vez que logra aplacarme, al menos por el momento, deja de besarme y ruge: «¿Alguna acusación más, abogada?», pero no me permite contestar, ya que me castiga de nuevo con otro beso, esta vez más seductor. Su lengua da vueltas saboreándome, empujando y tentando a la mía. Mueve las caderas hacia delante para forzarme, como si no lo hubiera hecho ya, a sentir su polla.

—¿Nada que alegar? —persiste con una voz ronca diabólica.

—No, no hace falta. Ya sabes de lo que estaba hablando.

—¿No te retractas? —Sus ojos están furiosos, maravillosos, imponentes y despejados. Soy incapaz de imaginarme a un hombre más completo.

—¡No!

—Entonces tendré que castigarte. Lo mereces. No aceptas un no por respuesta.

Se me estremecen las entrañas y todos mis pensamientos sobre el futuro incierto de Dimitri desaparecen en la emoción del momento.

—¡No te cortes, capitán Buenorro!

CAPÍTULO DOCE

Katia

Me despierto de día. Dimitri está junto a la puerta de la habitación tomando posesión de una bandeja abarrotada de comida. Miro el reloj y al ver que son las diez y media me entra un ataque de pánico y me incorporo del sobresalto; no tardo en recordar que estoy de vacaciones y no tengo que ir ni a la universidad ni a la biblioteca.

Mientras acerca la bandeja a la cama, veo a través de los cristales de sus gafas que abre los ojos agradecido, centrando toda su atención en mi fachada. Lleva un albornoz azul oscuro y tiene un aspecto lozano y descansado. Se ha debido de duchar hace poco porque su pelo aún está húmedo. Me irrita ligeramente que no me haya despertado cuando se levantó, pero supongo que lo ha hecho por consideración al ver el evidente estado de extenuación en el que me encontraba después de tanto sexo. La verdad es que me siento como si hubiera corrido unos cuantos maratones. Me dan punzadas subversivas en las zonas más inesperadas. O en las más esperadas, si te paras a pensar en las hazañas sexuales que hemos llevado a cabo. Eso sí, por extraño que resulte después de tanto azote, mi trasero parece estar perfectamente.

—¿Café? —sugiere Dimitri levantando la cafetera y sin dejar de recorrer con la mirada mis pezones y las zonas adyacentes.

¡Hombres! Se les ve a la legua. ¡Siempre tan obsesionados con la carne!

En cuanto a mí... yo también estoy obsesionada con la carne. Con la del capitán Dimitri. En este momento no puedo ver todo lo que él ve de mí, pero recuerdo cada milímetro del cuerpo que contemplé anoche, el aspecto que tenía, y de cómo lo sentía yo. Y de lo que yo advertí al sentirlo.. Que es más o menos como lo que noto ahora, lo que pasa es que estoy demasiado cansada y me da vergüenza hacer algo físico al respecto.

Me recuerdo a mí misma el inconveniente que presenta esta situación: que, como una idiota, sigo enamorada de él. Qué típico de mí pillarme demasiado y con una rapidez excesiva de un hombre que en muchos aspectos resulta inalcanzable y no olvidarlo en años. Así que no me hago ilusiones, sé de sobra que para él no soy más que un pasatiempo con el que entretenerse. Sin embargo, algo ha cambiado en su expresión. Esos ojos que a veces le defraudan están cubiertos de sombras que no parecen tener nada que ver con una vista que cada vez inspira menos confianza. En ellos veo dudas, un reflejo de mi incertidumbre. ¿Se arrepiente, al igual que yo, de la intimidad que vivimos anoche y que nos invitó a desnudar nuestras almas? De ser así, ¿se debe a la misma razón que comienza a angustiarme y atormentarme a mí? Me he entregado demasiado. Me he metido de lleno.

Le he ofrecido mi corazón entero y ahora será imposible recuperarlo sin

perder algún trocito.

¿Siente lo mismo que yo o tan solo se arrepiente de haberse enredado un poco más de lo que había previsto?

—¿Katia? —insiste con una leve mueca en los labios. No hay duda: algo le preocupa.

—Sí, sírveme un poco por favor. —Cojo el albornoz que ha tenido el detalle de colocar a mi alcance, salgo de la cama y me lo pongo—. Ahora vuelvo. Tengo que... eh... usar el lavabo.

—Vale. ¿Leche y azúcar?

—Leche y mucho azúcar —respondo.

Me largo pitando a refugiarme en el baño como si me hubieran escaldado. Quizá lo hayan hecho, en cierto modo. Tengo los dedos resentidos y quemados, en sentido metafórico, pero lo noto como si fuera real. Eso me pasa por querer alcanzar una llama: era un fuego hermoso, pero tocarlo tiene consecuencias.

Me sorprende que, cuando termino de hacer lo que tengo que hacer en el baño, soy reacia a abandonar mi santuario temporal. Por ridículo que pueda parecer después de lo que él y yo hemos pasado junto, me da vergüenza salir. Amo a este hombre pero, como no estoy segura de lo que siente por mí, la situación me resulta cada vez más inestable.

Finalmente, salgo del baño bien cubierta con el albornoz y con un caparazón de recelo. Dimitri está sentado en la cama con una taza de café en las manos mirándose los pies.

Tomo mi taza, me siento a su lado y yo también se los miro. Tiene unos pies muy bonitos; bastante grandes, pero proporcionados y muy cuidados.

—Tengo que marcharme. Tengo una misión.

Sus palabras caen como un piano en un estanque; son tan repentinas y trascendentales que me estremezco. El impacto que producen es mayor que el de anoche, si es que eso es posible.

—Ah... vale...

No sé qué decir, pero por dentro grito como una descosida.

Evidentemente sabía que tendría que irse en algún momento. Pero la materialidad de la noticia y el hecho de que sea ahora, de inmediato, me obligan a mirar de frente al horror que está sufriendo la persona que amo.

—Tengo que ocuparme de este asunto. —Se detiene y despeina sus cabellos al rascarse la parte trasera de la cabeza, donde espera al acecho esa maldita cosa—. Y cuanto antes lo haga, mejor. Me opere antes de mudarme a Cádiz. De lo contrario, la cruda realidad es que podría quedarme ciego... o algo peor.

Respira hondo y me doy cuenta de que combate internamente una

oleada de temor. ¿Quién no tendría miedo en una situación así? ¡Yo estoy acojonada! Por él.

—Tengo que regresar a la clínica de Londres para que me hagan más pruebas... Después, en dos o tres días, me abren.

Oigo un gemido intenso y, para mi espanto, me doy cuenta de que proviene de mí.

—¡Tranquila, no te preocupes! Estoy en forma, soy joven y, para ser un capitán de despacho, estoy bastante cachas.

Posa la taza y me rodea con un brazo. Con la mano temblorosa me llevo la taza a los labios e intento beber. El café está delicioso. Derramo un poco pero, por fortuna, cae en el albornoz sin tocar mi piel desnuda.

Imaginarme que se queda ciego o que fallece es tan terrible que me resulta inconcebible. Siento como si me hubiera resquebrajado por dentro.

Permito que retire mi taza con el cuerpo paralizado y la mente a mil por hora.

Internamente comienzo a hacer tratos con los dioses.

Renunciaré a él y no volveré a verle, pero dejad que se cure.

Haced conmigo lo que queráis, pero dejad que se cure.

Me privaré de todos los placeres de la carne y donaré a los pobres todas mis posesiones y el dinero que gane de ahora en adelante, pero dejad que se cure.

—¿Me dejas que te acompañe? —Me oigo decir—. Puedo pedir días en la universidad. Podría ir contigo, hacer los recados que te hagan falta o lo que necesites. Yo... eh... no iría en plan novia formal ni nada por el estilo, sino en calidad de ayudante o algo así.

Como tiene el brazo alrededor de mis hombros, siento cómo sus músculos se tensan y se agarrotan. He dicho una estupidez, lo sé, pero es que quiero estar a su lado para enterarme lo antes posible de que lo ha superado. Me giro para mirarle y parece preocupado y perplejo. Vuelve a suspirar profundamente.

—Esto tengo que pasarlo solo, Katia. —Sacude la cabeza levemente como si no estuviera seguro de lo que está diciendo y en el fondo pensara que está haciendo el tonto, pero no puede evitarlo—. Yo... yo... no quiero tener cerca a nadie que me importe. No quiero que nadie me vea débil.

—¡Menuda gilipollez!

Mi arrebató le sorprende tanto que se sobresalta. Frunce sus irresistibles labios y me percató de que, incluso en momentos críticos como este, un prestigioso capitán como Dimitri puede ser igual de cabezota que un cavernícola. Por suerte, su brazo permanece alrededor de mis hombros.

—Quizá lo sea, Katia, pero así es como quiero que sea. —Su mirada de enfado se dulcifica—. No es por ti, cariño, es por mí. Necesito pasar esto

solo. Probarme a mí mismo que puedo hacerlo. —Me aprieta entre sus brazos —. Me importas mucho, un montón, pero... no sé cómo explicarlo; necesito que sea así. —Me sujeta la cara para que le mire a los ojos y veo tras los cristales esos ojos oscuros llenos de sombras—. Por favor, tengo que hacerlo a mi manera.

—Pero no tiene sentido. Si estuviera en tu pellejo, querría que alguien me acompañara.

Entonces me paro a pensarlo... ¿querría que alguien me acompañara?

Por el miedo a la oscuridad, sí. Pero seguramente una operación así implique raparse el pelo y estar rodeado de tubos y todo tipo de horribilidades médicas. Nada de eso podría afectar jamás lo que siento por Dimitri, ni lo más mínimo, pero hay una parte de mí —una parte tonta y vanidosa— que se moriría de vergüenza si fuera él quien me viera así. Y los hombres también pueden ser tontos y vanidosos cuando es necesario.

Todo se detiene el rato que permanecemos aferrados el uno al otro.

—¿Estás convencido de que no te puedo acompañar? —susurro por fin con un hilillo de voz. En mi cabeza ese murmullo se convierte en un quejido. Permanece un rato en silencio. Siento la quietud de su brazo y su cuerpo junto a mí.

—Escúchame: no va a acompañarme nadie, si es eso lo que estás

pensando... —suelta de improviso tomando mi mano en la suya—. No hay otra mujer en mi vida, Katia, solo tú. Te lo juro.

—¿Y tu prometida? —le pregunto.

—Ya no estamos juntos. Cuando te fuiste, una semana después ella me dejó. Dijo que no iba a casarse con alguien que no sentía más que afecto por ella. Reconoció que me mintió cuando me dijo que se había quedado embarazada.

—¿Estaba embarazada?

—Sí, por eso le pedí matrimonio, por nada más que eso.

Que siguiera con ella era algo que se me había pasado por la cabeza.

Por supuesto que sí. Eso hubiera explicado que en un principio solo quisiera una aventura y que ahora se mostrara reacio a que lo apoyara en esta terrible experiencia que se le viene encima. Debería estar agradecida, pero yo también soy tozuda y me cuesta dar el brazo a torcer.

—Te creo... Pero en ese caso tengo otra razón más para acompañarte. Si no hay otra persona...

—¡No! —me corta con rotundidad.

Sus labios dibujan una línea severa e inamovible. Yo me siento igual: severa e inamovible. Quiero insistir.

Abro la boca para protestar, para persistir en que me escuche y decirle

lo que sea necesario para convencerle, pero finalmente me muerdo la lengua. El hombre que amo está bajo mucha presión. ¿Cómo puede pensar con lógica y claridad una persona que se enfrenta a lo que Dimitri tiene delante? Si le amo, debo complacerle y permitirle que se enfrente a su manera a la operación y los riesgos que conlleva. No importa lo mucho que me duela. —De acuerdo —accedo con suavidad—. Lo entiendo. Quieres enfrentarte a esto solo.

Pero sigo deseando acompañarle. Me siento desinflada, perdida y, como si se me hubiera escapado hasta el último aliento, me desplomo contra él. Reacciona abrazándome y apretándome contra su cuerpo.

—Me pondré bien, Katia. Iré, me operarán y estaré como una rosa en menos de lo que canta un gallo. —Me acaricia el pelo despacio, con ritmo—. Cuando me den el visto bueno, igual podríamos irnos de vacaciones o algo así. Viajaríamos a un lugar cálido, agradable y lujoso en el que pudiéramos pasarnos el día tirados en la playa; tú harías toples y yo me dedicaría a contemplarte con mi visión restaurada.

Ah, las vacaciones de mis sueños con el hombre perfecto. Algo que siempre he anhelado y que jamás he logrado. ¿Por qué tiene que depender de una condición tan aterradora que esa fantasía se haga por fin realidad?

Para alcanzar nuestros sueños antes tenemos que atravesar el valle de la

muerte... y Dimitri ni siquiera me permitirá cogerle de la mano mientras lo cruzamos.

Me echo a temblar y comienzo a sollozar deseando que la vida no fuera tan complicada. Siento como si me estuviera viniendo abajo, como si fuera yo la que tengo que someterme a esa espantosa operación. Dimitri me aprieta entre sus brazos, sus manos son... tan delicadas. Tras varios minutos de desazón, su calor y su presencia me dan fuerzas. Debería ser fuerte para él y ser su báculo, no comportarme como una gallina. Debería aceptar la realidad y estar a su lado del modo que me necesite. Incluso si eso implica precisamente que no esté a su lado.

Y debo ofrecerle la mejor de las despedidas. Busco su boca con la mía y, cuando la encuentro, inicio un beso. Siento cómo sus firmes labios con sabor a café se curvan bajo los míos. Sabe lo que estoy tramando. Nuestras lenguas, ardientes y resbaladizas, se baten en un duelo que dura varios minutos. Con la intención de ofrecerle todas las formas de placer que se me ocurren, trato de tirarle a la cama, pero se mantiene firme.

—No, a mi modo —afirma con fogosidad.

Me sujeta de los hombros y vuelve a atacar mis labios. Me obliga a abrirlos metiéndome la lengua de un modo que me produce un cosquilleo en la boca del estómago y siento que me derrito.

Borro de mi mente todas las inquietudes que me producen los hombres condenados por el destino, y me permito sucumbir a la emoción que me provoca su fuerza y su forma de tomar el control. Cuando se abalanza sobre mí, me resulta sencillo y agradable olvidarme de las tinieblas.

Me besa con tanta fuerza y arremete contra mí con tanta pasión que es como si me estuviera follando sin que ni siquiera nos hayamos quitado aún los albornoces. Sus grandes y elegantes manos comienzan a recorrer mi cuerpo y me acarician bruscamente por encima de la toalla, cuya textura funciona como un estimulante añadido. Pero al final me abre la bata y revela mi desnudez. Impaciente y brusco, saca el cinturón del albornoz, me coge de las muñecas y me las pone por encima de la cabeza. Con una serie de lazadas y nudos que colmarían de orgullo a cualquier boy scout, me ata las manos a la barra de metal del cabecero de la cama asegurándose de que las ataduras no me aprieten demasiado las muñecas.

Una sensación de auténtico pánico mezclada con una debilidad sumisa y deliciosa se apoderan de mí. No me lo esperaba, para nada, y menos en este extraño momento de coyuntura emocional.

Aunque lleve demasiado tiempo esperando este instante, todavía no estoy preparada. Empiezo a retorcerme automáticamente; semejante visión enciende un fuego ardiente en los ojos de Dimitri.

Mis esfuerzos por comprobar los nudos parecen complacerle y sus bellos labios se curvan con maldad. Su evidente placer me produce ardor y picores por toda la piel.

Aún con el albornoz puesto, se inclina ante mi cuerpo desnudo y acerca la cara. Entonces me percato de que en algún momento se ha quitado las gafas, aunque eso no parece estar causándole demasiados problemas a la hora de comerme con los ojos. De hecho, está encantado observando todo lo que le apetece.

Sin previo aviso, se agacha y me lame un pezón; su lengua, cálida y traviesa, acaricia la cúspide arrugada. Las sensaciones se propagan hacia abajo y hacen que mi clítoris palpite. Mientras me mordisquea con cuidado, desliza el pulgar hasta la hendidura de mi ombligo. Gimo y jadeo.

—Chitón —murmulla frente a mi pecho antes de volver a apretar los dientes con suma delicadeza.

Sus afilados dientes me resultan amenazantes. Traza círculos, levanta la blanda carne y tira de ella, estirándola hasta que adquiere forma de cono. Me muerdo con fuerza el labio para acallar los gemidos, mientras mi sexo protesta en silencio: ansía tanto que le toquen que me arde y me duele.

Pasa un rato concentrado en mis pechos: los sujeta, los amasa, juguetea con mis pezones hasta que los muy lascivos se ponen duros como grandes

rocas oscuras.

Me esfuerzo por no perder la cabeza, aunque a ratos fracaso estrepitosamente, incapaz de mantener quietas las caderas. Entretanto, las yemas de sus dedos se aventuran a otras zonas, pero siempre regresan a mi ombligo, donde se mueven de tal modo que me hacen retorcerme y estremecer. A ratos se limita a subir y bajar las puntas de las uñas por el surco que hay entre mi vientre y mis muslos, es decir, por la hendidura de la ingle. Evita mi sexo con gran diligencia y sumo cuidado.

Pero yo no puedo contenerme. Tengo la sensación de que ha anulado mi capacidad de pensar.

Está hinchado, tenso, abierto y estirado por culpa del deseo insatisfecho que lo atormenta. Es como si estuviera haciendo pucheros entre mis muslos. Los jugos le hacen relucir y ansía con tal desesperación que le preste atención que prácticamente está hirviendo.

Me muero por correrme y por sentir cualquiera de sus partes ahí abajo.

Un dedo. La lengua. La polla. A pesar de todo, en algún lugar en lo más profundo de mi fría y racional conciencia, reconozco que, aunque Andrew me pone a cien por hora, este interludio es para él; el objetivo es que tenga el control, que se pierda en el juego y que olvide así lo que le depara el futuro.

Mi intensa frustración, el tormento que supone el rechazo temporal... no son

más que agradables obsequios que puedo ofrecerle para distraerle.

Separo más los muslos, presiono las caderas contra la sábana y levanto el sexo.

Me exhibo ante él mostrando una sumisión absoluta, haciéndole saber que toda mi carne es suya, de la cabeza a los pies, y que puede hacer con ella lo que le plazca.

Finalmente se recuesta. Tiene los ojos nublados, no sé si a causa de la lujuria o de esa cosa odiosa que lo aflige. Cuando se quita el albornoz deja al aire una erección impresionante: su vital y poderosa polla irradia vida y fuerza. Al volver a inclinarse sobre mí para besarme los huesos de la clavícula y trazar círculos con los pulgares en mis pezones, la ardiente barra de masculinidad se arrastra sedosamente por mi muslo.

—Ojalá dispusiéramos de más tiempo —susurra con rudeza antes de coger un condón del cajón de la mesilla—. Me encantaría volverte loca de placer. Dedicarte horas y horas. Hacer que te corrieras una y otra vez... —No deja de hablar, con tranquilidad y una ira reprimida ante su destino, para ponerse el preservativo—. Te arrastraría a tal extremo de lujuria que no te acordarías ni de tu nombre y cuando te corrieras se te quedaría la garganta en carne viva de tanto gritar.

No logro contenerme y salgo de mi papel para decir:

—Eso me lo pones por escrito.

Se hace el silencio. Me daría una patada si me llegaran las piernas.

Entonces Dimitri se echa a reír a carcajadas y prácticamente se desploma entre mis muslos.

—Ay, qué graciosa eres, mi bella Katia. ¿Qué haría yo sin ti? —Me da un beso rápido y vehemente en los labios, después se coloca en mi entrada y comienza a empujar—. Nos lo vamos a pasar de lo lindo cuando se pase toda esta basura. Vamos a chingar como conejos y a disfrutar con todos los juegos sexuales con los que hemos soñado... y después con algunos más.

Me dedica un gruñido feliz y resuelto antes de penetrarme.

Por un momento me distraigo tanto pensando de nuevo en la terrible experiencia que le espera a Dimitri que corro el riesgo de quedarme sin mi tan ansiado orgasmo.

Pero entonces su mera presencia, su peso, su olor, su dureza, su cálido aliento contra mi cuello... todo ello conspira para que se produzca. Mi sexo se abre como una flor alrededor de su polla. Como soy incapaz de sujetarle entre mis brazos, engancho mis piernas a las suyas, levanto las caderas y empujo una y otra vez contra él la pelvis y mi sexo, que no cesa en sus espasmos.

Dimitri me embiste con la misma fuerza, me pone una mano en el trasero y me empuja como si la fuerza de sus embates le sirviera para librarse

de los temores y la incertidumbre.

Arremetemos el uno contra el otro como auténticos animales, tal y como hicimos hace un rato, regresando así al espacio luminoso y purificador del placer, de la desesperación y del orgasmo compartido.

Es evidente que a este ritmo no podemos durar mucho. Me aproximo a otro clímax agitado que me deja sin aliento y, justo cuando lo alcanzo, siento que Dimitri también llega a su cima. Mientras se vacía dentro de mí, sus gemidos y rugidos conforman un grito potente de oscura emoción.

Después me desata y nos desenganchamos.

Permanecemos los dos en silencio, sumidos en nuestros pensamientos como los supervivientes de un huracán. De un bombazo siento que Dimitri es una persona que apenas conozco, y de hecho así es, la cabeza se me llena de pensamientos y emociones confusas que apenas puedo procesar.

Me concentro en la sucesión de los hechos para intentar entender la situación. Uno: me veo envuelta en un enrevesado juego sexual. Dos: en el transcurso del juego, reviví mis sentimientos por un hombre atractivo, brillante y glamuroso. Tres: empiezo a preguntarme si hay alguna oportunidad de establecer una relación seria y duradera con el mencionado hombre atractivo, brillante y glamuroso.

Cuatro: descubro que la vida del mencionado hombre atractivo,

brillante y glamuroso corre peligro y, puesto que no ha pasado el suficiente tiempo como para conocerlo de veras, aunque estuviéramos juntos en el pasado, no puedo exigirle nada. Ni tengo derechos como amante para insistir en que me permita ayudarlo.

Me entran ganas de gritar, de cogermela una rabieta y de romper todo lo que encuentro en esta preciosa habitación en la que tanto hemos compartido. Pero no puedo.

Debo mostrarme serena y tranquila, no montar escenas. Fingir sensatez y ser indulgente con Dimitri, que lógicamente no puede pensar con claridad ante una situación así. Transijo lloriqueando a escondidas en el baño y al salir —aseada y arreglada pero muy incómoda, pues soy consciente de que tengo puesto el vestido de anoche y de que no llevo bragas—, le dedico a Dimitri una sonrisa en la que espero reflejar serenidad y apoyo, sin que resulte avasalladora.

Todavía está en albornoz, pero ya ha sacado las maletas y las está haciendo. Tiene una expresión compleja y nostálgica, rociada, incluso ahora, con una pizca de deseo.

¡Ojalá no nos hubiéramos encontrado en un momento tan chungo! En otra situación, ¿quién sabe qué nos hubiera deparado el destino?

—En... ¿En dónde te van a operar? ¿Cómo vas a ir? Supongo que no

puedes conducir.

Suspira, pero no se muestra distante conmigo y eso me alivia. Nos sentamos un momento y me cuenta, en términos generales, lo que va a pasarle. Se niega a revelarme en qué hospital va a ingresar, pero por lo visto es un prestigioso centro de fama internacional, una clínica privada donde va a recibir los mejores cuidados.

Me entran ganas de insistir, de rogarle que me dé más detalles y que me permita acompañarle, pero ya hemos pasado por eso y, aunque sea el pensamiento más doloroso y terrible del mundo, si puede que estos sean los últimos instantes que pasamos juntos, prefiero evitar todo tipo de conflicto o discusión.

—Eres una buena persona, Katia —afirma de pronto tomando mi mano entre las suyas—. Es evidente que te estás conteniendo mucho para no freírme a preguntas, ni tratar de sonsacarme información, ni ponerte hecha un basilisco ante mi actitud. Eso me hace adorarte aún más de lo que ya te adoro. Lleva mi mano a sus labios y la besa con una ternura infinita.

—Eres muy especial, excepcional, siempre lo has sido y cuando supere todo esto creo que podremos tener algo que también sea muy especial, excepcional. —Presiona su cálido rostro contra mi mano y siento el cosquilleo de su barba de tres días.

Sigue hablando sin mirarme mientras su aliento me roza la piel.

—Pero para que podamos empezar de cero primero tengo que superar esto. No quiero que pases por lo que tuvo que pasar mi madre. La enfermedad de mi padre extinguió su vida y acabó con su creatividad. —

Hace una pausa y aprieta los dedos hasta casi hacerme daño en los huesos de la mano—. Juré que nunca le haría eso a una mujer que me importara. Jamás. Mi padre fue un paciente caprichoso y desagradecido que la culpó de sus desgracias. —Vuelve a besarme la piel—. Te garantizo que cuando llegue la hora de la verdad no seré como él.

Quiero decirle que sé de corazón que no se parecerá en nada a su padre, pero siento tal dolor por dentro que soy incapaz de pronunciar palabra.

Cuando Dimitri se yergue y veo en sus ojos el brillo de lágrimas contenidas con furia, en lugar de hablar me limito a extender los brazos hacia él y envolverle en un abrazo. Nos besamos y abrazamos durante un rato.

Teniendo en cuenta todo lo que hemos hecho en esta habitación, me extraña que resulte tan asexual.

Pero dura poco porque se le hace tarde. Suena el teléfono y deduzco por lo que dice Dimitri que un coche vendrá a recogerle en menos de una hora... y aún tiene que afeitarse, vestirse y hacer las maletas.

Los dos nos ponemos de pie con cierta extrañeza.

—Te acompaño a tu habitación —sugiere cogiendo unos vaqueros de la maleta.

—No, no hace falta. No te preocupes. —Siento como si un piolet estuviera haciéndome trizas el corazón, pero logro mantener la compostura —. Aún tienes que hacer las maletas y todo eso. Creo que es mejor que me vaya.

Hago ademán de dirigirme a la puerta temiendo derrumbarme en cualquier momento. En lugar de los vaqueros, coge una camisa.

—Toma... una especie de chaqueta. Póntela encima del vestido.

Casi me vengo abajo. ¡Es tan atento! Trata de que llame menos la atención con el vestido, que obviamente es para salir de fiesta, ir a cócteles y demás. Al introducir los brazos en la camisa, me envuelve su fragancia.

Junto a la puerta nos damos otro beso apasionado y, mientras nos abrazamos, me susurra al oído:

—Pasará pronto. Creen que será una operación sencilla. Podría empezar la recuperación en dos o tres semanas. Entonces te llamaré.

Mi corazón grita asustado: ¿Y si no me llama, qué significa?

Pero yo permanezco en silencio, saboreando los últimos momentos entre sus brazos.

Tras un último y prolongado beso, abro la puerta. Se queda observando

cómo me alejo por el pasillo y, cuando me giro para echar la vista atrás por última vez, casi me muero al verle: descalzo, con el albornoz oscuro está guapísimo y tiene un aspecto muy juvenil. Nos despedimos tímidamente con la mano, doblo la esquina a toda mecha y corro hacia las escaleras en lugar de hacia el ascensor. No dejo de correr hasta que llego a mi planta. Cierro la puerta en silencio mientras se me caen las lágrimas que he logrado reprimir hasta este momento.

CAPÍTULO TRECE

Katia

Me siento muy aturdida. Es como si yo también hubiera pasado por quirófano. Como si me hubiera sometido a una operación para alejarme de los altibajos de la realidad y de la existencia.

He sido tan idiota de pedir unos días en la universidad porque pensé que sería incapaz de concentrarme, pero ahora tengo demasiado tiempo libre.

Debería haber ido a la biblioteca o a la universidad de todos modos para estar ocupada, pero en lugar de eso me he quedado en casa y me limito a dar vueltas por el piso intentando recrear en mi imaginación todas las cosas que Dimitri y yo hemos hecho juntos. Si logro sumergirme en los preciosos recuerdos que tengo de él (algunos de una sensualidad sublime), es posible que logre olvidarme de los pensamientos que me atormentan sobre lo que le va a suceder o lo que puede que ya le haya ocurrido.

Ni siquiera puedo consolarme pensando que tanto sufrir por mi amado me ha alejado de la comida y me ha hecho adelgazar un poco. Todo lo contrario.

La nevera me tienta constantemente y, para distanciarme de ella, me veo obligada a salir del piso y vagar sin rumbo fijo por las calles. Miro a transeúntes y escaparates, pero solo veo a Dimitri, Dimitri, Dimitri...

Por la mañana acabo viendo en la tele un capítulo de *Urgencias*, una serie que me había prometido a mí misma no ver, y me vengo abajo. Me da igual lo que diga. Tengo que ir a verle. En el fondo estoy segura de que quiere que esté con él o al menos eso es lo que me digo mientras marco el número y pregunto por la única persona que conozco que quizá pueda indicarme en qué clínica u hospital se encuentra.

—Soy Carla —dice una voz cálida y agradable, que me produce tal alivio que casi se me saltan las lágrimas. No es Dimitri, pero es alguien que le conoce, confío en ella.

—Ah... eh... hola. Necesito que me hagas un favor, necesito saber en qué hospital esta Dimitri.

—Iba a llamarte ahora mismo. ¡Qué coincidencia! ¿Para qué quieres saberlo?

¿Iba a llamarme? Un miedo de una negrura terrible me agarra las entrañas. Me dejo caer en la silla.

—Sí, soy yo. Dimitri y yo hemos estado saliendo más o menos... Estuve en el Saberle la semana pasada. —Siento que estoy al borde de un ataque de nervios y que me falta poco para echarme a llorar, así que hago un enorme esfuerzo para mantener la compostura—. Sé que le van a operar o que le han operado ya, pero me dijo que no me pusiera en contacto con él, lo que pasa es

que necesito saber cómo está, aunque él no quiera que lo sepa...

Mi voz suena desesperada, ridícula, al borde de la histeria, pero Carla responde con ternura.

—Dimitri es un hombre muy inteligente, pero en este caso se está comportando como un imbécil integral. Me parece una crueldad que no te mantenga informada. Es como una mula, empeñado en hacer las cosas a su manera... —Se detiene un instante—. Ay, disculpa. Me estoy yendo por las ramas. Lo averiguare por algo soy periodista de investigación. Te llamo cuando sepa algo.

Cuelgo algo aliviada porque sé que si alguien puede lograr encontrar algo esa es mi hermana. Al rato suena el teléfono de nuevo.

—¿Katia? —me dice mi hermana.

—Sí, dime. ¿Has averiguado algo?

—Sí, ya le han operado. Fue anteayer y parece que ha ido de maravilla.

Fue una operación sencilla, sin complicaciones, y el cirujano logró quitar la parte que no se pudo quitar la vez anterior, por lo que en principio no debería regenerarse —me dice. Me la comería a besos.

No puedo ni hablar. Las lágrimas resbalan por mis mejillas. Mi corazón revolotea de alegría y siento que yo también estoy flotando. Llora sin parar, mientras sonrío al teléfono como una idiota.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Carla—. ¿Me has oído? Dimitri va a ponerse bien. Su enfermera me ha dicho que se está recuperando estupendamente. Todavía tiene dolor posoperatorio y está exhausto, pero por lo visto eso es normal. Sus terribles dolores de cabeza desaparecerán y en principio parece que su visión no se verá afectada a largo plazo. Seguirá teniendo que llevar gafas, pero siempre las ha llevado.

—Ah, qué alivio —logro pronunciar esas pocas palabras antes de volver a lloriquear como una tonta—. Te quiero.

Carla espera a que me desahogue un poco, o por completo, y comenta:

—Escúchame, ¿por qué no te vienes conmigo a Londres y le hacemos una visita? Estoy segura de que le encantará que aparezcas allí y se olvidará de esas absurdas ideas de «pasar el trago él solo» y demás tonterías de machito. Vente. Me vendría bien que alguien me acompañara. Saul va a conseguirme una habitación en el hotel de un amigo; le cuesta lo mismo reservar una habitación que dos.

Me imagino la cara de Dimitri: seria, grave, empeñada en salirse con la suya. ¡Pues a la mierda, colega!

No me importa que me des órdenes en la cama, de hecho me encanta, pero a este respecto pienso hacer lo que me dé la gana y tú tendrás que aceptarlo.

—Qué gran idea. Gracias. Me encantaría ir contigo. Tengo que verle, diga lo que diga. Me da igual que se enfade conmigo. Correré ese riesgo. — También correré el riesgo de llamar a casa de mi profesor, el viejo Johnson, para decirle que me voy un día o dos a visitar a un amigo enfermo—. ¿A qué hora te marchas? ¿Haces escala?

—Si, nos vemos en un par de horas en el aeropuerto.

Cuando cuelgo el teléfono me pego unos bailes por la habitación cantando incoherencias. ¡Dimitri está vivo! ¡Está bien! ¡Y puede ver! Carla resulta ser una compañera de viaje estupenda. Ya no recordaba cómo era viajar con mi hermana. Para que deje de preocuparme sobre cómo reaccionará Dimitri cuando aparezca en el hospital, me agasaja con las anécdotas más picantes de la redacción donde trabaja y el Saberle sobre el que está haciendo un reportaje. Me deja a cuadros. Por lo visto se ha ganado la reputación que tiene a la fuerza, pues la mayoría de los rumores sobre fiestas sexuales, actividades exóticas y habitaciones «especiales» con instalaciones «especiales» no son más que la punta del iceberg de la salvaje y escandalosa verdad.

—Yo era una chica bastante inocente hasta que conocí a los Stone y a mi novio —confiesa alegremente Carla—, pero ahora soy una vieja verde, ¡y me encanta!

Me dedica una sonrisa y un guiño antes de centrarse de nuevo en la carretera y acelerar con suavidad y confianza.

Tras replicar que no es ninguna vieja, me paro a pensar cómo será estar con un hombre tan exótico y con tanto apetito sexual como su novio Saul el atractivo morenazo semental que me sirvió en el Lawns Bar, la primera vez que lo visité con Dimitri hace, lo que parecen, cien años pero son solo diez. «¿Cómo será estar casada con un hombre glamuroso y con tanto apetito sexual como Dimitri?», pregunta en mi interior una pícara y peligrosa voz antes de que pueda reprimirla. Es ridículo. Tan solo nos hemos relacionado en nuestros dementes juegos eróticos. La cruda realidad es que si ni siquiera he logrado que admita que es Thor, muy lejos estoy de explorar sentimientos más profundos y duraderos. Aunque hubo esperanza, ¿no?, en aquellos últimos momentos antes de que se marchara...

—¿Qué piensa Dimitri del Saberle? —pregunto para distraerme de mis pensamientos—. Debe de ser extraño trabajar en una especie de hotel del sexo y que tu primo venga a alojarse en él.

—Bueno, en realidad, Dimitri no es exactamente mi primo. Es el primo segundo de mi novio, así que, técnicamente, es una especie de primo lejano. Ni siquiera sabía que el Dimitri de su familia era el Dimitri del pueblo hasta que llamó al hotel diciendo que venía a pasar unos días y que si teníamos

habitaciones libres.

—Ah, vale.

—Le gustó el ambiente en cuanto llegó la primera vez. Le va la marcha, no cabe duda. —Vuelve a mirarme un momento de reojo, lanzándome una mirada desafiante—. No llevaba aquí ni dos días y ya estaba hablando de una mujer espectacular que había conocido hacia años con la que quería tener una relación y pasar un rato en el Saberle. Y ahora entiendo que desaparecieras esa semana y me dejarás sola.

¡Vaya!

—Cuando dices que «le va la marcha»... ¿te refieres también a mandar notas anónimas y correos de contenido sexual, quizá? ¿Retos explícitos y ese tipo de cosas?

—Oh, sin duda. Me atrevería a decir que ese comportamiento encaja con su forma de ser: es un hombre muy sensual, a la vez que sutil y travieso.

¿Por qué, te ha enviado algo?

Le ofrezco un prudente resumen de los mensajes de Thor y se ríe encantada.

—¡Oh, qué exquisitez! Suena divertidísimo. Pero me parece muy mal por su parte que no confiese. Cuando se mejore vas a tener que echarle la bronca, ¿no te parece? Darle la vuelta a la tortilla. A los hombres les gusta

que les metan caña de vez en cuando. Hasta los machos alfa más varoniles agradecen que, para variar, sea la mujer la que les domine.

Me pregunto cómo sería eso.

Carla selecciona unos temas de jazz en el mp3 del coche y nos sumimos durante un rato en un distendido silencio. Me planteo la idea de echarle la bronca a Dimitri. Me la planteo seriamente.

Pero cuando por fin le veo, no me apetece echarle ninguna bronca.

Llegamos a la clínica por la tarde. El centro es privado y está impoluto; es un remanso de paz tan lujoso que parece un hotel. No es el Saberle, claro, pero es bastante elegante.

Como Dimitri se está recuperando con rapidez, han vuelto a instalarlo en su habitación individual, aunque bajo una supervisión rigurosa. Tras presenciar la tranquilizadora conversación de Carla con la enfermera jefe y lavarme las manos con gel desinfectante, me permiten entrar a verlo. Lo encuentro tumbado de lado en una cama amplia y blanca; parece un héroe de guerra herido. Hay una luz tenue y la televisión, cuyo volumen está muy bajo, emite uno de mis programas de polis favoritos, pero parece que Dimitri está dormido porque tiene los ojos cerrados. Todavía tiene la vía de un gotero enganchada en un brazo pero, aparte de eso, no veo ningún otro tubo o cable que me alarme.

A la luz parpadeante de la silenciosa televisión, su piel parece un poco pálida y etérea.

Lleva un gorro blanco de punto —supongo que para mantener el vendaje bien sujeto—, y siento una punzada momentánea por la pérdida de sus bonitos rizos negros. Está algo demacrado y tiene unas ojeras considerables, pero por lo demás sigue siendo el atractivo hombre del que me enamoré. La palidez de su piel y la blancura del gorro hace que sus gruesas pestañas oscuras parezcan aún más largas de lo que ya son; descansan sobre las pálidas mejillas como imponentes arcos más negros que el carbón. La temperatura en la habitación es cálida y su pecho desnudo sobresale de la ropa de cama que cubre sus extremidades inferiores.

Me acerco de puntillas a la cama para no despertarle.

—Eres una niña muy desobediente y traviesa. Ojalá tuviera fuerza para darte unos azotes por desafiarme.

La sorpresa me hace estremecer. Estoy segura de que no ha abierto los ojos. Aunque su familiar voz ahora suena ronca y un poco aflautada, sigue cargada de sorna. Diga lo que diga, sé que se alegra de que haya venido. Y aún estoy más segura cuando abre los ojos y sus azules profundidades, despejadas y serenas, irradian alegría.

—Ya me conoces... Soy incapaz de hacer lo que me ordenan.

Me hace tan feliz verle y saber que se va a poner bien que me entran ganas de sonreír de oreja a oreja.

Tímidamente extendiendo el brazo para cogerle de la mano, pero se me adelanta y toma la mía. Sus dedos calientes me agarran con una fuerza que me reconforta.

Al sonreír se le ilumina la cara y adquiere un aspecto menos demacrado, más normal. A pesar de su gorrito blanco y de la ausencia de rizos, su belleza me resulta tan exquisita que prácticamente me intoxica.

—¿Qué te parece mi nuevo atuendo? Sexy, ¿verdad? —Eleva sus negras cejas—. Me temo que mis largos mechones han desaparecido. Decidí que quitármelo todo quedaba más macho que andarme con medias tintas.

—Seguro que estás de lo más masculino. Un hueso duro de roer hasta para la Marina. Estoy segura de que en uno o dos días ya estarás listo para someter insurgentes o algo así. O para asaltar a alguien.

—No podría asaltar ni a una ancianita en el estado en que me encuentro ahora mismo.

—No tardarás en encontrarte mejor. La enfermera dice que te estás recuperando muy rápido y que te darán el alta pronto.

No puedo parar de sonreír, de contemplarle y de empaparme de él. Y de amarle. No sé lo que le deparará el futuro, ni si yo formaré parte de él, pero

ha sobrevivido, va a ponerse bien y eso fue lo que imploré.

Sus dedos, fuertes y vitales a pesar de todo, se aferran a los míos.

—Me alegro de que hayas venido —añade sin más—. Olvida lo que te dije. Olvida lo tonto que fui por decir que tenía que superar esto solo y que no quería que me viesen débil.

Lleva mi mano a sus labios y se los frota brevemente. No lo hace con demasiada fuerza, pero siento que le pone todo el empeño.

—Aunque me siento más débil que nunca, en la vida me he alegrado tanto de ver a alguien.

Me deja muda. No tengo palabras.

Y no tanto por lo que ha dicho como por su mirada: sus sentimientos afloran a sus ojos con una claridad que no había visto jamás, a pesar de que supongo que aún me ve borrosa.

Le importa. Le importo yo. Puede que hasta me ame.

Le dedico una sonrisa bobalicona y poso mi mano sobre la suya, que está a su vez sobre mi otra mano. Tengo ganas de estrecharlo entre mis brazos, estrujarlo... pero no puedo sobarlo como me gustaría porque de momento está frágil. Sin embargo, cuando todo esto pase y él se encuentre mejor, me entregaré por completo y más, del modo que él prefiera.

—Ha venido mi hermana. Me trajo ella. ¿Quieres verla?

—Sí, quiero darle las gracias por traerte. En cuanto termine de charlar con ella quiero que vuelvas, *ipso facto*.

Está cobrando fuerza, se está poniendo chulo. El Dimitri sexy y seguro de sí mismo que tanto me gusta regresa a grandes zancadas.

—Es que nos dijeron que solo podíamos estar diez minutos cada una, que eso era todo por hoy.

—Que les den —declara alegremente restregando el pulgar en la palma de mi mano con una zafiedad y una lascivia estudiadas. Jamás esperarías algo así de un paciente que se está recuperando de una operación de cerebro—. Esta habitación me cuesta una fortuna. Lo mínimo que pueden hacer es concederme algún capricho.

El deseo se despierta en la zona baja de mi vientre, y me siento horrorizada conmigo misma por ponerme cachonda en una situación así. Podría haberse muerto y aquí estoy yo, fantaseando con apartar la sábana y subirme encima de él en esta habitación de hospital. ¡Madre mía, me estoy haciendo ninfómana!

Los ojos azules de Dimitri brillan, y están tan despejados que prácticamente puedo leer sus pensamientos. Y estoy segura de que él acaba de leer los míos, pues me guiña un ojo:

—Sí, lo sé... Yo también he fantaseado siempre con hacerlo en un

hospital, pero desde que me perforaron el cráneo me vigilan atentamente. —
Se encoge de hombros y vuelve a acariciarme la mano—. Y, aunque no
vinieran a controlarme cada cinco minutos como parece que hacen, me temo
que no estaría preparado. Mi espíritu lo desea y ciertas partes de mi cuerpo
muestran interés...

Lanza una mirada a su ingle. En el hospital ponen tanta ropa de cama
que no se ve gran cosa, pero mi imaginación me ofrece una imagen deliciosa
de su magnífico pene durmiente desperezándose.

—Pero el resto de mí se siente como si le hubiera pasado por encima
una apisonadora y no me gustaría defraudar a mi amada reina de los juzgados
con una actuación que no alcanzara la excelencia.

—Puedo esperar. Puedo contenerme... más o menos.

Y puedo tocarme esta noche en la intimidad que me ofrece mi
habitación de hotel pensando en el feliz día en el que Dimitri vuelva a estar
en forma.

—No lo dudo, señorita Álvarez —replica con malicia mientras deja
caer nuestras manos enlazadas sobre la colcha.

Es evidente que se encuentra agotado pero, teniendo en cuenta que le
acaban de operar, me sigue pareciendo un misterio lo espabilado y lo
recuperado que está.

Es como si le acabaran de quitar un gran peso de encima y se abriera ante él todo un mundo de ilusiones y posibilidades.

—Pero ¿qué probabilidades hay de que caigas en la tentación cuando vuelvas a estar sola? Sé que eres una mujer extremadamente carnal, Katia. No permitirás que una minucia como el no tener un hombre a tu lado te impida hacer lo que hay que hacer.

Se le ve cansado pero reserva energías para guiñar un ojo y sonreír.

—No sé a qué se refiere, capitán —objeto remilgadamente antes de entrecerrar los ojos y dirigirle una mirada acusadora—. Eres consciente de que Thor me llama «reina de los juzgados», ¿verdad? ¿Qué conclusiones esperas que extraiga de ese pequeño desliz?

Suelta una risita cansada.

—Puedes extraer las conclusiones que desees, querida —responde con suavidad—. Pero es muy imprudente dar las cosas por sentado, así como sacar conclusiones precipitadas. De hecho, actuar de ese modo puede meterte en un buen lío y, en tal caso, quizá me vea obligado a intervenir en cuanto me recupere.

La excitación revolotea en mi vientre. Le imagino totalmente repuesto, en forma y vigoroso dándome azotes tal y como hizo en el Saberle.

Mi sexo se retuerce de dolor y anhela su mano, su fuerza, su polla. Sé

que no iba de farol cuando, al llegar, me amenazó con darme unos azotes.

—Tengo muchas ganas de que llegue ese momento...

Ya estoy sin aliento y lo único que ha hecho ha sido formular una sugerencia. Una promesa. Cuando este hombre vuelva a la carga, voy a ponerme tan cachonda que me voy a derretir como si fuera gelatina.

—¿Y esta noche? ¿Tienes ganas de que llegue esta noche?

Sigue sujetándome la mano. Le da la vuelta y vuelve a jugar con la palma y a hacer ese movimiento tan sugerente que hace con la yema de los dedos.

—Sola en tu habitación de hotel... Te quedas en la ciudad. —Por un momento parece un poco perdido, como si la idea de que me marchase le hiciera daño—. ¿Verdad?

—Sí, el novio de Carla se ocupó de ese asunto. Logró que uno de sus contactos nos reservara con muy poca antelación dos habitaciones estupendas en uno de sus hoteles.

—Bien —continúa Dimitri mucho más animado—, porque esta noche voy a imaginarte en tu estupenda habitación de hotel, desnuda, espléndida y despatarrada en la cama masturbándote y fantaseando con las cosas que voy a hacerte cuando el médico me dé vía libre.

Le deseo tanto, que me he quedado muda. Es una locura; está

convaleciente en la cama de un hospital y aun así puede ponerme más cachonda de lo que ningún hombre me ha puesto en la vida.

Sus bellas pestañas descienden. Por muchos comentarios traviesos que haga y por mucho que mantenga esa sonrisita suya, subversiva y picarona, sé que está cansado.

—Lo digo en serio —susurra en voz baja—. Espero que esta noche te toques en mi honor. —Su lengua rosada recorre sus labios—. Y sería una buena idea que cuando acabes, lo escribas todo y se lo envíes a nuestro amigo Thor para que lo lea la próxima vez que consulte su correo electrónico.

Tengo ganas de tocarme ahora mismo. De hacer guarradas y groserías para alegrar a mi héroe herido y hacerle sentir mejor. Deseo satisfacer la deliciosa lujuria que me inspira una y otra vez, una y otra vez.

—Pero es que no he traído el portátil.

Dimitri tiene los ojos cerrados. Mi mano está posada en mi muslo y asciende hacia mi ingle con los dedos extendidos. Se acerca más y más.

—Pues en tal caso tendrás que hacerlo a la antigua: con papel y boli.

Tal y como empezó él.

Al imaginar palabras estimulantes bailando sobre el papel azul me entran ganas de proferir gemidos, pero entonces un brusco golpe en la puerta me hace pegar un brinco, Dimitri abre los ojos de par en par y se echa a reír,

consciente de todo.

La enfermera de Dimitri asoma la cabeza por la puerta.

—Me temo que se acabó el tiempo, señorita Álvarez —advierte jovialmente—. Dejaré que la otra señorita Álvarez entre unos minutos y después será hora de dormir, jovencito.

Es una mujer de mediana edad muy británica, muy enérgica.

Seguramente sea un trozo de pan, pero no creo que consienta ninguna tontería a sus pacientes por muy guapos y persuasivos que sean.

Dimitri me besa los dedos y, seguidamente, con una fuerza asombrosa y casi febril, me arrastra hacia él y se incorpora para acercar sus labios a los míos. Cuando su boca entra en contacto con la mía, siento que está ardiendo; a pesar de la presencia de público, su sensual lengua empuja con insistencia para entrar en mi boca. Seguramente no deberíamos besarnos así por temor a infecciones y cuestiones por el estilo, pero durante unos segundos juguetea y me provoca desde su cama, dominándome por completo.

—¡Capitán! ¡Por favor! ¡Basta ya! —le reprende la enfermera.

Su indignación rompe el hechizo y nos separamos con gran reticencia.

Poco después estoy mirando a Dimitri desde la puerta. Al parecer nuestro apasionado beso le ha dejado agotado, pero sus ojos están radiantes, brillantes, cristalinos con una expresión dominante que me resulta exquisita.

—Hasta pronto, abogada —murmura—. Acuérdate de escribir esa carta.

—Hasta pronto, capitán Buenorro.

Le oigo reír en voz baja mientras salgo pitando de la habitación. Me marcho al borde de las lágrimas, pues deseo con todas mis fuerzas quedarme. Para siempre.

Después de un breve rato en la elegante sala de espera dándole vueltas y más vueltas a la cabeza, y cabreándome por momentos, me permiten volver a entrar en la habitación de Dimitri. Solo me dan dos minutos, ni un segundo más, pues las enfermeras tienen que hacer no sé qué cosas antes de que se duerma.

Esta vez no nos dejan a solas, supongo que por miedo a que Dimitri vuelva a calentarse.

Aunque aún está despierto, tengo la impresión de que no debemos retrasar más su descanso. La enfermera nos explicó que el proceso de curación exige tanta energía como hacer deporte. A pesar del agotamiento, cuando se gira para darme la bienvenida veo que conserva un brillo malicioso en los ojos.

—Les dije que no me dormiría hasta que no volviera a verte —
murmura con una voz dulce y cariñosa.

—¡Bien hecho! —Le aprieto la mano y él me devuelve el achuchón con

bastante fuerza.

—Dios, estoy hecho polvo.

Sus sublimes pestañas vuelven a descender y parece tan reventado como si acabara de correr una maratón. A pesar de ello, sigue aferrado a mi mano.

Me inclino con cariño para tocarle la cara y acariciarle la piel. Me pregunto cómo será acariciar su cabeza afeitada y aterciopelada, pero sé que hacer ese tipo de pesquisas sería irresponsable y lo más seguro es que la enfermera no tardara en echarme de un puntapié si comenzara a fisgonearle el gorro. Así que me conformo con recorrer con las yemas de los dedos su mentón sin afeitar. Murmura algo como «Deberían haberme afeitado también ahí...», abre los ojos y vuelve a sonreír.

Acepta el beso que le doy en la mejilla sin moverse. Le susurro al oído: «Buenas noches, mi príncipe», pensando lo boba y lo empalagosa que debo de sonar y que cuando se recupere por completo quizá no le haga tanta gracia toda esta sensiblería.

La enfermera, que está detrás de mí, anuncia:

—Hora de salir, señorita Álvarez. Puede regresar por la mañana.

Pero justo cuando suelto la mano de Dimitri, y tras acariciarle en el hombro, me retiro, le oigo suspirar en voz muy baja pero intensa:

—Buenas noches, mi amor. Hasta mañana.

Al girarme junto a la puerta, tiene los ojos clavados en mí y el brillo con el que relucen está lleno de significado.

CAPÍTULO CATORCE

Katia

En mi habitación del hotel, que es extremadamente lujosa, descubro que el papel de carta es azul. Azul semimate, exactamente el mismo color que usa Thor. Tiene que ser una señal, un presagio o algo.

Después de un largo y hedonista baño en el que prácticamente acabo con todas las refinadas cremas y esencias con las que obsequia el hotel a sus huéspedes, y tras pegarle un trago a la botella de vino rosado que encuentro en el minibar, me instalo con mis hojas azules y un bolígrafo en la amplia y cómoda cama; aunque una cama sin Dimitri siempre es un suplicio. A pesar de que el baño me debería haber relajado, me noto muy confusa, crispada e inquieta. Siento como si fuera yo a quien acaban de operar del cerebro y me cuesta procesar los sucesos y emociones acaecidos la semana pasada.

Anhelo a Dimitri, pero me siento un poco culpable por tener pensamientos tan calenturientos en un momento como este. Sé que es una tontería, pero me resulta bastante raro y un poco enfermizo tener fantasías sexuales con un hombre que se está recuperando de una intervención grave.

Y masturbarme pensando en él me parece aún más enrevesado.

Pero me han dado unas instrucciones, ¿y quién soy yo para poner pegas? Al menos a él no...

Dejo a un lado el boli y el papel —la obra maestra del erotismo aún sin comenzar—, y me desato el grueso albornoz blanco con el que el Palace me ha dado la bienvenida. No llevo nada debajo. La temperatura es cálida y mi piel se ha quedado tirando a rosácea después del baño de vapor y un poco brillante por la loción corporal enriquecida con vitaminas con la que me he embadurnado después, imaginando que me estaba preparando para Dimitri. Cierro los ojos para imaginármelo y me resulta extremadamente fácil.

Aparece a mi lado; un atractivo cómplice vestido de negro. Su rebelde pelo oscuro está antes de la operación, y como volverá a estar en el futuro. Y puede ver. Ninguna lente oculta la pícara magia de sus ojos.

Me sumerjo en esa magia y le imagino tocándome: sus dedos recorren mis pechos mientras yazco inerte e inmóvil como una estatua diseñada para su diversión. Investiga cada milímetro de la piel que está al descubierto antes de quitarme el albornoz para explorar los rincones y recovecos que habían permanecido tapados hasta ese momento. Es el dueño de todo lo que toca.

Pechos, vientre, trasero, muslos, sexo... todo es suyo. Mientras imagino cómo me escudriña, pienso, también, en cómo podría describirlo en la carta.

«Me pellizca los pezones retorciéndolos entre los dedos hasta que me contorsiono y junto mis piernas para frotarme.

Me mete el dedo índice en el ombligo y siento como si me estuviera

haciendo un dedo. Para examinarme el trasero y el ano, me da la vuelta forzándome a enseñárselo todo, lo que me hace arder de lujuria y mortificación en igual medida. Juguetea en la húmeda grieta de mi sexo; no cesa de acariciar mis suaves labios, mi clítoris hinchado, mi entrada. Finalmente, me mete dos dedos hasta el fondo».

En el mundo real, soy yo la que hace todo esto: en una burda imitación de su pene, me froto el clítoris mientras me meto los dedos con insistencia. Pero como lo estoy haciendo por él, el placer crece vertiginosamente y no tardo en correrme gritando su nombre.

Sucede tan rápido y resulta tan brusco que me desorienta. Mi cuerpo ha quedado satisfecho, pero mi corazón y mi mente se siguen sintiendo desmadejados, descolocados en cierto modo, a causa de su ausencia.

Me quedo un rato tumbada limitándome a respirar y repitiéndome en silencio que esta situación es temporal. Dimitri no tardará mucho en recuperarse y no solo será capaz, entre otras cosas, de echar un polvo en condiciones, sino que también podremos sentarnos a hablar y, al menos en lo que a mí respecta, poner las cartas sobre la mesa.

Pero estoy impaciente. Quiero comprometerme ya. Sé que es una bobada, pero es lo que quiero; así que me ato el cinturón del albornoz, relleno la copa de vino y me subo a la cama con el bolígrafo y la carpeta de cuero

que contiene el caro papel de carta del hotel. Y empiezo a escribir:

«Querido Thor:

Tengo que contarte una cosa. Hay una parte que te va a gustar y otra que puede que no te guste, pero ahí va...

Estoy en la habitación de un hotel de Londres y acabo de masturbarme.

Ojalá pudiera decirte que lo he hecho pensando en ti, pero no ha sido así. Es la verdad. Mientras me tocaba he estado pensando en otro hombre. El hombre del que te comenté en uno de nuestros primeros mensajes. ¿Recuerdas el hombre cualquiera al que le había entregado mi corazón? Ese. He vuelto a verle y me he dado cuenta de que sigo enamorada de él.

Espero que no te enfades. Es atractivo, inteligente y gracioso. Y hace que yo también me sienta así. Junto a él me siento como una diosa. Tal y como tú me describes. La única diferencia es que él me hace sentir así con el poder que ejercen su tacto, sus ojos, su voz, su risa... y su increíble cuerpo cuando me folla y me acaricia.

Precisamente hace un momento estaba tumbada en esta enorme cama tocándome e imaginando que era él quien lo hacía. Llevo un albornoz grueso y afelpado, pero lo desaté y lo abrí de par en par con la intención de creer que era él quien exploraba y acariciaba mi cuerpo.

Sentía su mirada recorrerlo cual hierro candente, y el roce de mis dedos,

que se deslizaban por mi piel explorando cada rincón, se convirtió en el suyo. Hizo que me tocara por todas partes. Los pechos y los pezones. Los muslos y el trasero, por toda la raja.

Entre las piernas, en la grieta de mi sexo. Me mojé entera con tan solo pensar en él; para ello me bastó soñar con sus expertas manos explorando mi cuerpo y con sus dedos chapoteando en mi charco.

Jugueteé con mi clítoris de la misma forma como lo hace él y me metí los dedos tal y como él lo realiza.

Y cuando me corrí, lo hice por él y le llamé a gritos. Espero que mis palabras no te aflijan. Pero no puedo evitarlo; le amo. Le amo por su cuerpo y por la forma que tiene de follarme y de jugar conmigo. Le amo por su mente, porque es inteligente, juguetón y especial, y porque no se parece a ningún hombre que haya conocido. Quiero hacer cosas con él, para él y por él que jamás había querido hacer. Cosas raras que solo ahora me parecen apropiadas y maravillosas. ¿Lo entiendes? Creo que sí. Me parece que le conoces tanto como a mí me gustaría. Que lo comprendes mucho mejor de lo que me entiendes a mí o de lo que yo te entiendo a ti. Estoy metida hasta el fondo, Thor. Ya no puedo echarme atrás. Y tampoco quiero hacerlo, ni siquiera si no me ama como yo le amo a él».

¿Enviaré algún día esta carta? ¿O se la entregaré en mano al

destinatario? Por alguna razón, creo que lo haré. Seré valiente. Tendré agallas. Por él merece la pena arriesgarse.

Semanas después...

Estoy arreglándome en la habitación de la villa con el corazón a cien por hora.

Sobre la cama yace una carta de color azul cuya letra me es muy conocida. Es explícita, exquisita, y me produce sofocos, pues la temperatura aquí ya es elevada de por sí.

Estoy en un paraíso tropical, en un lugar cálido, agradable y lujoso, acompañada por el hombre que amo y deseo: Dimitri. Ya se encuentra perfectamente, se ha recuperado por completo tanto de la operación como de la amenaza que la motivó. Mi princesa Aroa está ahora con mis padres en el pueblo. He recuperado a mi hija y no puedo ser más feliz.

Repaso el contenido de la carta. Las instrucciones que incluye son bastantes concretas:

«Perfúmate con lirio de los valles». Hecho.

«Rasúrate el vello púbico como a mí me gusta». Hecho.

«Píntate los pezones con un poco de carmín y juguetea con ellos hasta que se pongan duros». Hecho... ahh, sí, muy bien hecho.

«Ponte otra vez el corsé, ese blanco tan bonito, las medias con encaje y

los tacones blancos».

Menos mal que caí en traerlo todo, ¿verdad? ¡Como para no haberlo hecho teniendo en cuenta la forma en que reaccionó la última vez que me puse ese conjunto!

En un multicolor y cálido atardecer caribeño, obedezco a mi amado y me abrocho el corsé blanco de encaje que tanta pasión le despierta. A pesar de que Dimitri siempre insiste en que tengo un cuerpo perfecto, hoy me resulta un poquito más fácil embutirme en la prenda.

Me dijo que era una niña muy traviesa y que tendría que castigarme si me ponía a dieta y adelgazaba, pero es que en la vida de toda mujer hay algunos días especiales en los que es vital estar más estilizada. En cualquier caso, sigo siendo bastante rolliza y, a juzgar por la succulenta gastronomía de la isla y el tamaño de las raciones, seguramente pronto lo seré un poco más. He de admitir que examinarme ante el espejo, además de ser necesario, me resulta placentero. Me gusta mirarme con esos adornos blancos como la nieve. Bueno, me gusta mirarme, punto. Me encanta contemplar mi cuerpo e imaginarme las manos de Dimitri recorriéndolo por completo, venerándolo, saboreándolo y dándole placer. Oh, sí, tanto placer, y de todas las maneras posibles.

También me encanta cómo lo mira él: lo contempla sin recato alguno,

disfrutando de cada detalle.

Estas reflexiones me hacen reír. Por muy bonitos que sean el corsé y sus avíos, y por mucho que me otorguen un aura de bailarina de vientre en plan el videoclip de «Like a Virgin», me da en la nariz que en los mejores locales a las chicas no se les balancean tanto las tetas ni prácticamente se les desbordan por los laterales como a mí. Y seguramente lleven tanga, mientras que mi rasurada monte de venus se exhibe en todo su esplendor.

Cojo el cepillo, levanto el brazo para peinarme y entonces, uy, se me sale un pezón; la copa del sujetador es obviamente demasiado estrecha. Tiene una tonalidad rosácea, tal y como se me ha ordenado.

Al devolverlo a su sitio me recorre el cuerpo una sacudida de placer y siento en el clítoris un hormigueo acompañado de un estremecimiento. Desde nuestra llegada a la isla me siento tan predispuesta que tengo ganas de hacerlo a todas horas, a cada minuto del día o de la noche. No sé si se debe a que alguna sustancia del polen de las flores tropicales que perfuman el aire me resulta afrodisíaca o a que amo a Dimitri con tanta desesperación que tengo ganas de tirármelo todo el tiempo.

O de hacerle otras cosas.

Acaricio el cepillo de madera que me ha regalado, un objeto antiguo muy caro, y su tacto me produce otro hormigueo en el clítoris.

Con el cepillo en la mano, compruebo el inventario por última vez.

¿Tengo el pelo reluciente y me cae por los hombros? Exacto.

¿Mi abundante pecho está a punto de desbordarse del corsé? Exacto.

¿La excitación empieza a humedecer mi cuidadosamente inexistente vello púbico? Exacto.

¿Una anticipación exquisita, que me produce un temor de lo más placentero, hace brillar mis grandes ojos? Sí, mucho.

Avanzo despacio balanceando las caderas por la apartada villa privada que hemos alquilado. A cada paso, crece la excitación y el deseo.

Ya siento la hinchazón entre las piernas y mi resbaladiza miel está a punto de rebosar, pero sé que a Dimitri le encanta que siempre esté tan húmeda. Me riñe por ser una fulana libertina que siempre está cachonda y predispuesta para él, pero en el fondo le encanta y, además, así tiene la excusa perfecta para castigarme.

Tras nuestra barandilla se ve el océano bajo un cielo con vetas rosadas y aguamarina; colores que comienzan a fusionarse con la oscuridad de la noche tropical. Las lámparas colocadas a ambos lados de la galería abierta atraen a las polillas, que revolotean junto a la luz parpadeante.

Sobre el suelo de madera hay una mesa del mismo material y un par de sillones con respaldo alto, y en un extremo de la veranda, una tumbona baja y

ancha, cubierta por una colcha de algodón a rayas de alegres colores primarios.

En uno de los sillones está sentado mi amado; otea el mar totalmente relajado. Él también va vestido de blanco —unos pantalones de lino anchos—, y tanto su pecho, que ahora apenas tiene vello, como sus pies están desnudos y bronceados.

Sin embargo, lo que hace que mi sexo se retuerza y se estremezca es lo que le cubre el rostro.

Esa máscara... La máscara de cuero que tanto mencionamos en nuestras cartas subidas de tono y en nuestros juegos sexuales. Sí, al final reconoció que era Thor, y en esa misma conversación, yo le confesé que estaba embarazada cuando lo dejamos hace años pero por desgracia lo perdí.

Todavía lloro al acordarme de su reacción, me abrazó tan fuerte que pensé que me rompería.

Una excitación perversa se agita en la boca de mi estómago y el flujo que he estado segregando se desborda y resbala por mi pierna hasta mojar el encaje blanco que remata mis medias.

Se da la vuelta como si lo hubiera olido. Es Thor y Dimitri a la vez, los dos en la misma persona. Como si mi subconsciente no lo hubiera sabido desde el principio.

Sus ojos brillan enmarcados por el cuero negro y su boca, aterciopelada y sensual, se curva apenas un segundo para esbozar una sonrisa. Aún se pone gafas de vez en cuando pero esta noche lleva lentillas. La brisa isleña despeina su pelo oscuro, que ha vuelto a crecer, aunque ahora que todavía no está tan largo como antes. Sus rizos negros le rodean la cabeza como una aureola y le hacen parecer un querubín descarriado, angélico e infernal a la par.

Sobre todo con la máscara.

—¿Quién te ha dicho que traigas eso? —Su voz es dulce y burlona, aunque es evidente que trata de parecer autoritario.

Me miro la mano y me doy cuenta de que he traído el cepillo. Yo y mis fantasías, claro...

—Nadie. Es que... Es que se me olvidó que lo tenía en la mano.

Me siento atolondrada, mareada; como si estuviera flotando o en el cielo. Y lo estoy, claro. Estoy volando.

Sujeto el cepillo con todas mis fuerzas para concentrarme en algo e impedir así que empiece a balancearme adelante y atrás, a bambolear las caderas o a tocarme.

Lo que sea con tal de mitigar la sensación intensa que inunda mi sexo.

Parte de mí desea tirarse boca arriba en la tumbona y abrirse bien de piernas

para que me penetre de inmediato. Pero la otra parte ansía nuestros juegos enrevesados y deliciosos.

Afecta un suspiro como si volviera a ser esa irritante alumna que no hay forma de que aprenda. Pero tan solo actúa. Sé que se está riendo por dentro.

Yo también sonrío en mi interior, pero para los fines de esta actuación mantengo una expresión solemne y respetuosa. Bueno, al menos por ahora. Tengo la mala costumbre de troncharme de la risa en los momentos más críticos y, cuando lo hago, él también se echa a reír, lo que provoca un caos que me fascina.

—Pues déjalo en la mesa. Sé una buena chica.

Tan instructivo. Tan cerca de la severidad. Tan lleno de amor.

Avanzo bamboleándome hacia la mesa, mis tacones retumban sobre las tablas de madera y mis pechos amenazan con desbordarse del corsé de encaje. Esto no se le escapa a sus ojos enmascarados, que no disfrazan el brillo que les provoca la excitación. Cuando le miro de soslayo la entrepierna, percibo movimientos bajo el lino blanco.

Sobre la mesa hay otros objetos que hacen que se me seque la boca y se me empape aún más la entrepierna. Juguetes para nuestro disfrute; objetos familiares que nos aportan placer a ambos.

—Ahora acércate.

Obedezco al borde del desmayo. Jamás he logrado asimilar lo maravilloso que es. Lo glamuroso que es. Creo que nunca me acostumbraré a que un hombre tan especial sea mío; a que una criatura tan singular me considere igual de especial que él y, además, tenga la capacidad de hacerme sentir así.

Bajo la máscara su boca parece aún más roja y su nariz imponente y solemne. Quiero tirarme de rodillas al suelo para venerarle. Quiero bajarle los pantalones y meterme su polla en la boca. Eso es muy probable que ocurra antes de que acabe la noche.

Permanece relajado en el sillón y de momento se conforma con contemplarme. Yo permanezco de pie, temblando, y observándole. Cada segundo que pasa estoy más pegajosa y excitada.

—Enséñame los pechos, abogada —ordena saboreando las palabras—.

Quiero ver tus preciosos pezones rosados.

Está sonriendo. ¿Será él el primero en darse por vencido esta vez?

Cohibida, pero en el buen sentido, me saca los pechos por encima del corsé.

La recia estructura ejerce una presión hacia arriba que hace que mis senos parezcan más voluptuosos que nunca y es como si exhibiera mis curvas para que él pueda examinarlas. Saca la lengua y se lame el labio inferior

como si ya me estuviera catando.

—Juega con ellos —exige.

Se remueve ligeramente en su asiento y después, encogiéndose de hombros, posa la mano sobre su entrepierna. Sabe de sobra que sé que está empalmado. ¡Tendría que taparme los ojos con una venda para no darme cuenta! Entonces, ¿por qué lo oculta?

Me toco los pezones con las manos muy temblorosas y con sumo cuidado. Estoy tan cachonda que es muy probable que un poquito más de estimulación me supere. Y así ocurre: me recorren dardos plateados desde las cumbres de mis pechos hasta el clítoris e, incapaz de controlarme, balanceo mis díscolas caderas.

—Eh, eh... —advierte el capitán Thor.

Mi pelvis continúa balanceándose como si yo ya no la controlara.

—Deja de comportarte como una niña traviesa ahora mismo. Pórtate bien —continúa hablando como un maestro sin dejar de apretarse la polla con suavidad—. Juega con tus pezones como es debido y deja de zarandear tu sexo o te meterás en un lío.

¡Un lío que no veas! Uno que anhelo, suplico e imploro.

La noche aquí es mágica; tan bella que parece de otro mundo y a la vez tan real. Me pellizco los pezones con fuerza para recordarme que no estoy

soñando. Ambos se agitan de dolor y placer.

El enmascarado me clava una mirada de advertencia y me derrito. La sedosa miel vuelve a desbordarse de mi cuerpo y, mientras se desliza por mi pierna, la lujuria me hace gemir de impotencia.

—¡Ya basta! ¡Eres una descarada! No soporto tu falta de autocontrol.

Al momento está de pie empujándome hacia la barandilla de la veranda.

—Quédate ahí. No te muevas.

Sé que se trata de un juego, pero su voz suena tan despiadada que casi me corro ahí mismo. Me cuesta muchísimo reprimir las ganas de masturbarme en el breve lapso que transcurre desde que se dirige hacia la mesa a grandes zancadas hasta que vuelve con un pañuelo de seda y el cojín del sillón en el que estaba sentado.

Dobla el cojín sobre la barandilla y me coloca sobre él de modo que mi cabeza y mis brazos cuelgan al otro lado. Mis pechos se salen aún más del corsé y la presión que ejerce este en el vientre, no muy lejos del clítoris, extiende la sensación palpitante de mi sexo hacia arriba. Cuando estoy a punto de alcanzar el clímax, me mete el pañuelo entre los dientes y me lo ata por detrás de la cabeza a modo de mordaza. Tiendo a hacer mucho ruido cuando jugamos y cuando me folla.

Me separa los tobillos para verme mejor y la suave brisa me hace

cosquillas en el sexo. Me siento tan lasciva, tan deseosa, tan expuesta... que me retuerzo de dolor. La mordaza amortigua mis gemidos. Me premia pellizcándome un pezón con una mano, mientras me mete dos dedos de la otra hasta el fondo. Empiezo a balancearme pero se retira murmurando: «Todavía no».

Se dirige de nuevo a la mesa. Quedo a la espera, suspirando por él.

Cuando regresa, me penetra con rapidez, apremio y casi violencia. Pero no me penetra con su cuerpo.

No, es un juguete: dos pesadas esferas de vidrio atadas con un cordel de seda. Es uno de mis favoritos. Incapaz de soportarlo más, me corro violentamente mientras mis músculos internos sujetan con fuerza a las provocativas intrusas y mis gemidos se reducen a un torpe gorjeo tras la mordaza.

—Ya te he advertido sobre tu falta de autocontrol, ¿verdad?

Su voz es como terciopelo en mi oído. Me pellizca la nalga a la vez que me frota el clítoris y, al volverme a correr, las bolas se remueven dentro de mí.

Lloriqueo reprimida por la obstrucción que me ha colocado entre los dientes y, cuando se acerca a mí, noto algo duro y ligeramente punzante que no es él. Me percató de que se ha metido el cepillo en el cinturón de los

pantalones.

No permanece ahí mucho tiempo. Poco después, mientras mi sexo sigue estremeciéndose al borde de la convulsión, comienza a azotarme con él. Me retuerzo y me zarandeo sujetándome a la barandilla con una mano y frotándome descaradamente con la otra. No creo que le importe; de hecho, seguramente le gusta. No me está golpeando con fuerza, tan solo es un juego, los azotes son en broma, pero aun así pican y generan calor. Más calor. Un calor sofocante que invade mi empapado sexo, y se acumula allí hasta quemarme.

Entonces decide que ha jugado suficiente por hoy. Musita un jovial «A la mierda», tira el cepillo a un lado y me saca con brusquedad las pequeñas bolas de cristal del sexo.

Un segundo después, mientras estiro los brazos para intentar acariciarle, se baja los pantalones blancos, coloca su polla a mi altura y me penetra. Me llena con un apremio implacable y repentino y me vuelvo a correr; mi cuerpo ya no se aferra al frío vidrio inanimado, sino a él.

Entre oleadas de gozo, me sujeto a la barandilla con una mano y con la otra busco a tientas los músculos en tensión de su pierna. Él también se agarra a la barandilla mientras busca mi clítoris entre mis piernas.

La cópula dista de ser elegante. De hecho, en el ocaso tropical debemos

de dar bastante la nota: los dos abalanzándonos, empujándonos, embistiéndonos y deslizándonos el uno contra el otro; yo con el pecho colgando por fuera del corsé y él con el trasero al aire, apretando los músculos para embestirme y follarme. En plena melé desata el pañuelo para liberar mis gritos de placer, que invaden el majestuoso cielo crepuscular. Finalmente, y bastante rápido, alcanzamos lo inevitable, y no soy yo la única que aúlla, gime y grita: «Te quiero». No soy yo la única que se corre, ni la única que lo hace con la persona que adora.

Poco después, estamos tumbados en la tumbona contemplando las estrellas que salpican el cielo azul marino, desnudos bajo la colorida colcha. Bueno, casi. Yo todavía llevo las medias puestas, pero el corsé está tirado por el suelo junto a mis zapatos, los pantalones de Dimitri, el cepillo y las bolas del amor.

—Entonces, ¿mañana volvemos a casa? —Acaricio a oscuras el rostro que tanto adoro, impresionada como siempre por su elegante perfil.

Hace rato que se apagaron las luces, pero aquí fuera el ambiente es tan romántico que a ninguno de los dos nos importa.

—Sí, pero regresaremos —contesta, añadiendo otra chispa cálida de felicidad a las que ya siento. Me abraza con cariño apretando el brazo por mi cintura.

Será agradable volver a casa y recuperar nuestra vida cotidiana, aunque en realidad cada día es especial con Dimitri. Yo volveré a la universidad ya que mi beca ya finalizo, y él volverá al trabajo, pero en un despacho. De momento viviremos en mi piso. Estamos un poco apretujados, pero en breve empezaremos a buscar una casa.

Se gira hacia mí y, a pesar de las sombras color añil que nos rodean, veo cómo le brillan los ojos. Pienso en lo que podría haberle pasado y reprimo las lágrimas. Lo rodeo con los brazos y lo abrazo con la misma fuerza con la que él me aprieta contra su cuerpo.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta dándome un beso en la frente, otro en la mejilla y otro en los labios.

—Estoy bien, mi capitán, muy bien.

En realidad estoy más que bien porque siento cómo su siempre dispuesta polla vuelve a ponerse dura junto a mi cadera. La tumbona no está nada mal, pero dentro tenemos una cama de columnas cuyas sábanas cambia a diario el servicio de habitaciones.

—¿Quieres que entremos y... eh... nos encarguemos de esto en un entorno más palaciego? —pregunto tocándosela.

Reacciona emitiendo un susurro ávido. Empuja su cuerpo contra el mío y, seguidamente, retira la colcha, se levanta y me tiende una mano

caballerosa para ayudarme a ponerme de pie.

—Buena idea, señorita Álvarez, como siempre. Buena idea.

—Bien, dame un segundo.

Me quito las medias blancas, las lanzo junto al corsé y le doy la mano a mi novio.

Cogidos del brazo, desnudos en la cálida noche, nos dirigimos hacia el interior de la villa y hacia el futuro.

CAPÍTULO QUINCE

Meses después...

—¿Entonces es un bodorrio por todo lo alto?

Dimitri me mira de soslayo mientras conduce a toda velocidad. Está más atractivo que nunca; se ha puesto un traje oscuro muy sexy y la verdad es que su ropa elegante me causa mucha impresión, pues estoy acostumbrada a verle de calle o desnudo, parcial o completamente.

—Sí, es ultrapijo. Carla, conoce a los dueños de la lujosa Beauchamp Manor y le han ofrecido hacer la recepción allí como regalo de bodas.

—Suena divertido —comenta sin apartar la mirada de la carretera—.

No me imaginaba a Marcos casándose por todo lo alto.

¿Divertido? ¿Qué quiere decir? Me echo a temblar por dentro. Sé de sobra lo que significa «divertido» para Dimitri. Y aunque me guste, a veces

me da miedo. Aun así sigo estando entusiasmada porque haya accedido a acompañarme. Estoy un poco nerviosa porque, al fin y al cabo, no es habitual. Aroa esta con mi hermana con los preparativos de la boda. Es la niña de los anillos y esta muy emocionada por eso.

Además, habrá un montón de gente del pueblo, incluida su familia, que le recuerde. No pararán de cotillear sobre él, y especulando sobre nosotros. Me percató de que está tramando algo. Le encanta convertir en un gran evento hasta la cita más sencilla. Si salimos a comer, conseguirá que le haga una mamada en el aparcamiento. Si vamos al cine, jugará conmigo en la oscuridad. Si paseamos por el bosque, hará que me incline sobre el tronco talado de un árbol y me dará una buena tunda con su cinturón de cuero. Y cuando estamos en nuestro piso es aún más creativo.

Tras avanzar unos pocos kilómetros, nos encontramos en pleno campo.

Los múltiples árboles que flanquean la carretera me hacen pensar en el tronco que acabo de mencionar y se me humedece tanto el sexo que dejo las bragas pegajosas. Intento contener la sonrisa, pero se me acelera el corazón y mi excitación aumenta aún más.

—¿Por qué sonrías?

Vaya, por lo visto no he logrado reprimir la sonrisa. Al percatarse, él también sonrío de ese modo que tan bien conozco.

—Ah, por nada...

Sus ojos azules me dedican una brevísima mirada de reojo.

Oh, oh, esa mirada también la conozco.

—Supongo que si este evento es tan pijo como dices, tenemos que conseguir que tengas un comportamiento impecable, ¿no? —Hace una pausa y examina el arcén como si estuviera buscando algo—. Creo que tendré que hacer algo contigo para que llegues relajada.

No puedo respirar. Siento que voy a desmayarme. Mi corazón da un vuelco y el deseo remueve mi sexo.

Dicho esto, Dimitri activa el intermitente y nos desviamos de la carretera para entrar en un camino estrecho que nos aleja de la vía principal haciendo varias curvas entre los árboles. Cuando detiene el coche por fin, nos encontramos en el medio de la nada, lejos de toda civilización; y es imposible que nos vea nadie desde la carretera. Sale del coche y lo bordea apresurado para abrirme la puerta cortésmente y ayudarme a descender al abrupto camino. Aunque a veces puede llegar a ser muy cruel, tiene unos modales chapados a la antigua que me encantan.

—Levántate la falda, ¿quieres? —comenta como si nada, mientras nos situamos detrás del coche.

Para él es una petición de lo más normal y, aunque ya me he

acostumbrado a esa frase, sigue haciéndome estremecer como el primer día.

He cuidado hasta el último detalle de mi atuendo: tacones altos, traje oscuro y una falda larga ajustada estilo años cuarenta muy glamurosa. La chaqueta, muy entallada, dibuja un pico pronunciado y no llevo blusa.

No le he comunicado lo que me he puesto debajo porque es una sorpresa que sé que le cautivaré, aunque me pegue unos buenos azotes en el culo por ser tan descarada.

—Venga, muévete, no querrás que lleguemos tarde, ¿no? —dice en un tono suave y chistoso.

Se está divirtiendo. Y yo también.

Tambaleándome sobre los tacones, me apoyo con una mano en el coche y con la otra me subo la falda sin titubear hasta hacerla un gurrño a la altura de mi cintura. Llevo unas medias de ligero gris humo y mis braguitas de encaje rosa. Yo también quiero celebrarlo por todo lo alto. Por delante tienen encaje y festones, y por detrás hacen una curva estilo tanga que deja mi trasero prácticamente desnudo. Tal y como le gusta a Dimitri. Aunque aparenta una tranquilidad absoluta, la forma que tienen sus ojos de oscurecerse mientras evalúa mi lencería es de lo más reveladora. Me doy la vuelta automáticamente, pues sé que es lo que quiere que haga, y le muestro mis rollizas nalgas.

—Muy bonito, pero demasiado pálido. Tendremos que hacer algo al respecto, ¿no crees?

Permanezco de pie, temblando, mientras se aproxima a mí. Cuando está tan cerca que siento su aliento en la nuca, me coge de los hombros y me inclina sobre el capó del coche, con la falda aún por la cintura.

—Bien. Eso es.

Siento como si el corazón se me hubiera subido a la garganta y me impidiese respirar. Oigo el tintinear de su cinturón y pienso «¡Ay, no!» y «¡Sí, sí!» a la vez. Sigo sin entender del todo cómo puede ser que odie el dolor y que a la vez me encante. Quizá no sea así. Quizá sea simplemente que estoy enamorada.

—Vale. Como es una ocasión especial, te puedes tocar el clítoris mientras te pego.

—Gracias, amo —susurro mientras intento quitarme un guante apoyándome sobre los codos en una postura bastante incómoda.

Estiro el brazo bajo mi cuerpo en busca de la zona deseada. Estoy tan predispuesta que casi me corro con solo rozarla. Dimitri da un paso atrás y, sin más advertencia que esa, oigo el silbido del cuero cortando el aire y siento una explosión de dolor y de ardor en el trasero.

¡Dios mío! Nunca estoy preparada para esto. Sentir esa descarga de

agonía cruzando mi cuerpo siempre me impresiona. Pierdo por completo el control: gimo a gritos entre temblores y estremecimientos. Bajo la yema de mi dedo, palpita mi clítoris.

Vuelve a golpearme, más fuerte, y me muerdo el labio para reprimir los jadeos. En el insignificante lapso que transcurre entre un golpe y el siguiente, me froto el sexo con furia, aplastándome el clítoris.

Cuando me atiza de nuevo, me derrumbo sobre el brillante capó negro, corriéndome y llorando. El placer que me inunda es tan profundo e intenso que apenas me percató del siguiente latigazo, el último, de momento.

—Vamos a llegar tarde —adviento con voz entrecortada cuando recupero la capacidad de habla.

Todavía me cuesta respirar, siento hormigueos por todo el cuerpo y tengo el culo ardiendo. Es como si hubiera perdido la habilidad de moverme, pero recupero la energía cuando Dimitri me acaricia la espalda, dándome ánimos de la misma forma que un hábil jinete convence a una vieja y cansada yegua para que se mueva. No obstante, lo hace con tal delicadeza —casi con ternura—, que mi corazón palpita de un modo extraño que nada tiene que ver con el sexo.

Será un obseso del BDSM, pero también puede ser una persona amable y muy dulce.

—Pues venga, cariño —responde alegre—. En marcha, ¿no?

Me ayuda con delicadeza a colocarme la falda y me pone bien la chaqueta. Como las lágrimas me han corrido el maquillaje, moja una esquina de su pañuelo con la lengua y me limpia con cuidado. Por último, me devuelve mi guante.

—¡Toma! Estás preciosa, abogada.

Me da un beso breve y reconfortante en la mejilla.

—Pues tú tienes pinta de estar muriéndote por echar un buen polvo — respondo con descaro clavándole la mirada en la entrepierna.

Está tan empalmado que sus elegantes pantalones parecen una tienda de campaña. Sus ojos azules se entrecierran a modo de amenaza, pero no logra disimular su brillo.

—Si no fuera porque llegaríamos tarde, volvería a azotarte por ser tan insolente.

Levanto la cabeza. En algunas ocasiones me gusta retarle y a él le gusta que lo haga. Me dedica un guiño mientras abre la puerta del copiloto. Al sentarme en el coche, siento el escozor de los azotes y me quejo entre dientes, pero después de eso, permanezco callada, inmersa en mis pensamientos, mientras aceleramos en dirección a la boda.

Me gusta. Probablemente me gusta más de lo que debería. Es fabuloso.

Seductor a más no poder. Un partidazo. Atractivo como ninguno y guapo.

Alto y moreno. Su pulcra perilla, sus ojos brillantes y su pícara sonrisa le dan un aspecto travieso.

Es todo lo que deseo.

La ceremonia, que se celebra en una iglesia antigua en el campo, me parece una preciosidad, pero los bancos son duros como piedras y son un auténtico martirio para mi castigado trasero.

Es obvio que Dimitri está encantado con la situación. Mientras compartimos un himnario bastante hecho polvo, tiene los ojos brillantes y una sonrisa picarona en los labios.

Me mira de un modo que me entran ganas de hacerle cosas que no debería ni pensar en una iglesia; como ponerme de rodillas en el banco de espaldas al altar y, mientras los demás alaban al Señor, dedicar un buen rato a hacerle a mi novio y amo una mamada.

Paso toda la ceremonia sintiéndome cada vez más observada. Tendría que centrarme en Carla y su nuevo marido, pero tengo la impresión de que están lejos, como si se hubieran quedado en la periferia de mi atención. No puedo parar de pensar en Dimitri, en sus manos, en su boca, en su polla.

Miradas inquisidoras nos siguen a dondequiera que vamos. Veo con claridad el asombro y me imagino los cuchicheos: «¿El que acompaña a Katia Álvarez

no es Dimitri?». «¿El tío bueno ese que está en la Marina desde hace tiempo?». «¿Cómo es que han venido juntos?». «¿Cuánto duraran esta vez?». No os enteráis de la misa la mitad, gente. Y si os enterarais, no os lo creeríais.

Dimitri, que sin duda se ha percatado del interés que despertamos, aprovecha todas las oportunidades que se le ofrecen para tocarme. Me toma del brazo para entrar en la mansión; posa su mano en mi espalda cuando nos dirigimos a la cola para felicitar a los novios; me da una palmada en el trasero que me hace jadear cuando nos acercamos para dar dos besos a Carla y Marcos que, aunque en un día así debe de tener muchas cosas en la cabeza, parece percatarse de lo que hace Dimitri.

—Me alegro tanto de que hayas podido venir, Katia. Encantada de volverte a ver, Dimitri.

Recibe nuestras felicitaciones con una amplia sonrisa.

Entre tragos de champán y canapés, Dimitri no me quita el ojo de encima. Con esa expresión maliciosa y retorcida que conozco bien, clava los ojos en mi escote, en el pronunciado pico en forma de V que dibuja la chaqueta de mi traje, como si estuviera especulando sobre lo que llevo debajo.

«Eso te gustaría saber a ti, señor».

Me acomodo un par de veces las solapas para hacerle saber que estoy al tanto de su interés y, de repente, me quita la copa de champán, se acaba de un trago lo poco que queda, me coge del codo y me lleva hacia las puertas francesas que dan acceso al jardín. Una o dos personas se nos quedan mirando, entre ellas Susana Méndez, que trabaja con mi madre en la oficina y le digo para mis adentros: «Pues sí, ¡es justo lo que estás pensando!».

Dimitri siempre logra encontrar un lugar apartado en el que desfogarse conmigo y hoy no es una excepción: bordeamos la casa hasta que nos topamos con unas instalaciones que seguramente se utilizaron como cuadra en el pasado. Encontramos un establo que, en lugar de caballos, está lleno de cajas viejas y que obviamente se utiliza como almacén.

—¡Enséñame! —ordena.

Como sé de sobra a qué se refiere, me desabrocho la chaqueta con manos temblorosas.

—Ah, muy bonito. —Jadea con auténtica admiración.

Me he embutido en un precioso top de lo más provocativo. Es de satén y encaje rosa, y hace juego con mi diminuto tanga. Las copas son prácticamente inexistentes: un mero trocito de gasa o espuma que, al ser casi transparente, permite ver mis pezones oscuros, duros y erectos. Erguidos en dirección a Dimitri.

De inmediato estira los brazos hacia ellos. Coge las sensibles cimas de mis pechos entre las manos, las acaricia, las enrolla con los dedos y las aprieta levemente, pero sin hacerme daño.

—Es precioso... —Se refiere a la prenda que llevo puesta y que cuesta una fortuna que solo estaría dispuesta a pagar para complacerle a él.

Saca mis pechos de las frágiles copas y los posa sobre ellas, exponiéndolos con arrogancia. Entonces, para mi sorpresa, se agacha y me besa las tetas. Las lame, las moja con la lengua; primero una, después la otra. Cuando vuelve a tocarme, la fina película de saliva añade otra capa de sensibilidad. Gimo moviendo las caderas, mientras él me roza y me acaricia. En este tipo de situaciones, lo normal es que tenga que esperar a que me dé permiso para tocarle, pero esta vez no logro reprimirme. Le cojo de la cabeza y hundo los dedos en su tupida cabellera con olor a champú. Cuando vuelve a lamarme un pezón, gimo a gritos, extasiada con la sensación dulce e intensa que resuena en mi clítoris. Sin dejar de acariciarle el pelo, dejo caer la cabeza hacia atrás al borde del desmayo.

Amo a este hombre. Es una locura, pero es la verdad.

Mientras continúa lamiéndome y jugando con la lengua en mi teta, me agarra del culo y aviva las llamas que ya ardían en esa zona. A pesar de que el calor me quema, la miel se desborda en mi sexo. Bamboleo las caderas

incapaz de estarme quieta. Necesito tenerle dentro.

Como si hubiera escuchado mi súplica, Dimitri se incorpora y ladea la cabeza. Su perilla enmarca una sonrisa de complicidad.

—Si llegamos hasta el final ahora, tendrás que pagar un precio, ¿lo sabes, verdad? —me advierte con un tono serio y en voz baja; aunque sé que por dentro se está riendo.

—Lo sé —respondo con un hilillo de voz que finge sumisión. Yo también me río para mis adentros.

—Entonces, de acuerdo.

Se pone manos a la obra: mira a nuestro alrededor y me doy cuenta de que está buscando un lugar en el que podamos follar sin estropear nuestros elegantes trajes de boda. Señala con la cabeza una vieja y sólida puerta de madera de roble que da acceso a una sala adyacente. La superficie es lisa y en cuanto a limpieza parece pasable. Avanzo hacia ella tambaleándome, temblorosa pero más salida que el pico de una mesa. Dimitri me sigue empujándome hacia delante, como una fuerza de la naturaleza.

Me levanta y me apoya contra la madera, que a mi castigado trasero le resulta demasiado dura. Aunque las marcas del cinturón se están borrando, se me escapa un gemido en plan «¡uf!» cuando se abalanza contra mí y comienza a devorarme como si fuera un trozo de solomillo y él un lobo

hambriento. Se me viene a la cabeza que igual me estropeo el maquillaje, pero la preocupación se evapora de inmediato. Se puede arreglar; todo se puede arreglar. Ahora lo que necesito es tirármelo.

—¡La falda! —me ordena.

Se echa hacia atrás y, en un abrir y cerrar de ojos, se desabrocha ese cruel cinturón suyo, se baja los pantalones y los calzoncillos, y exhibe su polla. Anhelante y dispuesta, me levanto la ropa sin el menor cuidado y bajo la mirada.

Y ahora soy yo la loba salvaje salivando por un trozo de carne.

Es imponente: su glande está duro, erecto, brillante y enrojecido con las venas marcadas de forma sublime. Una obra de arte. Y es mía. De momento.

Comienzo a hurgar en el bolsito diminuto que llevo al hombro, pero él no tarda ni una milésima de segundo en meterse la mano en el bolsillo y en detenerme diciendo: «¡Déjalo!».

Vaya, parece que los dos hemos traído condones para la ocasión. No puedo reprimir la sonrisa. Asiente con la cabeza y me devuelve la sonrisa; sus ojos azules se iluminan con lozanía y jovialidad.

—Los genios pensamos igual. —Mi frase hecha me hace sonreír mientras él se pone con eficacia el preservativo.

Me dirige una mirada mitad de desesperación mitad de indulgencia y,

sin dilación que valga, me agarra del muslo, me aúpa y me abre de piernas, mientras aparta el tanga con la mano que le queda libre y coloca la polla en mi entrada.

Sin preliminares. Sin delicadezas. Sin caricias. ¿Quién lo necesita? Me penetra con fuerza golpeándome contra la puerta; el impacto contra mi trasero me hace poner una mueca de dolor. Abalanza todo su peso contra mí y comienza a embestirme a un ritmo constante. Arriba y abajo, arriba y abajo. Le sujeto de los hombros y gruño al ritmo de sus embates.

¡Ay, Dios, jamás me cansaré de todo esto! De los polvos, de los azotes, de los juegos... y también de los momentos de tranquilidad. Hasta mientras me trajina sin piedad, hay una parte de mí que nos observa desde fuera y que se maravilla ante una vista tan sexy.

Un atractivo joven y una mujer que ha llegado a ser atractiva gracias a las ganas de vivir que él le ha despertado. Quizá decir que el sexo hace florecer a las personas sea otro cliché pasado de moda pero, qué coño, es lo que me ha pasado a mí con Dimitri. Me siento mucho más viva, llena de combustible y de energía.

Me empuja sin descanso para penetrarme aún más profundo y cada arremetida me golpea la espalda, el trasero y la cabeza contra el roble. Me siento mareada y no se debe solo a la excitación. Ni al hecho de que cada

embestida de su vigoroso pene me golpee de lleno en el clítoris.

Me aferro a él como si mi vida dependiera de ello. Quizá sea así. Un orgasmo descomunal se abalanza hacia mí y, cuando me la mete hasta el fondo, me muerdo el labio para reprimir un aullido.

Todo se mueve, se bambolea y se contrae en un espasmo delicioso. Mi corazón se eleva a medida que el placer desciende por mi cuerpo.

Cuando alcanzo el clímax, no me queda un ápice de energía. Dimitri, que me sujeta con fuerza para meterme la polla entera, me mantiene inmobilizada contra la puerta. Emite una especie de gruñido mitad risa, mitad gemido de placer, y entonces él también se corre, mientras sus caderas me embisten una, otra y otra vez, contra el rígido roble. El dolor de mi trasero parece estar a millones de kilómetros.

—¡Dios Santo! —exclamo jadeando cuando mi cerebro vuelve por fin a estar operativo. Somos un amasijo de piernas y brazos entrelazados apoyado contra la puerta y, a pesar de la sangre fría que suele mostrar Dimitri siempre, lo de hoy parece haberle traumatizado tanto como a mí.

—Yo no podría haberlo expresado mejor —comenta entre risas mientras se desenreda de mí y se pone derecho empujando con las dos manos sobre lo que hasta ahora nos ha servido de apoyo.

Mientras me recupero, observo cómo se quita el condón con rapidez, le

hace un nudo y lo tira. Me pregunto qué pensará quien venga a por cajas y encuentre una «gomita» usada en una esquina de este viejo almacén.

En pocos segundos, Dimitri tiene la bragueta subida y está impecable; le basta con pasarse las manos un par de veces por la cabeza para que su suave pelo negro también esté bien peinado.

Sospecho que a mí arreglarme me va a llevar bastante más tiempo. En cuanto comienzo a colocarme el top, me aparta las manos y, antes de que pueda reaccionar, me aprieta los pezones una o dos veces.

—Qué lástima tener que tapparlos. ¡Son tan «pellizcables»!

Los apretones se convierten en pellizcos y, aunque acabo de echar humo como un tren expreso, mi cuerpo empieza a estar excitado de nuevo. Con Dimitri siempre me pasa lo mismo: tengo ganas prácticamente siempre.

—Ojalá tuviéramos unos aros. Me encantaría exhibirte delante de todos estos pijos con las tetas al aire y unos aros colgándote de los pezones.

La forma que tiene de tocarme y las cosas que me dice hacen que sienta como si me fuera a desmayar porque me lo imagino perfectamente; prácticamente puedo sentirlo: todas las miradas puestas en mí y en mis pechos desnudos, adornados para complacerle. Sería bochornoso, pero al mismo tiempo me sentiría orgullosa: como un premio, una chica esclava y bárbara... bueno, una mujer esclava... capturada y domada por mi joven y

guapo guerrero.

Sin dejar de jugar con mis senos, vuelve a besarme; sus besos son fogosos y posesivos.

Siento cómo su pelvis presiona mi cuerpo y, ay Dios, noto que vuelve a estar empalmado. Pero ¿qué nos pasa hoy? ¿Es por la boda, porque es una celebración tradicional de fertilidad y sensualidad? ¿Es eso lo que sentimos y por eso estamos aun más cachondos que de costumbre?

Se aparta de nuevo, se ríe y me abrocha los botones de la chaqueta.

Bajo la tela, mis pechos permanecen al descubierto, posados sobre las endebles copas del top. El roce del forro de satén de la chaqueta con mis sensibles pezones me corta la respiración y jadeo con cada movimiento que hago para colocarme bien la falda.

Como si le diera mucha rabia tener que tapar también mi sexo, Dimitri se agacha y me lo acaricia con agresividad antes de deshacer el gurrño de mi falda y deslizarla sobre mis muslos y mis medias. Tras dedicarme un guiño pícaro, se lame los dedos, deleitándose con mi sabor.

—Bueno, dudo que haya nada tan delicioso en el bufé, pero quizá deberíamos volver adentro y ver qué nos ofrecen —propone antes de relamerse y darle a mi entrepierna otro apretón rápido por encima de la falda.

—Antes tendré que adecentarme un poco. —Intento peinarme con los

dedos aunque sé de sobra que no será suficiente y que necesito un espejo más grande que el que llevo en el bolso—. Si no, se van a pensar que me he estado revolcando por los arbustos.

Ladea la cabeza, me dirige una mirada extraña y compleja, y me acaricia ligeramente el rostro.

—Estás estupenda. Increíble. Y si no fuera porque no quiero privarte de toda la celebración, querida, volvería a subirte la falda ahora mismo y te follaría de nuevo. —Su sonrisa se hace más amplia y adquiere un toque lujurioso—. Quizá esta vez te la metería por el culo, para variar. ¿Te gustaría?

El deseo rechina en mi sexo. Un deseo oscuro y retorcido. De ese que surge del dolor, de la extrañeza y de las sensaciones intensas que habitan en el confuso núcleo del desasosiego y el placer perverso.

Ay, Dios, eso es lo que deseo. Lo deseo de veras.

—¿Te gustaría? —persiste.

Sus ojos azules me clavan una mirada oscura, tormentosa y un tanto satánica.

—Sí...

—Sí, ¿qué?

—Sí, amo... —respondo con un hilillo de voz.

Me siento ligera como el aire, como si de un momento a otro me fuera a caer. Dimitri, que parece conocerme mejor de lo que yo misma me conozco, me sujeta del brazo para mantenerme de pie. Después se inclina para susurrarme al oído:

—Muy bien. Me ocuparé de tu culo antes de que nos marchemos de esta boda. Te lo prometo.

Un temor delicioso me asfixia, y siento otro chorro de líquido entre las piernas.

—Pero... eh... ¿necesitaremos lubricante, no?

—No te preocupes, guarrilla. ¿A estas alturas todavía no sabes que siempre voy preparado? —Me aprieta el trasero avivando de nuevo el fuego de mi último castigo—. Vámonos.

Me empuja hacia delante, hacia la salida, sin dejar de tocarme el pompis.

Me quejo aunque me gusta, ¡vaya que si me gusta!

Ha pasado un buen rato y hemos tenido tiempo de sobra de dar vueltas, comer y, en mi caso, beber algo más. Dimitri domina a la perfección este tipo de situaciones. Después de tomarse un par de copas de champán, ha cambiado a agua mineral con una rodajita de lima. No sé si lo hace porque es un conductor responsable o porque prefiere mantener la mente despejada para

nuestros juegucillos. Supongo que es por las dos cosas, pero no me quejo.

Yo he seguido tomando champán y estoy cachonda perdida, aparte de que me siento bastante estupenda.

La gente nos mira. Nos mira mucho. Sigo pensando que se preguntan qué hace un macizorro como él conmigo, pero ya no me importa. Dejé de importarme lo más mínimo al poco de que Dimitri y yo comenzáramos de nuevo a salir. Y a follarnos. Y a hacer todas esas cosas que hacemos juntos.

Si no fuera porque tiene la cara tersa y suave, y el cuerpo de un supermodelo, no me parecería tan joven.

Al fin y al cabo, es él quien está al mando, es la autoridad en persona y tiene mucha experiencia.

Ha comenzado un espectáculo impresionante y excesivamente sonoro de fuegos artificiales y la gente ha salido para verlo. Dimitri me guiña un ojo, me quita la copa de la mano y me guía hacia el vestíbulo.

CAPÍTULO DIECISEIS

¡Ah, comienza el juego! El deseo recorre mis venas a toda velocidad en dirección a mi sexo. Señala las escaleras con la cabeza y me anima a subir, empujándome del culo. Ese mero contacto me basta para que me entren ganas de tocarme. Estoy tan cachonda que ni me lo creo.

Examina el rellano y giramos a la derecha por un pasillo. A pocos

metros vemos a uno de los padrinos, un hombre alto y fuerte por el que seguramente me habría interesado si no hubiera conocido antes a Dimitri.

¿Qué demonios trama? De pronto, abre una puerta que parece dar acceso a un armario o algo así y se mete dentro con una sonrisa furtiva en el rostro.

Dimitri me dedica su propia sonrisa furtiva.

—Venga —dice—, vamos a buscar un armario para nosotros, ¿eh?

La casa tiene multitud de recovecos y, tras explorar otros pasillos y una escalera, damos con una puerta entornada. Dimitri la abre con una seguridad absoluta, entra y me hace señas para que le siga.

Es un despacho antiguo, el refugio íntimo de alguien. Aunque es pequeño, reina el desorden y tiene algo de polvo, resulta acogedor a su manera. Las paredes están cubiertas de libros y hay un par de butacas de cuero antiguas que ocupan casi toda la estancia. En un aparador hay un candelabro con velas que jamás se han encendido. Cuando entro, Dimitri pasa por detrás de mí para girar la llave en la cerradura. Me doy media vuelta y veo brillar sus ojos entrecerrados mientras recorre mi cuerpo con la mirada. Si a estas alturas aún no estuviera preparada, ahora lo estaría. Me mira como si me poseyera, y me encanta. Su escrutinio se rezaga en mis pechos y mi entrepierna; ladea la cabeza para indicarme sin hablar que debo darme la vuelta y enseñarle otras cosas.

—Vaya culo que tienes, cariño. Nunca me cansaré de mirarlo. Nunca jamás.

Su voz está llena de sinceridad y entusiasmo. Le encanta ser el amo, pero no hace el tonto fingiendo desinterés y distancia. Jamás oculta lo mucho que disfruta con esto.

—Venga, sexy, enséñame tu mercancía.

Con el cuello girado para mirarle, me quito la falda ajustada; siento la seda deslizarse por mi trasero como un lengüetazo ardiente disfrazado de caricia sutil. Las partes que me ha golpeado ya no me duelen, pero en esas zonas la sensibilidad está a flor de piel y aún quedan las brasas del fuego.

—Inclínate. Coloca las manos en el reposabrazos de la butaca y agárrate bien.

Le obedezco con el corazón a cien por hora. Dios, me encanta mostrarle mi cuerpo con tanto descaró y de este modo en apariencia degradante. En realidad no me degrada, todo lo contrario; de hecho, la teatralidad de la postura me excita tanto como a él.

Se acerca, se coloca detrás de mí y me empuja los talones con la punta de su elegante zapato lustrado. A medida que separo los muslos siento cómo se despegan los pliegues de mi sexo. Tengo el tanga empapado, lleva horas así, y me da la impresión de que el olor de mi excitación inunda la habitación

entera.

Para recordarme que es mi dueño, Dimitri me mete dos dedos en el sexo.

—Siempre estás preparada... Me encanta. Me encanta que siempre estés tan cachonda, preciosa.

Solo tú me pones así... Solo tú...

Presiono a los dedos intrusos. A mí también me encanta estar tan cachonda. En este momento ni siquiera me importa que esta relación no sea nada concreto. Encontrar a Dimitri de nuevo —y, sí, amarle— me ha servido para aprender a vivir al día, a disfrutar de cada momento.

—Oh, eso te gusta, ¿verdad? —me susurra inclinándose sobre mí mientras la suave tela de su chaqueta se desliza por mi trasero.

Su aliento me sopla en la nuca. Cuando separa los dos dedos para estirarme, mi sexo se tensa y mi clítoris se hincha y palpita.

—Respóndeme —gruñe con suavidad, separando aún más los dedos y haciéndome jadear y gemir desde lo más profundo de la garganta.

—Me gusta —logro articular esas dos palabras, mientras él continúa experimentando conmigo y empujándome hasta que me pongo de puntillas.

—¿Y te gustaría que te metiera algo más?

Empuja que te empuja.

—Sí. Lo que sea —respondo atrevida.

—¿Y si fuera por el culo? ¿Tu respuesta sería la misma?

—Sí... La misma... Por el culo.

Desliza un dedo de la mano que le queda libre bajo la cinta que secciona mi trasero en dos y me acaricia el ano al ritmo que empuja los dedos de la otra dentro de mí.

Me cuesta respirar y pensar. Solo puedo anticiparme a lo que se avecina e intoxicarme con esta ansiedad sexual y lasciva.

—Buena chica... Buena chica...

Continúa acariciándome, atormentándome. Me entran ganas de decirle que termine de una vez, que me meta toda la caña que quiera, pero lo hará a su debido tiempo. Está al mando. Siempre lo estará.

Sin embargo, no puedo parar de moverme, retorcerme, tensarme y estirarme. Esta postura me está destrozando los gemelos, pero una anticipación cada vez más potente me impide darme cuenta de lo incómoda que estoy. Es como si me hubiera transformado en un mecanismo cuya única función es tensarse hasta que alcance su límite y entonces descargue toda su energía en una sobrecogedora explosión.

—Ten cuidado —me advierte en voz baja sin dejar de magrearme.

El mensaje es severo pero, de nuevo, queda matizado por un tono más

suave, más tierno. Eso es lo que hace que me corra. Es demasiado.

Demasiado dulce.

Excesivamente placentero. Incapaz de reprimirme ni de controlarme, le desobedezco, me tiro contra la butaca, poso la cabeza en los cojines y me apoyo en un codo para liberar una mano y poder así ejercer presión sobre el clítoris, que no deja de latir impaciente. Al hacer esto, empujo también la mano de Dimitri que está entre mis piernas.

No me reprende ni se pone en plan amo. En medio de tanto furor, se limita a ayudarme a alcanzar mi objetivo y, sin duda, sus expertos y cariñosos dedos me son de gran ayuda.

—Bueno, no ha sido exactamente como había planeado —afirma finalmente.

Me he quedado hecha un gurrño en la butaca con la cara enterrada en los cojines, vamos, que estoy arrugando el traje y estropeándome otra vez el maquillaje. Me han entrado ganas de llorar y trato de ocultárselo, aunque sospecho que ya se ha dado cuenta. Se ha sentado en el brazo de la butaca y me acaricia el despeinado cabello.

—Perdón.

—No me pidas perdón, nena...

Su mano se detiene y me coloca varios mechones rebeldes de pelo tras

las orejas. A saber cómo ha quedado el peinado que me costó un ojo de la cara. A estas alturas debo parecer una vagabunda vestida de pija.

—Me gusta. Disfruto viendo cómo te diviertes.

Me agacho y recojo la falda con la intención de ponérmela y para adecentarme aunque sea un poco, pero no me lo permite. Con bastante dulzura me impide que me tape.

—No, no te tapes aún. —Sus ojos azules brillan—. Cuando he dicho que las cosas no habían salido como había planeado, no quería decir que me hubiese rendido.

Ah, su voz recobra ese tono que tanto me gusta. Autoridad. Seguridad. Control. Aunque hoy ya me he corrido unas cuantas veces, empiezo a tener ganas otra vez.

Tengo ganas de él. Tengo ganas... de lo que sea. Siempre que sea con él. Me arriesgo a esbozar una sonrisa antes de levantarme de la butaca y volver a colocarme en la misma postura. Lista para la acción.

—Dios mío. —Jadea—. Eres tan especial...

Permanece un instante quieto, atemorizado, pero entonces es como si se volviera a poner una capa de poder que le permitiera entregarse al tema en cuerpo y alma. Puro sexo.

—Y tu culo también es muy especial —observa empezando a

acariciármelo de nuevo—. Un culo estupendo. Uno que se merece que le hagan cosas.

Me da un par de palmaditas y juguetea brevemente con la pequeña abertura entre mis nalgas y, entonces, se detiene para meter la mano en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje. Un segundo después, siento que me echa algo frío y resbaladizo entre las nalgas y me empapa el tanga.

—¡Ah, a eso te referías con lo de ir preparado! —le suelto olvidando mi papel.

Él se limita a reírse sin dejar de echarme lubricante.

¡Oh, es tan excitante! Esta sensación. El no saber qué va a pasar. La espera... Ya hemos jugado muchas veces a esto, pero es como si mi cerebro se olvidase de lo que voy a sentir, de lo que va a ocurrir. Siempre es nuevo para mí. Siempre me causa temor y deseo. Siempre me hace gemir, jadear y resollar.

—Tranquila —me susurra con firmeza, pero sensible al caos que sufro.

Desliza su pegajosa mano y me frota las lumbares como si fuera un jinete calmando a un caballo asustadizo. Después, sin dejar de frotarme, estira el otro brazo en busca de algo.

Un segundo después me percato de lo que estaba buscando. Siento una presión firme en el ano; algo bastante estrecho pero implacable; no es una

parte de Dimitri.

¡El muy depravado...! ¡Me está metiendo una vela por el culo!

Todo mi interior se revuelve: los mensajes que reciben mis terminaciones nerviosas desatan hormonas, jugos, sentimientos y sensaciones. Mientras me penetra por detrás con la vela, me resulta muy difícil tanto respirar como mantener el control.

Lo odio. Me encanta. No lo soporto. Quiero más.

Y él, para calmarme, musita sin cesar «Tranquila, tranquila...».

No la introduce mucho, solo tres o cuatro centímetros, y la deja ahí. Mis entrañas enloquecidas no saben lo que quieren. Mi sexo se desborda continuamente, está empapado y resbaladizo; mi propia lubricación, no la artificial, me chorrea por el interior de los muslos y moja la parte superior de mis medias.

La vela sigue dentro de mí cuando él comienza a jugar. Conmigo y con él. Aunque para intentar soportar la sobrecarga que afecta a mis sentidos tengo los ojos cerrados a cal y canto, sé por el zumbido de su cremallera que tiene la polla fuera.

Me frota el clítoris. Me mete un dedo en la vagina. Me propina uno o dos azotes perezosos para avivar el fuego en mi trasero desnudo. Alterna esta diversidad de atenciones a su gusto, aunque a la parte que más interés le

presta es al clítoris, que acaricia y manosea una y otra vez.

Sollozo desesperada pero feliz. El gimoteo se convierte en un quejido en el momento en el que me pellizca con cuidado el clítoris para que me corra. Los movimientos de mi sexo meten y sacan la vela.

A duras penas logro mantener la postura. No sé ni lo que hago, tan solo me dejo llevar por el vaivén de olas de placer dulce y oscuro.

Como si estuviera a mucha distancia, oigo un ruido leve pero inconfundible: está rasgando el envoltorio de un condón. Un segundo o dos después, siento cómo su polla envuelta en látex roza mi vulva por detrás.

—Decisiones, decisiones... —Su voz, llena de humor, es dulce a la par que perversa—. ¿Coño? ¿Culo? ¿Coño? ¿Culo?

Parece un niño decidiendo en qué mano está escondida la canica.

Entonces da el dilema por resuelto, toma una determinación y siento cómo la vela sale de mí. La oigo caer sobre la alfombra, pues la ha debido de lanzar por el aire.

La presión aumenta en el blando agujero, que se resiste. Y esta vez el intruso es más grande... mucho más que una vela. Empuja para metérmela y mis sentidos vuelven a sublevarse; mensajes advirtiéndome del peligro y de la transgresión de las prohibiciones revolotean en mi interior. Pero mientras presiona para penetrarme, sigue tranquilizándome y mimándome con

palabras dulces y suaves caricias. En cuanto empieza a embestirme, me sujeta fuerte para que no me mueva y me frota el clítoris.

Por el contrario, yo no soy nada dulce. El placer me saca fuera de mí, grito, blasfemo, me retuerzo y vuelvo a desmoronarme. Le agarro la mano, se la sujeto entre las piernas y le fuerzo a frotarme el clítoris, a darme placer y a seguir sin descanso mientras me corro como una loca y toda la parte inferior de mi cuerpo late, se contrae y se convulsiona con una fuerza cinética rabiosa.

Él aguanta. Lucha por mantener el control. Pero al final también lo pierde. Lanza gritos roncros y apasionados mientras me embiste por el trasero hasta alcanzar el clímax. Aunque no pronuncia con claridad, entiendo lo que dice y mi dicha se duplica.

Poco después, salimos tambaleándonos del pequeño estudio y, a pesar de que el espectáculo de fuegos artificiales ha terminado y los invitados se dirigen a la discoteca y a la pista de baile; logramos encontrar un baño en el que no hay que esperar cola para entrar.

Nos arreglamos. Nos serenamos. Compartimos abrazos y sonrisas como cualquier pareja normal. ¿Seremos una pareja normal a pesar de nuestras rarezas? Después de la tormenta de pasión todo parece tan sosegado y tan fácil como si lleváramos décadas juntos y como si, aunque la nuestra fuera

una relación cómoda y estable, siguiéramos adorándonos el uno al otro.

La música es buena y salimos a la pista. Nos pegamos unos buenos bailes con los mejores temas.

Parece que la gente ya se ha acostumbrado a vernos como pareja.

Abundan las sonrisas. Cuando llegan los lentos, nos abrazamos fuerte y nos besuqueamos.

—Bodas... —me susurra Dimitri al oído después de una o dos canciones—. ¿Tú eres más de bodorrio por todo lo alto o de ceremonia civil modesta e íntima seguida de unas rondas en el bar?

Casi caigo muerta en la pista de baile, pero él me sujeta fuerte para que no me vaya de bruces y me mueve con determinación al son de la música.

¿Me estoy imaginando cosas? ¿Me está pidiendo lo que creo que me está pidiendo?

—¿Me estás pidiendo lo que creo que me estás pidiendo? —No era mi intención decirlo en voz alta, pero lo he hecho.

—Sí —afirma acariciándome las lumbares tal y como hizo hace un rato cuando le hacía travesuras retorcidas a mi trasero—. Te lo estoy pidiendo.

Debería valorar las cosas, meditar la decisión, pensármelo bien... pero me limito a gritar:

—¡Sí!

—¡Genial! —responde antes de darme un prolongado beso fogoso y tierno.

Cuando nos separamos, me vuelve a preguntar:

—Entonces, ¿algo discreto o un bodorrio por todo lo alto?

Me río y le beso en la mejilla. Lo cierto es que me da igual, pero le respondo al oído:

—¡Por todo lo alto!

—Buena chica —me susurra.

Me abraza fuerte y seguimos bailando...

EPÍLOGO

Dimitri

Unos días después estamos en la tienda escogiendo nuestras alianzas. Me siento dichoso de que ella aceptara. Fue espontáneo, ni siquiera lo tenía planeado.

—¿Qué diseño quieres?

Ella me mira con sus enormes ojos brillantes y se muerde el labio.

—¿De herradura? —bromea.

—¡Oh, infiernos!

—¿Con un diamante azul?

—Rubíes —sugiero cerrando los ojos.

—Bueno, creo que los rubíes serían un poco demasiado, pero si eso es lo que quieres...

La interrumpo con un beso.

—Estaba pensando en un nudo celta.

—¿Qué, ni siquiera un trébol verde? —me contesta divertida.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Mira estos —le digo.

En mis manos tengo unas alianzas formadas por intrincados nudos de anillos en oro blanco salpicados con diamantes blancos.

—El nudo celta simboliza la eternidad, igual que el anillo en sí.

—Lo mismo ocurre con los diamantes —dice ella parpadeando unas lágrimas que se asoman a sus ojos—. Los diamantes son para siempre.

—¿Te gustan?

—Oh, sí. Me gustan. Sin embargo, hay un anillo que me gustaría más.

—¿Cuál sería? ¿Tu anillo de compromiso?

—Ya sabes cuál es mi anillo soñado.

Me giro hacia el dependiente.

—Necesito un anillo de oro con un ópalo negro para mi prometida.

—Enseguida, señor. ¿Entonces se llevarán las alianzas con el nudo celta? —pregunta al ir a buscar mi pedido—. Aquí tiene.

Me giro con el anillo en la mano.

—Bueno, ahora sí. Señorita Katia Álvarez. ¿Me hará el honor de ser mi esposa?

—¿Acaso lo dudas? Eres mío.

—Para siempre —decimos al unísono mientras unimos nuestros labios.

Katia

Semanas después...

—Respira Katia. Solo respira. —Siento que voy a hiperventilar mientras me paro en el vestidor del gigantesco pazo que Dimitri se empeñó en alquilar para este día. He pasado la mañana siendo mimada para mi boda. Mi pelo está sujeto en un moño, con rizos que caen por mi cuello y mi rostro. Mi maquillaje ha sido expertamente aplicado para borrar cualquier rastro de ojeras y resaltar mis ojos y mi boca. Mis uñas han sido extendidas y pintadas. No me siento yo misma. Me he puesto un vestido magnífico y miro en el espejo a una extraña. ¿Quién es esa chica que me mira? Por suerte me han dejado sola unos benditos minutos para calmarme, por los cuales estoy agradecida.

—Es hora, hija. —Escucho decir a mi padre suavemente.

Eso es suficiente para que gire la cabeza. Nunca lo había escuchado hablar sin su tenor normal. Lo examino desde la distancia, él se ve guapo en su esmoquin y me doy cuenta de que ha envejecido bien. Los ojos de Dimitri siempre están enfocados y determinados, mientras que los de mi padre tienen líneas de la risa alrededor y siempre parecen brillar. Él se ve muy relajado. Me pregunto si habrán sido así toda su vida, o si habrán estado en un

momento tan enfocados como los de Dimitri.

Mi padre se acerca y me besa la mejilla.

—Estoy tan feliz de que finalmente te cases mi niña. Eres hermosa por dentro y por fuera. Dimitri tiene mucha suerte de que, a pesar de todos estos años, sigas enamorada de él. —Me envuelve con sus grandes brazos en un abrazo gentil. Esas palabras significaban mucho para mí. Él sabe cuánto necesitaba tener a mi familia cerca en este día.

—Quería saber si puedo tener el honor de que me permitas caminar contigo y con Aroa por el pasillo —pide con lágrimas en los ojos y sin soltarme.

Mis ojos arden mientras contesto:

—Sería para mí un honor que me escoltes. Eres la clase de padre de la que cualquiera estaría orgullosa. —No puedo decir nada más porque me atraganto al ver sus ojos amables.

Me estrecha de nuevo en un rápido abrazo, y seguidamente me ofrece su brazo. Me sujeto a él segura y orgullosa. A través de los años he sido cuidadosa en mi afán por no encariñarse demasiado con la gente, pero mi familia siempre será mi familia.

—No te pongas toda llorosa y arruines tu maquillaje. No creo que mi yerno pueda aguantar cualquier retraso. Él ya está esperando impaciente en el

altar. —Se ríe por lo bajo.

Dedico una última mirada en el espejo y tomo una honda respiración.

—Estoy lista —digo.

Del brazo de mi padre, salgo de la habitación. La música llena el aire mientras pasamos la entrada. Jadeo, y lo único que me sostiene de caer es el brazo de mi padre.

—Pensé que sólo unas cuantas personas estarían aquí —murmuro.

—Ahora, mi niña, no tengas miedo. Finalmente te estás casando con Dimitri, y no podíamos herir los sentimientos de nadie al no ser incluidos en la ceremonia—dice él, haciéndome sentir culpable por no querer que todos esas personas me miraran.

Tomo una honda respiración y siento los nervios recorriendo por todo mi cuerpo mientras doy el primer paso por el pasillo hermosamente decorado.

Tengo a mi padre a un lado y a Aroa dándome la mano del otro. Miro al frente porque temo que si me fijo en los presentes, me giraré y huiré.

Mis ojos se centran en Dimitri, justo al final del pasillo, a una corta distancia. Él me quita la respiración con lo hermoso que es. Nuestros ojos se encuentran y se sostienen. Él me sonríe y parece decirme que todo estará bien.

Siento como si me faltara el aliento. Me paro para respirar. Mi padre me

mira con curiosidad, pero no me doy cuenta. No me percató de nada, salvo de que mi cuerpo se estremece. Estoy enamorada de Dimitri, y comprendo que no puedo imaginar mi vida sin él. Y al fin va a ser mi esposo. No sé qué pasará después de la boda. ¿Podré estar con él todos los días, haciendo el amor? Parece un sueño.

Mi padre me da un toquecito, y finalmente me pongo de nuevo marcha.

Tengo que luchar para alejar las lágrimas. No entiendo por qué lloro últimamente estoy demasiado sensible. Sobre todo desde que Carla se casó con Saúl y me van a dar una sobrinita.

Dimitri

Siento un momento de pánico cuando Katia se detiene a medio camino en el pasillo. ¿Va a girarse y correr? No dejaré que llegue lejos. Sé cuánto desea este momento. En los años que hace que la conozco, ella ha invadido cada parte de mí, y no puedo imaginar el futuro sin ella.

Suspiro de alivio cuando empieza a caminar de nuevo hacia mí. Cuando su padre pone la mano de ella en la mía y Katia camina hacia mí, una calma silenciosa me embarga. La tengo en mis brazos, y no voy a dejarla ir.

Apenas escucho las palabras del sacerdote. Me concentro solo lo suficiente para decir las palabras que necesito decir. Mi mente está consumida por mi hermosa novia.

Ella es toda una visión. He estado con más mujeres de las que debería estar, pero ninguna de ellas ha sido capaz de causar el endurecimiento en mis entrañas como Katia lo hace. Ella es una belleza natural y eso opaca a las más brillantes estrellas de Hollywood.

Me he enamorado de ella. Moví cielo y la tierra para tenerla como mi esposa, y para siempre. Cuando me di cuenta de los profundos sentimientos de mi alma, me conmocioné. Al principio, no pude dejar que ella se enterara de mis sentimientos porque entonces sabría que tenía el poder para ponerme

de rodillas y rogarle por clemencia. Pero después de perderla por tonterías en el pasado comprendí mi error y luché como no había luchado antes. Seré un buen esposo, porque ella me ama. Por favor, Dios, deja que ahora sí seamos felices.

Termina la ceremonia, y el sacerdote dice que puedo besar a mi novia.

Le dedico una amplia sonrisa y le susurro:

—Felizmente. —Luego la inclino y consumo su boca.

Nos olvidamos de que estamos parados en una habitación llena de gente.

Ninguno de los dos tenemos idea de cuánto tiempo ha durado el beso.

Podíamos haber estado solos en el dormitorio. Para mí ha pasado mucho tiempo desde que la he abrazado y saboreado el dulce néctar de sus labios.

—Ah, hijo, tienes mucho tiempo para hacer eso en la luna de miel —

nos interrumpe mi padrastro y me da una palmada en la espalda. La multitud se ríe por mi entusiasmo. Katia se ruboriza y yo me siento como un marido muy orgulloso. Para todos aquellos que atestiguaron la boda, nos vemos como una unión de amor que va a durar para siempre.

Caminamos por el pasillo abriendo la marcha a un vasto grupo de gente hacia el patio trasero. En el verdadero modo Álvarez, ellos harían una boda espectacular que al menos durara una semana. Miro las expresiones de mi

esposa mientras somos felicitados por la multitud y me alegro de que la nuestra sea más de mi estilo.

El patio tiene glamurosas carpas, que dan sombra a largas mesas cubiertas con lino. Hay una pista de baile con luz suave, y toda una banda tocando música. Los meseros pasan bandejas con champán y comida, atendiendo a los invitados. En cada mesa hay cristal, porcelana y los arreglos florales más fragantes y coloridos.

Katia quería todas esas cosas tontas y tradicionales. No sé por qué. Dios sabe que no es una boda por todo lo alto. Me sorprende al ver que ella parece estar disfrutando. O mi esposa está llena de sorpresas, o es una actriz fenomenal. Espero que de verdad este disfrutando.

Katia

—¿Sabes?, estás absolutamente impresionante esta noche —me dice

Marcos cuando finalmente se las arregla para tener un momento a solas conmigo.

Lo abrazo, agradecida de encontrar amigos entre tanto conocido.

—Gracias por estar aquí, Marcos. Esto es abrumador —digo con un sollozo.

—Eso sí, no te olvides de mí ahora que estás casada con el gran capitán

—contesta con una sonrisa burlona. Aun así puedo ver la inseguridad debajo de las bromas.

—No he tenido verdaderos amigos aparte de Laura. Tú eres el primero, y te prometo que siempre serás la persona que llame cuando necesite un hombro para llorar. Sabes que también me puedes llamar en cualquier momento. Siempre seremos amigos. Eso sí, más vale que me cuides a Laura o te arrepentirás —le aviso no tan en broma.

Le doy un abrazo justo antes de que suene la llamada para cortar el pastel. Lo hacemos y compartimos trozos entre nosotros.. Brindamos por nuestra unión y bailamos con los miembros de la familia. Unas lagrimillas se me escapan al ver a mi pequeña bailando con mi flamante esposo. Aun no me

acostumbro a ver a mis dos amores juntos.

Dimitri

Estoy sorprendido por los celos intensos que siento cuando cada uno de mis compañeros se acerca demasiado a Katia, quien es ya una mujer casada, y la llevan alrededor de la pista de baile.

Cuando ella baila con Alex, deja escapar una risa alegre por algo que él le dice. Me alejo de la chica con la estoy bailando en ese momento sin decir palabra alguna y reclamo a mi esposa. Mi compañero se ríe aún más fuerte y besa la mejilla de Katia antes de liberarla para que venga conmigo.

—¿De qué se reían ustedes dos? —pregunto con celos cuando la hago girar en torno a la pista de baile.

—Me dijo que si recobraba mis sentidos podía llamarlo, y que le encantaría llevarme lejos de su aburrido capitán —responde sonriendo.

—Tú eres mía, y solo mía, y el único que puede llevarte a cualquier lugar soy yo —digo a la vez que tiro de ella con más fuerza para que no haya ningún tipo de espacio entre los dos.

La beso hasta que casi no puedo soportarlo más. Luego decido que ya hemos pasado suficiente tiempo con la gente. Es hora de empezar la parte de la luna de miel.

—Es hora de irse. Vamos a darle las buenas noches a nuestros

familiares y huir de aquí —hablo mientras le tomo la mano y la conduzco en dirección a mis padres.

Katia

Me asusto mientras él me conduce hacia sus padres. Esto era todo.

Vamos a estar solos muy pronto, y estoy aterrada. No sé cómo actuar como una mujer casada. No estoy preocupada por el sexo. Definitivamente hay química y muchísimo amor.

—Mamá, papá, muchas gracias por la boda. Sé que no les dio mucho tiempo pero aun así quedó perfecta. Nos vamos ahora —dice Dimitri mientras los abraza.

—Gracias a los dos. Son personas realmente increíbles. Estoy muy contenta de ser parte de su familia —agrego con timidez.

—Querida, nosotros somos los agradecidos de tenerte en nuestras vidas.

Ahora por fin tenemos a la hija con la que no fuimos bendecidos años atrás —dice Alexei, mi suegro, tomándome en un abrazo y luego pasándome a su esposa.

—Ustedes dos tendrán una maravillosa luna de miel, y nos veremos a comer la próxima semana —añade Katherine, mi suegra, mientras me abraza.

Estoy tan emocionada por mi increíble familia política, que no sé qué más decir.

—Danos unos minutos para que Katia se cambie para su salida —dice

mi madre, mientras me lleva al interior de la casa con mi suegra. Dimitri luce como si no fuera a dejarme ir hasta que Alexei se echa a reír y lo apartar hacia un lado.

—Ella volverá, hijo.

Me encanta esa risa. Rápidamente subo las escaleras con Katherine. Me sorprendo cuando entramos a la habitación y veo el bello conjunto que Katherine había comprado para mí.

—Katia, sé que todo esto ha sido abrumador para ti, pero quiero que sepas que estoy muy feliz de tenerte en nuestra familia. —La confesión de Katherine me provoca lágrimas.

—Gracias, Katherine. Es sólo que todo es tan intenso—respondo.

No quiero decir nada malo de Dimitri, pero, a veces, realmente es abrumador.

—Sé que mi hijo puede ser terco y un poco duro de cabeza. Pero es que fue herido antes. Cuando a una familia se le bendice con todo lo que tenemos, la gente tiende a aprovecharse de uno. Dimitri ha estado con mujeres que lo han lastimado. Él nunca lo admitiría, pero una madre puede ver cosas que otros no pueden. Eso ya lo sabes—dice Katherine suavemente.

—Simplemente no quiero que él me odie por pensar que de algún modo lo he atrapado —digo, sintiendo que podía ser honesta.

—Oh, cariño, no tienes nada de qué preocuparte. El gruñido de Dimitri es mucho peor que su mordida. Será un buen marido. Ya puedo ver que te adora. Mi corazón se llena de placer al ver la manera en que lo miras. No me veas con pánico. No estoy esperando a que hables abruptamente de tu amor por él, pero sé que los dos estarán bien. —Se acerca a mi otra vez, y las dos nos abrazamos, compartiendo un primer momento entre suegra y nuera.

—Gracias de nuevo. Todo esto significa más de lo que podrías imaginarte —le digo mientras me limpio las lágrimas.

—Yo soy la que debería estar agradecida. Nunca pensé que mi hijo encontraría a una mujer como tú. Ahora, será mejor que vuelvas con Dimitri antes de que él venga a buscarte —termina Katherine.

Me cambio rápidamente, me pongo una hermosa blusa con una falda, y luego las dos bajamos. Mis padres nos esperan emocionados.

—¡Al fin, mi niña! Ya es hora de que disfrutéis toda la felicidad que os merecéis.— dice mi madre abrazándonos.

—¡Os deseo lo mejor, hijos míos!— dice mi padre intentando mantener el tipo.

—Disfrutad de vuestra luna de miel. Aroa se quedara con nosotros mientras vosotros disfrutáis de unos días para vosotros—lo aparta mi madre mientras deja pasar a Aroa.

—Bueno ahora que ya os habéis casado ¿Cuándo me vais a dar un hermanito? —pregunta mi princesa dejándonos boquiabiertos.

Dejamos la casa en medio de gritos de buena voluntad y mucho alpiste.

Nos dirigimos a la limusina que nos espera, la cual está decorada con la frase: «Recién casados» en la parte trasera.

Tan pronto como estamos en la parte trasera, Dimitri me toma entre sus brazos y de nuevo asalta mi boca.

Lo deseo tanto. No tengo ni un solo pensamiento relacionado con alejarlo. Su respiración se profundiza mientras enredo las manos en su pelo grueso y oscuro para tirar de él más cerca. Dimitri me aprisiona fuertemente contra su cuerpo dolorido, y todavía se siente como si no pudiera acercarme lo suficiente a él. ¡Oh, cómo amo al hombre que ahora es mi marido! Dimitri está, obviamente, tan hambriento de mí como yo lo estoy de él.

Me desabrocha la blusa y me despoja el sujetador en cuestión de segundos.

Me quedo sin aliento mientras él se deleita de mis pechos con las manos y labios. Moldea mi cuerpo adolorido con un toque dulce de amante.

Presiono aún más su toque porque no quiero que se detenga, nunca.

Mis pezones alcanzan la cima del deseo con cada una de sus caricias.

Cuando su boca llega a una punta de color de rosa, echo la cabeza hacia

atrás y gimo. Él cambia de lado, dándole a mi cuerpo la atención que necesito y quiero.

Él me convierte en lava fundida cada vez que me hace el amor, pero esta vez, tengo la impresión de que voy a hundirme en el asiento. No tengo suficiente de sus manos o su boca sobre mí. Cuando él suelta mi pezón endurecido y arrastra su boca hacia la parte inferior de mi estómago, empiezo a temblar. Me quita la falda y se deshace de la ropa interior en un solo movimiento suave, y luego pone los labios y la lengua sobre la piel sensible en la parte interior de mis muslos. No puedo quedarme quieta. Quiero más. Trato de acercarlo de nuevo a mi cuerpo, pero él me mira con ojos ardientes y sacude la cabeza. Comienza a acariciar mis piernas otra vez, mientras sus manos recorren de arriba abajo mi estómago, pasando cerca de mis pechos y luego de vuelta otra vez. Siento su aliento cálido sobre mis partes más sensibles, segundos antes de que sea reemplazado por la humedad de su lengua acariciando mi carne hinchada.

Mi cuerpo se sacude por el contacto íntimo. A continuación, todos los pensamientos se van, y no puedo hacer nada más que sentir.

Pasan solo segundos antes de que caiga a pedazos, temblando mientras mi cuerpo estalla en éxtasis total. Antes de que tenga tiempo de parpadear, Dimitri está desnudo y, una vez más, besándome apasionadamente.

Mi cuerpo empieza a arder de nuevo a la espera de su unión.

Mete la lengua dentro de mi boca, y luego me abre las piernas. De repente, él está en lo profundo de mis pliegues. Su respiración se mezcla con el sonido de mis gemidos mientras mi cuerpo se aprieta alrededor de él.

Exploto en éxtasis por segunda vez, temblando entre sus brazos, y eso fue todo lo necesario para enviarle al abismo. Él empuja en mi interior una última vez y luego cae frente a mí, completamente saciado.

Ninguno de los dos habla mientras nuestras respiraciones vuelven lentamente a la normalidad. No quiero dejarlo ir. Somos dos amantes disfrutando de las consecuencias de lo que han compartido. Aún estamos enredados cuando el conductor anuncia desde el intercomunicador de la limusina que llegaremos a nuestro destino en unos cinco minutos.

Me ruborizo y de forma rápida lucho por ponerme la ropa.

—¿Dónde está mi sujetador? —pregunto con pánico.

Dimitri se echa a reír en voz alta al ver el horror en mi rostro ante la idea de ser descubierta desnuda en la parte de atrás de una limusina con mi marido. Saca la prenda que estaba detrás de él y me lo pasa. Termino de vestirme en un tiempo récord y me alejo de él.

Dimitri

Me enderezo, pero sé que la ropa volverá a ser arrancada en unos minutos. Me resulta muy entrañable que mi esposa tenga miedo de ser atrapada besuqueándose en la parte trasera de la limusina.

Acabo de hacerle el amor a Katia demasiado rápido, y ahora quiero tomarla de nuevo, mucho más lento y delicadamente. Ya puedo sentir mi cuerpo endurecido por el solo pensamiento de hundirme en ella. No puedo entender cómo puedo desearla con tanta rapidez tras haber quedado totalmente satisfecho.

Nos detuvimos en el aeropuerto, donde el avión privado, que el padre de Marcos nos ha prestado, espera nuestra llegada. La dirijo al interior, mientras el equipaje es cargado.

—Vamos a despegar en unos treinta minutos, señores. ¿Hay algo que pueda hacer por ustedes mientras esperamos? —pregunta la azafata cuando entramos.

—Sí, Lana, gracias. Cenaremos, y tomaré un whisky americano. ¿Qué te gustaría para beber, querida? —le pregunto a Katia.

—Me encantaría un poco de leche —contesta mirándome traviesa con sus ojos felinos.

-FIN-

SOBRE LA AUTORA

P. María Neta Flecha es una futura farmacéutica con alma y mente de escritora. Por eso, en el maravilloso entorno en el que vive, entre valles y montañas, su espíritu se evade de la vida cotidiana para inventar constantemente historias llenas de aventuras, romance, amores contrariados y pasiones desatadas. Si queréis hacerla feliz, regaladle un libro, un pequeño detalle o un viaje, aunque sea al lado de donde vive, ella disfrutará de cada instante. Espera envejecer lentamente (por lo visto es la única manera de vivir muchos años), pero confía en conservar la juventud interior hasta el último día. Escucha mucho y habla más, pero cuando escribe no para.

Si quieres saber más de la autora puedes seguirla en su página o en sus redes sociales:

Facebook: [Maria Neta Flecha](#)

Instagram: [@mariaflecha](#)

Twitter: [@pmariaflecha](#)